



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avelleda, Sres. Asquerino, Anón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Añibarro, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanalana (marques de), Becerra, Benavides, Bona, Borrajo, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Busca, Calvo A sengo (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Canero, Gervino, Chaste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Coimero, Correa, Costa, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo A sengo (D. Gonzalo), Cañamaque, Iacarrete, Díaz (José María), Díaz Pérez, Durán, Duque de Rivada, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Encarnación, Benítez, Racoura, Estrella, Enlate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavangos, Gaiete de Moína (D. Javier), Gracías, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renú, Guineazu, Guerrero, Incenas, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Latorre, Macanaz, Marías, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merino, Montesinos, Moñes, (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgás, Ortiz de Pinedo, Olozaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinara, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmieron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ullón, Vaiera, Velez de Medrano, Veya (Ventura de la), Vidar, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-  
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-  
 cillos línea.—Reclamamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Setiembre de 1883.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales li-  
 brerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en li-  
 branzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este  
 medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—La lengua primitiva de España, por Guzman  
 Blanco.—La Psicología, por D. Eusebio Asquerino.—Reformas de los  
 ferro-carriles, por D. P. C. Calvo y Martín.—La Radiofonia (conclusion),  
 por D. José Rodríguez Mourelo.—Las literaturas regionales, por D. Emi-  
 lio Castelar.—Frases, por D. Alfredo de la Escosura.—Crónica científica,  
 por D. P. Ruiz Albistur.—Francisco Zurbarán y Márquez, por D. Nicolás  
 Díaz y Pérez.—Folk-Lore: Dictados tópicos, por Micrófilo.—Bibliografía.  
 —Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Se ha dicho tanto la conocida frase: cosas de España, que siempre es oportuna y siempre viene á colación, que el uso, y aun el abuso, ha traído su descrédito. La frase se ha gastado, y ya es preciso ir pensando en sustituirla con otra ménos comun. Porque las circunstancias y cosas á que se puede aplicar, ni se cambian, ni se modifican, ni mucho ménos desaparecen. Lo anómalo, lo irregular, lo ilógico, parece ser en nosotros un estado endémico; por muy raras, por muy extrañas que parezcan nuestras costumbres á los extranjeros, aun es más raro y más extraordinario nuestro modo de ser, esa inclinacion que nos lleva constantemente á hacer lo contrario de lo que haria una persona de buen sentido colocada en nuestra misma situacion. Si en el extranjero los hombres de negocios se ocupasen en serio en nuestros asuntos interiores; si de la marcha de los sucesos políticos quisieran ellos deducir consecuencias más ó ménos precisas y determinadas para ulterior sistema de conducta, habrian de arruinarse en poco tiempo. Lo que en cualquier país civilizado basta para hundir á un hombre é inutilizarle, es aquí motivo suficiente para enaltecerle y elevarle á las nubes, si no lo estaba, y asegurarle en el poder, si por acaso andaba vacilante; ataques bastantes á arrebatara la influencia á un partido tienen aquí por efecto fortalecer un Ministerio que se sostenia por un milagro de equilibrio; un movimiento unánime de la opinion, que en cualquier otra parte bastaria á modificar la marcha general de una política, no consigue aquí otro resultado que aferrar en su idea al que, solo, mantiene la contraria. El capricho es ley, la falta de pudor político, general á muchos hombres que hacen gala de sacrificarse y no reparan en medios para conservar un poco más la sombra de un poder ficticio, modernos Esaús, que abdicando en un día y por un premio despues de todo baladí sus ideales de toda la vida, venden su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Es ley física que la vida

no existe en el vacío: el Gabinete del Sr. Sagasta ofrece buena prueba de lo contrario. Anda, se mueve en el vacío más absoluto y más desconsolador que puede darse. Y, sin embargo, vive, gobierna, como si realmente fuera un Ministerio lleno de fuerza y de arraigo en el país.

Escribimos nuestra última Revista en condiciones harto excepcionales, privada la nacion de las garantías constitucionales, á merced la prensa periódica del capricho de un gobernador escrupuloso y susceptible, aún asombrado el Gobierno de la abortada insurreccion que con sus gritos subversivos vino á alterar la calma que disfrutaban tan á su gusto. El Gobierno podia considerarse muerto. Solo la necesidad de que acabase de asegurar el orden público, podia disculpar su permanencia en el poder desde el instante que fué conocido el movimiento insurreccional de Badajoz que habia quitado al general Martínez Campos la posesion de aquella virtud que él creyó tener en alto grado: la confianza del ejército. La vuelta del rey de su expedicion militar á las provincias era el plazo marcado por todos, aun por los mismos ministeriales, para la caída del Gabinete. Cuando vino Don Alfonso y manifestó al Sr. Sagasta, que le pedia hora para la celebracion del Consejo, que deseaba celebrarlo enseguida, todo el mundo se echó á discurrir quién recibiria el encargo de formar el nuevo Gabinete, pues por muy optimistas que sean los ministros—y dan repetidas muestras de serlo—cada cual se fué con la dimision en el bolsillo. Sucedió lo que era natural que sucediera, dadas las circunstancias que hemos considerado en el párrafo anterior: el Ministerio presidido por el Sr. Sagasta salió del Consejo tan fuerte como antes de los últimos acontecimientos militares. Poco despues fueron públicos los detalles del Consejo. El rey iba á salir para la Coruña; no era ocasion de ocuparse en asunto tan baladí como el cambio de Ministerio. De la Coruña se dirigiria á Alemania, para evitar dilaciones si regresaba á Madrid, y no habia, por tanto, tiempo material para resolver la crisis que indudablemente habia de ser laboriosísima, dado el estado actual de los partidos. Además, atendida la unanimidad de toda la prensa que, excepto *La Epoca*, y esta por motivos meramente personales, como se ha sabido despues, era opuesta al viaje régio, bien puede asegurarse que el nuevo Ministerio no hubiera accedido á que el monarca se alejase de su país, precisamente en los momentos en que los ánimos estaban conturbados todavía por la sorpresa de la pasada insurreccion. Tambien en el seno del actual Gabinete habia ministros que, desde el principio,

manifestaron su opinion que no era ciertamente la que tenia S. M. acerca de la salida del reino, pero esta oposicion fué obstáculo pequeño y poco digno de tenerse en cuenta. Bastó, en efecto, que se entreviera la posibilidad de conjurar la crisis, aunque solo fuese hasta que el rey volviera de Alemania, para que los consejeros disidentes arreglasen su juicio al de los demás.

Tanta era ya la carga de impopularidad que tenia sobre los hombros, que el Ministerio no vaciló y pasó por todo lo que el Sr. Sagasta queria que pasase. El general Martínez Campos, que tan desengañado venia de la expedicion militar, y tan decidido á abandonar su puesto, retiró la dimision; todos sus compañeros, que ya creyeron llegada su última hora ministerial, hicieron lo propio, y gracias á este sacrificio, gracias á este desinterés, pudo anunciarse al país que las cosas seguian como estaban; que la insurreccion habia dado fuerza al Gobierno, bien necesitado de ella en verdad; que Don Alfonso iba á Alemania, no obstante las circunstancias porque atraviesa el país y la oposicion que todo él hace al viaje... Y al saber tales noticias los políticos más experimentados, declararon abiertamente haber perdido la brújula. Entre la porcion de combinaciones que hicieron en expectativa de la crisis, ninguna era la que se le habia dado. Pensaron en una vuelta audaz á los conservadores; en la posibilidad de un Ministerio de transicion dirigido por el Sr. Posada Herrera, al cual habia declarado Martos que prestaria su apoyo; en una atrevida marcha hácia la izquierda; en una fusion de la parte templada de ésta con la parte más batalladora del constitucionalismo; pensaron hasta en la formacion de un Ministerio constitucional puro ó fusionista sin mezcla alguna de democracia, que podia seguir presidiendo el mismo Sr. Sagasta. Pero nadie pensó en que por más tiempo pudieran continuar los actuales ministros al frente de sus respectivos departamentos, arrojando la impopularidad en que habian caido sus gestiones. Ninguno, ni uno solo lo imaginaba. Y, sin embargo, y quizá por eso mismo, fué lo que sucedió... ¡Cosas de España! siente uno intenciones de decir, no obstante lo desacreditado de la frase, como es fama que, encogiéndose desdenosamente de hombres, decian en los mercados extranjeros los hombres de negocios al tener noticia de nuestras últimas revueltas.

El Gobierno, pues, continúa en su puesto, como antes que la insurreccion proclamase en voz muy alta el descontento del país y el descontento del ejército. ¿Hasta cuándo? Hay algunos opositores que sueñan todavía y hacen cábalas y pro-

fetizan para el regreso de Don Alfonso el tan ansiado cambio de Gobierno, pero los más sensatos en sus juicios creen que, cuando ha salido victorioso de tan terrible crisis, el Ministerio del Sr. Sagasta no tiene nada que temer. Por lo ménos, si hace la convocatoria á Cortes en Octubre, cuando el rey vuelva, parece lo natural que se presente ante la representación del país á dar cuenta del uso que durante el interregno ha hecho del poder que las Cámaras le abandonaron al emprender sus sesiones.

Y como antes de esto habrá que votar el Mensaje, si se consigue llegar hasta Febrero, y entonces se presentan los presupuestos logrando enlazar ambas cuestiones, sin dejar hueco entre ellas para el problema político, el Sr. Sagasta puede ser presidente del Consejo actual sólo Dios sabe hasta cuando. Cuentas galanas que echa el favor de los amigos, pero que pudieran salir bien, aunque sólo sea porque tienen en contra de sí todas las reglas de la lógica.

Tal ha sido el resultado de la penosísima crisis que el Gobierno ha atravesado en todo el mes de Agosto. Es imposible desconocer que el ánimo de los ministros debe haber padecido mucho todos estos días con la intranquilidad en que se hallaban aguardando de un momento á otro la orden de retirarse, simples mortales, á su casa, de la que habían salido poco antes consejeros responsables de la Corona. No hay que mencionar los ataques de todo género que la prensa en masa dirige á la complacencia de los excelentísimos señores, ni de los cargos que les hace la opinión. Ellos, como Sancho, pueden decir lamentándose de su suerte con el mismo tono quejumbroso: Si buena ínsula me dan, buenos azotes me cuesta.

Pero el que más y el que ménos conserva la cartera, y, al parecer, á esto es á lo que dan más importancia y consagran atención preferentísima.

\*\*

El viaje á Alemania, causa en concepto de todos de la suspensión momentánea de la crisis, continúa siendo objeto de apreciaciones en la prensa extranjera Antipático, como no puede ménos de serlo, á Francia, la satisfacción que por él muestran los periódicos alemanes parece lo suficiente para hacerle sospechoso á los que no sueñan con empresas imposibles y acarician pensamientos en un todo irrealizables. ¿A qué va el rey á Alemania? ¿Solamente á presenciar las maniobras militares que han de verificarse en el imperio? Pues entonces tienen razón los enemigos de ese viaje tan inoportuno.

Esas expediciones lejanas solo deben hacerlas los reyes cuando sus países respectivos no ofrezcan cuidado ninguno á su soberana atención; pero cuando, como ocurre en el nuestro, se deja á la nación propia bajo el peso de la suspensión de garantías, á consecuencia de un pronunciamiento militar que ha sublevado dos plazas fuertes y un regimiento de caballería y ha dado señales inequívocas de extenderse más de lo que en realidad ha parecido, no es la ocasión más oportuna para estudiar la organización de otros ejércitos ni dar rienda suelta á la expansión del ánimo, cuando tanto y tan importante hay que hacer dentro de casa.

Bastaba que la opinión hubiera sido tan unánime en oponerse al real deseo; bastaba la consideración de que puede enemistarnos con una potencia amiga como Francia, hácia la cual nos llaman intereses de diversa índole, lazos de afinidad, de raza, que no es posible desconocer; bastaba el temor natural, si se atiende al lenguaje imprudente que emplean los periódicos alemanes, de que tal viaje pudiera servir de causa ocasional á una guerra titánica que otra vez alterase la paz en Europa y pusiese en peligro su actual organización, para que se desistiese de él. Esto, que hubiera sucedido en cualquier país, se resuelve en el nuestro en sentido precisamente contrario. Somos particulares, pero muy particulares los españoles.

Y si estos motivos pueden aducirse en contra del viaje considerado solo como un viaje de recreo, muchos más, y más respetables pueden ser aducidos si se le mira como el primer paso que ha de llevarnos á una senda de aventuras en alto grado peligrosas para nuestra tranquilidad y sosiego, si es la primera jugada que ha de comprometernos en un juego, en el cual, sin medios de ganar nada, estamos en cambio expuestos á perder mucho. ¿Qué papel va á representar España en esa triple alianza que han formado, Dios sabe para qué fines y con qué alcance, Alemania, Italia y Austria? Sin marina que pueda servirnos de punto de unión con esas naciones de las que estamos separados por la naturaleza, sin ejército que pueda poner alto nuestro nombre, y dejarnos, caso de estallar la lucha, en el lugar que merecemos, en el lugar que siempre hemos estado; sin dinero para poner en armas los pocos y mal organizados soldados que hoy tenemos, preciso es confesar que nuestro papel no había de ser muy airoso, y había de traernos complicaciones exteriores de importancia; prestábase á dar incremento á nuestros disturbios intestinos. Es verdad que trabajaríamos en mal de la Francia, que es nuestra aliada natural, la nación de cuyo brazo hemos de acudir algún día al juicio final de las naciones; es verdad que arruinaríamos gran parte de nuestro comercio, que secaríamos más de lo que están las fuentes de la extenuada riqueza pública, pero en cambio conseguiríamos el alto

honor de contribuir en la escasa medida de nuestras fuerzas al alto juego del canciller Von Bismark.

Ahora bien; las naciones no están sujetas á los mismos sentimientos que los individuos; tienen, sobre todo, que atender á la necesidad de su existencia, y para nada deben entrar en los cálculos de sus hombres de Estado la simpatía ó la antipatía. Puesto que se nos viene á buscar dentro de nuestra casa, á nosotros que con nadie nos mezclamos; puesto que de este modo se solicita nuestra ayuda, es que tienen necesidad de ella. Estamos, pues, en el caso de preguntar el precio en que la tasan. ¿Qué nos ofrecen á cambio de esos cuidados que nos dan? Las aspiraciones naturales de España son, hoy por hoy, realizar—bajo un lazo de amor, no de otro modo—la unión ibérica, y borrar esa inmensa vergüenza nacional que se llama Gibraltar, posesión inglesa. ¿Había Alemania de cumplir ninguno de estos dos fines? Ninguno, ciertamente. No el primero, porque la unión de dos pueblos no la realiza el capricho de un déspota, sino el propio interés y el propio convencimiento de los pueblos que se han de unir. No realizará tampoco lo segundo, porque Gibraltar importa mucho á Inglaterra para que ella nos lo devuelva de buen grado, y no tiene Alemania fuerza ni la tendría tampoco entonces, por mucho que hiciera, para obligar á tal sacrificio á la soberbia reina de los mares. ¿Qué nos darían pues? ¿Las gracias? ¿La amistad poderosa del gran imperio que para nada nos había de servir? ¿La gratitud del canciller?

Sin duda que halagaría nuestro amor propio nacional si fuesen desinteresadas las consideraciones que hoy guardan al jefe del Estado, á quien recibe el emperador Guillermo al mismo tiempo que á los soberanos de Servia y Rumanía; pero sería pagar muy caro tanto honor, y nosotros, que hemos estado en la cumbre durante tanto tiempo, sabemos cuán frágiles son las pompas y vanidades humanas. Somos ya viejos, y la vejez es egoísta. Quizá esos reyes, esos príncipes que van hoy á girar como satélites en torno del sol brillante de Alemania, se sientan muy halagados, y encuentren muy lisonjeras para ellos esas consideraciones que en Alemania se les guardan; pero con todo esto, ganan poco sus países, y esto es lo que deben mirar, haciendo abstracción de sus satisfacciones personales, porque, llegado el caso de una lucha, no son ellos los que dan su dinero ni vierten su sangre, ni pierden su prestigio, sino los pueblos á quien crean, sin quererlo éstos, tamañas complicaciones.

Alarmada en Francia la opinión con tales noticias, dícese que su Gobierno pidió explicaciones, y dícese también que el nuestro las dió espontáneamente, pero sean forzadas ó no, nuestras seguridades no deben haber sido muy convincentes para la nación vecina, cuando el presidente de la república, M. Grevy, no ha creído necesario hacer un pequeño viaje á París para saludar á su paso á Don Alfonso, habiendo dejado esta muestra de consideración para cuando el rey de España regresase, sin duda esperando que alguna causa más positiva impida entonces francamente lo que hoy no permiten la sospecha y la desconfianza.

Este es el último acto de política internacional que ha llevado á cabo el Ministerio Sagasta. ¡Ojalá no lo paguemos caro en un porvenir muy próximo, por desgracia!

\*\*

Vuelto el país á la vida normal, y al goce tranquilo de sus garantías y derechos, empieza la opinión á preocuparse en investigar las causas que han podido producir la insurrección del ejército. Es evidente que la causa primordial es el descontento que en todas las clases reina, descontento que quebranta la subordinación y relaja la disciplina. Animo é interior satisfacción piden para las tropas las Ordenanzas de Carlos III, y á que todos, desde el soldado al coronel, gocen esa satisfacción interna, se encaminan todas las recomendaciones que el preceptista hace á los jefes y á aquellas personas que ejerzan mando. Animo é interior satisfacción son precisamente las condiciones que faltan á nuestro ejército.

Su malestar es grande, el descontento crece en él, á modo de alta marea que parece querer invadirlo todo, anegar las costas, tragarse las playas, bañar los más altos picos. Al exámen de estas causas de malestar se dedican con fruto algunos periódicos, que acudiendo al ejército, y testigos de lo que sufre y lo que le acontece, sacan á la superficie sus aspiraciones, y abogan porque se le atienda, á él, que está tan desatendido, y que, sin embargo, era merecedor de otra cosa.

¡Extraña es, en verdad, la situación del ejército! En un país como el nuestro, en que durante este siglo todo cambio ha tenido por base y punto de apoyo un pronunciamiento—hasta la heroica lucha de la Independencia;—aquí, donde no hay hombre político que no le deba su elevación, ni partido á quien no haya dado el poder, á costa siempre de su opinión y de su vida; aquí, que todos sin excepción le son deudores de su fuerza, el ejército está olvidado, decaído de su antiguo esplendor, abandonado, como siempre, á las causas de malestar que le consumen y van minando rápidamente su existencia.

Solo con que cada uno de los políticos á quienes él llevó al poder consagraran á su cuidado una atención de media hora nada más, el ejército sal-

dria de su postración y volvería á tener en la Europa militar el puesto que le corresponde, el puesto que llenó un día, y que está vacío siempre que no es él quien lo ocupa. Escalera por cuyos peldaños trepan todos los ambiciosos, que llegados á la cima se desparraman, olvidados de la inútil escalera que han dejado abandonada: los mismos que le corrompieron y le obligaron á servir á sus fines, quéjense luego si otros á su vez la corrompen y él sirve del mismo modo á los fines de los demás. Van a buscarle á sus cuarteles donde duerme reposado, le sacan á la calle, le hacen que vierta por ellos su sangre, y luego le echan en cara su facilidad de pronunciarse, cuando no ha hecho más que seguir sus consejos, aprovechar su enseñanza.

Si ellos no le hubieran dado ascensos y honores por sus múltiples pronunciamientos, ¿hubiera pensado él en pronunciarse? Pero todos, todos á una han puesto su empeño en corromperle; todos á una le han empleado como arma de partido, y todos á una también, cuando el arma se vuelve contra ellos, deshácense en improprios contra la hoja brillante que sus propias manos aflaron. Siempre ha sucedido así; no es raro que hoy también suceda. O'Donnell, el conspirador de 1843 y de 1854, extrañaba las sublevaciones de 1866. Martínez Campos, el conspirador de Sagunto, extraña las sublevaciones de Badajoz y la Seo de Urgel. Porque, lo repetimos, parece que la lógica y el buen sentido son palabras vanas, que, cuando más, estarán alguna vez en nuestros labios, pero que nunca pueden alojarse en nuestra mente ni concebir en nuestra imaginación.

Convencidos de estas verdades, parece efectuarse una reacción en la opinión hácia el modo de ver las cosas del ejército. En este concierto, solo hay una voz discordante. Como es natural, esta voz es la que debía ir más al unísono: esta voz es la del señor ministro de la Guerra.

Una real orden y una circular ha publicado en la *Gaceta* hasta ahora, y ambas disposiciones han sido tales y han causado tan deplorable efecto, aún en los más íntimos y leales partidarios de S. E., que ya andan todos ellos afanosos por declarar que ni una ni otra son obra exclusiva de la inteligencia del general Martínez Campos, sino que fueron leídas en Consejo de Ministros, y allí recibieron la sanción sin la cual no quería el general que se publicasen. Verdad será el hecho cuando tan rotundamente lo afirman quienes tienen hartos motivos para estar bien enterados de cuanto sucede en las regiones en que se forjan esos rayos que vienen á herir á tantos inocentes; pero eso no disminuye en nada la responsabilidad del ministro de la Guerra. El ha decidido la publicación de ambos documentos, él los ha redactado, con su firma los llevó al Consejo, con su autoridad los escuda ante la opinión; él será quien en su día haya de responder de ellas ante la Representación Nacional. Si el país las hubiera acogido bien, toda la gloria hubiera sido para él: natural es que también sea para él toda la responsabilidad.

Las cábalas de Cánovas, las concesiones de todo género que se permitió hacer, fueron los medios de que se valió Martínez Campos para acabar la guerra civil y la guerra separatista; y sin embargo, el general fué quien recibió el título de pacificador, quien se ciñó el laurel de la victoria, quien sintió resbalar sobre sus medias botas de charol las lágrimas de aquellas madres que salían á los caminos á abrazarse á sus rodillas cuando volvía victorioso, digámoslo así, de sus temibles enemigos, tremolando en la mano el ramo de oliva conquistado á tan poca costa y con tan débil esfuerzo.

Esa real orden, esa circular, son de lo más absurdo que puede firmar un ministro: hay en ellas algo de suicidio. Si es verdad que Dios ciega á los que quiere perder, el general está perdido, perdido sin remedio. Redúcese la primera á lamentar los desórdenes acaecidos y á recordar á los oficiales prescripciones de la Ordenanza que no deben haber olvidado, que deben estar grabadas en la conciencia de todos con caracteres indelebiles. Y para evitar, sin duda, mayores males, declara culpables á todos los oficiales, de alférez á coronel, por el solo hecho de sublevarse una fuerza, aunque ninguno tome parte en la rebelión; los obliga á probar su inocencia, empeño más difícil á veces que excusar la culpa; y suspende de empleo y sueldo, y sujeta á un Consejo de guerra á la mayor parte de los oficiales. Disposición acertadísima, con la cual se confunde á inocentes y culpables en una misma prescripción; no se contiene á los segundos, pero se atemoriza á los primeros, como si se quisiera poner á estos en el caso de seguir la suerte de sus compañeros, aunque otra cosa pensaran, para evitar mayores males.

La circular es más grave, más absurda todavía. En ella se declara abiertamente, en la *Gaceta*, lo cual dá al hecho más importancia de la que en sí tiene, que existe en el ejército una llamada asociación republicana á la cual pertenecen como afiliados crecido número de oficiales y sargentos. Para reprimir este mal, cuya existencia reconoce el ministro, cree necesaria la adopción de medidas extraordinarias; suspende los efectos de las Ordenanzas, porque, dice, «no se puede esperar el fallo de los tribunales competentes,»—tan grave es la enfermedad y de tanta urgencia el remedio—y los sustituye con expedientes gubernativos, para los cuales, añade, «se está en el caso de aprovechar cuantos datos y antecedentes se posean.» Declara-

ción imprudente, procedimiento inícuo que abre la puerta á grandes abusos, á delaciones, á venganzas personales, á sospechas injustas, á prevenciones inmotivadas, y que pone al ejército fuera de la ley, que son, hasta ahora, las Ordenanzas, escritas para entender y juzgar en todos los delitos militares, y que no deben ser substituidas por procedimientos en que la justicia viene recatada á herir á los hombres, con más aspecto de venganza que de justicia.

El efecto producido por estos actos del ministerio de la Guerra, ha sido inmenso. En todas partes ha hallado eco la protesta. No se puede lanzar así sobre todo el ejército una acusación tan grave. Los militares tienen el derecho á ser juzgados por sus leyes, y cuando se levanta la supresión de garantías á los paisanos, no es el momento más oportuno para privarles á ellos de las suyas. Si las Ordenanzas son incompetentes, deróguelas; sustitúyanse con leyes más completas que respondan mejor al espíritu de la época moderna, y en la cual se prevengan todos los delitos, si el progreso de los tiempos ha inventado alguno no previsto en ellas; pero mientras estén vigentes, mientras el ejército esté sujeto á ellas, y sobre ellas descansen la subordinación y la disciplina, no se las desautorice de ese modo, haciendo para suplirlas leyes extraordinarias, tomadas de los procedimientos más reprobados de la más abusiva reacción.

No es éste el camino de la regeneración del ejército; estudiar el mal, puesto que existe; descender á sus causas, ponerlas remedio, cerrar las llagas, cicatrizar las heridas, levantar el espíritu: hé aquí lo que debe hacerse.

Pero para llevar á cabo esta tarea, muy penosa, lo reconocemos, hacen falta buena voluntad y prestigio en el ejército, cualidades ambas de que no está muy sobrado. antes bien carece de ellas, el general Marínez Campos.

HOE.

## LA LENGUA PRIMITIVA DE ESPAÑA.

DISCURSO DE INSTALACION DE LA ACADEMIA VENEZOLANA.

El célebre Mariana nos dice haber sido el caldeo Gerión el primer poblador de España, y luego establece que Tubal, quinto hijo de Japhet, tercer hijo de Noé, con su familia, fué el primer habitante de la Península.

Aparte de la notable diferencia que arrojan esas dos aseveraciones, veo una evidente imposibilidad respecto de la segunda. De Noé, abuelo, á Tubal, nieto, no pudo haber mediado más tiempo que la mitad, ó dos tercios de siglo; y ni cincuenta ni sesenta y cinco años inmediatos al Diluvio, que debió dejar la haz de la tierra conglomerada de lagos, precipicios y escabrosidades, creo que nos autoricen á aceptar semejante traslación, desde el monte Ararat á sus contornos hasta la Península ibérica, extremo occidental de la Europa. Esa distancia aún en nuestros días mismos, sería casi imposible atravesarla, sin ferro-carriles, ni vapores, ni tantos otros medios de locomoción, inventados del diluvio para acá.

Y ¿por qué el nieto de Noé, en días tan difíciles para sus padres, para él y para su familia, y en circunstancias tan críticas, que imperiosamente exigían que se conservasen reunidos para ayudarse recíprocamente, había de venir hasta el extremo del Continente para hablarlo?

No veo en esta narración de Mariana sino al sacerdote católico romano, obedeciendo á la historia bíblica, que, si constituye para el cristiano lo que la Iglesia misma llama una creencia piadosa, no es en verdad un artículo de fé.

Tan sabia y poderosamente establecida la Iglesia y tan fecunda en bienes para la humanidad, debiera tomar oportunamente en cuenta los descubrimientos literarios, científicos, antropológicos, lingüísticos, geológicos y otros de los últimos siglos, los cuales le autorizarían para desprender el cuerpo de sus saludables creencias y enseñanzas de lo escrito por Moisés en calidad de historiador y no inspirado.

Cuando los anales de la China, en el curso de doce mil años, nos describen ese Diluvio, determinando los veinte puntos de aquel vasto territorio en que se salvó gran parte de la población, y con ésta, religión, leyes, historia, ciencia y costumbres; cuando esos mismos anales nos demuestran que catorce años continuos de sequía, produjeron la ruptura del istmo que unía los dos mundos, causando la apertura del estrecho de Bering, por deshielos de la zona glacial; cuando vemos por Clavigero apoyándose en los cuadros históricos mejicanos, la llegada á las costas septentrionales del antiguo Méjico sobre el Pacífico, de una inmigración de náufragos, en embarcaciones, ya únicas, ó ya unidas de dos en dos ó de tres en tres y en maderos y aun á nado, gentes que no podían proceder sino del terreno desaparecido por aquel fenómeno natural; cuando las ruinas gigantes del Palenque y de otras antiquísimas poblaciones, descubiertas en Centro América, revelan la remota existencia de ciudades con leguas y leguas de extensión, y con una arquitectura que pudiera llamarse estupenda, demostrando que aquellas generaciones, ignoradas hasta hoy, habían alcanzado un grado muy alto de civilización en edades sepultadas en la noche de los tiempos; y cuando del centro del

Asia nos vienen el Vedas y el Manou, revelaciones de la remota existencia de pueblos sapientes, autores del derecho civil, que de allá vino al Asia menor y á la Siria, y después á Grecia, y de Grecia á Roma, y de Roma al Código Napoleon, origen de todos los Códigos actuales de la raza latina; y lo que todavía es más notable, cuando es tan crecido el número de radicales de la lengua del pueblo sanscrit que se encuentran en los idiomas vivos demostrado está que Moisés no tenía noticia alguna de los tiempos que de lejos le precedieron.

Y lo expuesto pone de manifiesto también, que tampoco la tenía de las transformaciones físicas del globo que habitamos, de la secular época volcánica, de las graduaciones infinitas del levantamiento de las montañas, de las apariciones y de la vida de los diferentes seres que sobre él han existido, desde la ostra en el fondo de las aguas, hasta el hombre, último viviente en la superficie de la tierra; ni de las centurias de la edad de piedra, de cuyos instrumentos están hoy llenos los museos de Europa.

Y tenemos otra prueba evidente de esa falta de noticias desde que se han descubierto los caseríos ó pequeños poblados en que se refugiaba la especie humana, en medio de numerosos lagos que por entonces existían, los unos secos ya, y los otros llenos todavía, constituyendo lo que se llama vida lacústica; que fué sin duda la primera donde pudieron vivir los hombres entre bosques colosales que cubrían cuanto no arropaban las aguas, para guarecerse de las fieras y poderosos animales que poblaban el globo, algunos de cuyos fósiles constituyen una revelación, si no de lo verdaderamente antiguo, sí de lo que precedió á la época presente.

Tiempo era ya de que nuestra iglesia se ocupara, de la manera profunda que sabe ella, hacerlo, en las numerosas disidencias que existen entre los escritos históricos de Moisés y los hechos y verdades desentrañados ya por la razón con que nos dotó el Creador, en el seno de esa noche de millares de siglos y de seres vivientes en este satélite, que no es sino el cuarto de los doscientos cuarenta ya conocidos, que gira alrededor de uno de los innumerables soles descubiertos, centros de otros tantos universos, en común y maravilloso movimiento revelando la sabiduría y el poder infinitos de la Divinidad á quien adoramos.

Empiézase á andar por ese camino aceptando con Bergier y otros expositores que, siempre que se ha traducido á Moisés con la palabra *dia*, debe entenderse *tiempo* y cuando *año*, se significa *más lejano tiempo ó indeterminados intervalos*. De este modo, los días mismos de la creación vendrían á ser épocas, y no tropezaría la razón con imposibilidades absolutas.

Por medios y estudios semejantes, la cosmogonía del inmortal conductor del pueblo hebreo quedaría reducida al hombre de aquel espacio de tiempo, que, sin imprenta, con deficiente escritura, sin cronología, y sólo por tradiciones de un pueblo esclavo de los Egipcios, alcanzó á conocer el gran caudillo, tan digno de admiración por otros respectos, y especialmente por el incomparable Decálogo.

Hoy está patente que lo que hemos aprendido en nuestras aulas como historia antigua, es una historia de ayer, que prescinde de la vida de la humanidad en millares y millares de centurias anteriores, de las cuales Moisés quedó, como nosotros hemos quedado, muy distantes, ya por dilatados tiempos, ya por efecto de cataclismos ó perturbaciones universales, ó por extrañas é interpuetas condiciones atmosféricas, ó por fenómenos geológicos y aun astronómicos ocurridos entre lo ignorado y lo conocido.

Yo no puedo decir sino lo que pienso, y no estimando correctas las doctrinas históricas y cronológicas que han respetado los célebres maestros Mariana y Lafuente, ocurro para hablar del pasado de nuestros padres, á lo que encuentro en otros tan antiguos y más sagaces y penetrantes escritores.

Cierto es que en lo escrito sobre el comienzo de la población de España anterior á los Iberos, hay frecuente mezcla de fábulas y realidades, aquellas y estas sin cronología, pero que todo ello quede borrado, sustrayéndolo de los dominios del estudio, lejos de parecerme aceptable, me impone por el contrario, el deber, tan superior á mis fuerzas, de presentar en este discurso nociones que he podido adquirir y de que prescindieron uno y otro historiadores.

Mucho respeto á Lafuente, quien declara que es imposible averiguar con certidumbre, entre las numerosas y contradictorias noticias históricas del tiempo anterior á la aparición de los Celtas en la Península, nada que suministre verdadera luz acerca de los primeros pobladores, su manera de vivir, ni la lengua que servía para la comunicación de sus ideas; dejando así, con toda su respetable autoridad, y como lo había dejado el padre Mariana, completamente ignorados muchos siglos de la vida del hombre en su gloriosa patria.—Nunca es útil que por efecto de la duda, se renuncie al estudio, que casi siempre descubre y apuña la verdad.

Debo, sin embargo, atenuar la fuerza de estos juicios, respecto del célebre don Modesto de Lafuente quien al remontarse al origen de la población de la Península, nos dice: «Tribus viajeras del Asia á Europa toman asiento en la Península, pero las imperfectas y oscuras historias de los

más apartados tiempos no anuncian como primeros pobladores sino á los Iberos.» Continúa historiando que invadieron á estos los Celtas, y unidas las dos razas, constituyeron la de los Celtíberos, á los cuales engañaron y después dominaron en parte los Fenicios, y á estos los Griegos de Rodas y de Zante y los Focenses, á quienes siguen los Cartagineses, que son vencidos por los Romanos, quienes lo son después por tribus bárbaras del Norte entre las cuales prevalecen los Godos y los Visigodos, y, por último, son invasores y ocupantes de gran parte del territorio los árabes, arrojados los cuales, queda ya constituida la actual nación española.

No nos dice, pues, Lafuente, ora como sabido, ora como probable, quiénes eran aquellos Iberos, ni cuál fué la raza primera en posesión de la Península, como no lo había dicho Mariana, que empezó por Tubal el nieto de Noé, del modo que antes dejó combatido.

Pero Lafuente en sus profundos y largos estudios, dió un paso más, cuando añade, que la cuna de la raza humana fué Asia, como lo dicen ya en el día cuantos asidua y constantemente se ocupan en el estudio de la antigüedad; y nos agrega también: «que tribus viajeras de oriente á occidente vinieron á tomar asiento en el suelo que después se llamó España.» Y al hablar de todas esas invasiones y transformaciones de remotos tiempos, y relatar los triunfos romanos, concluye: «Era ya Roma dueño del mundo, solamente no lo era de algunos rincones de España, habitados por rudos montañeses, en cuyas humildes cabañas no había podido penetrar ni la conquista ni la civilización, porque los Cántabros y los Astures desafiaban solos el poderío de la señora del mundo.»

Declara imposible averiguar cuál fuese la primitiva raza pobladora de la Península, pero sí nos deja un indicio de la verdad, y citando á Veudoncourt, á Bayer, Schlozer y á Adelung, afirma que los llamados Iberos pudieron ser los verdaderos aborígenes de España, y que la lengua que hablaban, podía ser la que todavía hablan los Vascos; á lo cual agrega, que no es de extrañarse, porque habiendo sido estos los únicos que resistieron la dominación romana, pudiera ser que conservasen el idioma que primitivamente se habló en la Península.

Termina Lafuente con estas palabras: «Mucho desearíamos que acabara de resolverse esta cuestión entre los filólogos.»

Aventurado puede parecer que yo me atreva á lo que hombre tan eminente renunció á esclarecer; pero repito: á lo que nunca me atrevo es á decir lo que no pienso. Acometo la empresa sin hesitación, aprovechando autoridades que no alcanzo por qué no merecieran mayor atención de los dos tan discretos historiadores de España.

Oienart, Garma y Larramendi, y mas que los tres, Astarloa, insigne políglota, que también escribía al tiempo que empezó Mariana, me proveen de buenas armas con que sostener el encuentro que acometo, opinando que fué el vascuence la lengua primitiva de la península Ibérica.

Ella es indudablemente, como lo asientan casi todas las autoridades conocidas, una lengua primitiva, de esas cuyo origen se ignora, y que no participan de mezcla alguna, de las vivas, ni de las muertas; y pues que es evidente que sólo se habla en los pueblos vascos, sin que haya sido, ni sea conocida en ningún otro punto del globo, es lógico aducir que fué la primera en la Península, sobre todo, cuando vemos que el actual castellano tiene gran parte suya, aunque enriquecido después con más ó menos vocablos celtas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, visigodos y árabes, hasta alcanzar aprovechando los tesoros de contribuyentes tan civilizados, las excelencias con que se distingue entre todos los idiomas vivos. Si el vascuence es original, si no se le ha encontrado ni se le encuentra más que en España, si no ha admitido mezcla de las lenguas de las distintas invasiones que por siglos y siglos fueron ocupándola; si tampoco se conoce lengua que se le parezca; si los dominadores ya citados tuvieron cada uno su propia lengua, sin semejanza con el vascuence, es racional y hasta histórico concluir, que fué el vascuence el primer idioma de la Península.

Es indudable que el vascuence está dotado de riqueza, energía y propiedad. El diccionario trilingüe de Larramendi dice en su prólogo: que no sólo es de origen inmemorial, y que ha resistido á todo contacto con los demás idiomas conocidos, así de España como del extranjero, si que multitud de voces vascongadas están esparcidas en el hablar de España.

Tragia dice también, que, en su concepto, fué esa lengua la primera que se habló en España y que se salvó en Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra, en cuyas ásperas montañas nunca fueron avasallados los verdaderos cántabros por ninguno de los dominadores del resto de la Península, y ni aun por los romanos, contra cuyo poder guerrearían doscientos años; y esto mismo se encuentra en el diccionario geográfico histórico de España, tomo II, palabra Navarra y título 43.

El alfabeto que llamaré cántabro, es el más numeroso de los conocidos, y las letras Ch, Ll y N le vienen de él al castellano, según la autoridad de Masdeus y Hervás.

En mi concepto, ni Mariana ni Lafuente fijaron su atención todo lo que el caso ameritaba, en la magistral consideración de que, siendo las provincias vascongadas las únicas que resistieron siem-

pre á toda dominacion extranjera y á toda mezcla de su lengua con la de los conquistadores, la suya es anterior en la Península á todas las demás.

Me remontaré algo más robusteciendo estas pruebas con sólo indicar las singularidades del vascuence.

Es una lengua silábica, es decir, que cada sílaba y á veces cada letra, es un nombre sustantivo, ó adjetivo, ó es un verbo, ó adverbio, ó artículo, en fin, una parte de la oracion; lo cual le enriquece de una manera prodigiosa, porque además de las innúmeras sílabas de que ella es capaz, con once sonidos vocales, en lugar de cinco, tiene el alfabeto más numeroso de los conocidos. No tiene límites para la expresion de cuantas ideas puedan ocurrir á la mente, porque despues del número de sílabas, verdaderamente infinito, la union de dos, de tres ó más de ellas, produce un nuevo significado. Y ha de observarse que esa estructura silábica es típica en los idiomas primitivos ó prehistóricos.

Presentaré un ejemplo.

Navarra es palabra que se compone de cuatro sílabas vascuences: Na-v-ar-a, y véase lo que dice esa palabra sola y como es lo que dice Na, significa llano, v, quiere decir bajo, ar equivale á varon, y a es el artículo; de modo que la palabra Navarra, traducida literalmente, dice: llano, bajo, varon, éi, que en sintáxis del castellano diria, el varon del llano bajo.

No concibo cómo pueda sostenerse que este sistema silábico ni esa sintáxis puedan confundirse con los de otros idiomas vivos ó muertos, ni tenerse por hijo de los unos ó de los otros, ni negarle, por consiguiente, al vasco el carácter de idioma primitivo; y si él existe únicamente en la parte de España que nunca fué conquistada ni dominada por sus distintos invasores, tampoco sé cómo deje de considerarse lógico que fué la lengua primera de toda España.

El alfabeto hebreo carece de la Ch, de la Ll, de Ñ y de la X fuerte, y tambien del sonido que dan las letras unidas TS y TZ, y faltale, por último, la P y la F, teniendo seis letras y dos sonidos menos que el vascuence; y si el alfabeto fenicio y el árabe están en caso idéntico, así como tambien el griego, el celta, el latino y el godo, resulta que ninguno de ellos ha podido dar origen al cántabro.

Todavía más. Ninguna de las lenguas mencionadas, tiene la letra Ñ en su alfabeto, por consiguiente no ha podido traerla al castellano sino el vascuence, que sí la tiene.

Hablé ya de sus once sonidos vocales, y como anteponer una consonante ó posponerla, ó anteponerla y posponerla, hacen el juego del hablar vascuence, resulta que las sílabas, así multiplicadas, alcanzan á 6 146, que facilitan 4 126 929 voces posibles, monosílabas, disílabas y trisílabas.

A lo ya expuesto, es indispensable añadir que tiene ocho personas la conjugacion del verbo, y cada verbo doscientas seis conjugaciones.

Fuerza aparente tiene el argumento de cómo sea que tan estrecho territorio y poblacion ménos numerosa que la de tantos antiguos dominadores de la Península pudiera haber preservado su lengua de toda mezcla ó parentesco con la de tantos pueblos como en el curso de los siglos han tratado, invadido y hasta ocupado casi todo el ámbito nacional; pero, en primer lugar, el hecho existe cerrando la puerta á toda discusion; y en segundo, la historia nos explica los motivos de esa singularidad. No eran conocidas las armas de fuego, y situadas esas poblaciones en el extremo Norte, en terreno fragosísimo, con multiplicadas é inexpugnables alturas, la conquista resultaba imposible; sobre todo, en una raza de tanta energía, héroe valor y tenaz constancia, que no hay ejemplo de virtudes tan exageradas en ningun tiempo ni pueblo de la tierra. Para no ser prisioneros en las guerras que les hicieron los romanos y los visigodos, al verse vencidos se degollaban entre sí hombres y mujeres, y llevaban su furor hasta suicidarse, y hasta sacrificarse recíprocamente padres, hijos, hermanos y esposos, con tal de no caer en manos del enemigo.

Que la España tuvo una lengua antes de toda irrupcion y conquista, y que debe haber llegado á perfeccion, se deduce de lo que asienta el sábio don An onio Agustino, quien nos habla de monedas muy anteriores á la dominacion romana, en las cuales se encuentran letras que no tuvo el alfabeto latino, y en dos de esas monedas hasta once caracteres del alfabeto vascuence.

En Séneca leemos que el vascuence era el idioma más extendido en España cuando Cláudio destró á su madre á la isla de Córcega, y Pomponio Mela afirma que á la llegada de Tubal á España, lo que hablaba la poblacion era vascuence; y cuando el padre Mariana empieza por Tubal, no está lejos de confesar lo mismo, pues que escribe estas palabras: «Solo los vizcainos conservan hasta hoy su lenguaje grosero y bárbaro, que no recibe elegancia, y es muy diferente de los demás, y el más antiguo en España, y comun antiguamente á toda ella, segun algunos asientan; y se dice que toda España usó de la lengua vizcaina antes que entraran á estas provincias las armas romanas y con ellas se les pegase su lengua. Ni carece de probabilidad que con la antigua libertad se haya conservado en Vizcaya la lengua antigua y comun de toda España.»

Cita el respetable Mariana, como prueba en contrario, palabras del castellano que nunca han

sido del vascuence; pero concluye declarando su impotencia con estas palabras: «que no quiere confirmarlo ni negarlo, porque no es su intento.»

El presbítero D. Pablo Pedro Astarloa, encuentra muy serias deficiencias en las lenguas hebrea, griega, latina, caldea, siríaca y samaritana, y contraido luego al estudio de la vascongada, descubre que, cotejando sus verbos con la naturaleza de las acciones que determinan, llega á contar ochenta más en la voz activa, otros tantos en la pasiva y doscientas seis conjugaciones, todas necesarias para la perfeccion del verbo. Siguiendo su estudio, juzga que el alfabeto vascuence es el más perfecto, y que el silabario es el más rico que puede imaginarse, teniendo cada radical su propio y peculiar significado, prescrito por la misma naturaleza.

Continúa analizando el vascuence con sus doscientas seis conjugaciones, con otros tantos indicativos, imperativos y subjuntivos, con 30 952 inflexiones y con reglas tan económicas para su inteligencia, que resulta, segun él, muy superior á las lenguas hebrea, griega y latina.

En cuanto á la sintáxis, sostiene que es superior á todas las conocidas.

El autor llevó sus estudios á tal extension, que abrazó las lenguas americanas quíchua, aimará, guaraní, sule é inmoquica; de las cuales asegura que tienen perfecciones equivalentes á las del vascuence.

Tanto apreció estas lenguas americanas y las examinó, que iguala su sintáxis á las de cuarenta y ocho otras lenguas.

La «Disertacion» acerca del castellano, obra llena de erudicion al ocuparse en el habla primitiva de la Península, dice: «Mil conjeturas plausibles y trabajos muy tenaces alientan á creer que el vascuence fué el primitivo idioma de la España.»

En otra parte establece: «Que esa lengua conserva su libertad y propiedad con todos sus caracteres de original, y que no manifiesta afinidad ó semejanza con ninguna otra viva ó muerta, y que con no despreciables fundamentos y peso de razones, pretende ser la originaria de la península, allá en las primitivas edades de su poblacion.»

Añade este mismo autor otros conceptos: «Lengua, más descuidada de lo que debia ser de nuestros etimologistas, y que señala la genealogía de 2.000 voces castellanas, y que pretende que de ella se tomó la composicion actual de los tiempos de nuestros verbos.»

Segun Larramendi, tiene el castellano 1.679 vocablos vascuences.

En la letra A.....	384
— B.....	137
— C.....	176
— D.....	86
— E.....	157
— F.....	309
— G.....	178
— H.....	89
— I.....	21
— J.....	18
— L.....	71
— M.....	154
— N.....	11
— O.....	36
— P.....	92
— Q.....	17
— R.....	110
— S.....	89
— T.....	31
— U.....	8
— V.....	22
— X.....	66
— Y.....	2
— Z.....	63

Don Tomás de Sorreguieta, en su «Semana hispano-vascongada,» nos proporciona algunos argumentos que prueban á la vez, la estructura silábica y la íntima conviccion en el pueblo que lo habla de su noble origen; Guizpucoac, que en castellano pronunciamos Guipúzcoa, está compuesta de Gu-iz-puc-o-ac, y éste, que es el nombre de aquel pueblo, diria en castellano: «Nosotros los del habla dividida;» y sostiene el autor que el «habla dividida» quiere decir la que se diversificó en la torre de Babel. La palabra Urtea, que significa diluviada, dice tambien 365 dias, que segun el pueblo vasco, fué la duracion del diluvio de Noé, posterior al de Atica, reinando Ogyges en tiempo de Foroneo, y al de Tesalia en los dias de Deucalio.

Otro argumento, segun este autor, es que las medidas ó conmensuraciones del tiempo son iguales, aunque con otros nombres, á las de los babilonios, asirios, egipcios y hebreos.

El mismo autor arguye que de los antiguos manuscritos griegos, el primer libro de los Macabeos dice: «¡Y cuánto hicieron (los romanos) en la provincia de Hispania!» lo cual concuerda con un pasaje de la carta de San Pablo á los romanos, capítulo XV, versículo XXVIII que, en romance, dice: «Iré por entre vosotros á Hispania ó España.»

Una y otras citas prueban que en los tiempos de la era de Adán, como en los de Cristo y sus inmediatos, el nombre de la península era Hispania ó España; y como esta palabra compuesta en vascuence de las cuatro simples: Is pa-ni-a, significa: «Yo, en la union de los mares,» y como en efecto, es la Cantabria, extremo de la Península, la que media entre el Mediterráneo y el Atlántico, aparece el vascuence llamándola con singular propie-

dad del modo que se la llamó desde la era de Adán, al paso que la voz Esperia, de origen griego, es un nombre extraño é impropio, porque no significa sino occidental.

Si no fuera mi objeto sino el de ceñirme al cumplimiento indispensable del deber que me ha impuesto la respetabilidad de la Real Academia Española, creeria haberlo ya cumplido; pues que preferí por tema de esta labor la averiguacion del idioma primitivo de nuestra madre, me siento obligado á llevar este estudio hasta donde me sea posible, y por fortuna tengo todavia otras autoridades con que puedo robustecer lo que voy procurando demostrar.

A los autores que dejo ya citados, hay que agregar á D. Juan Bautista de Erro y Azpiroz, en su *Alfabeto de la lengua primitiva de España* y en su *Mundo primitivo*, y tambien al célebre Hervás y á los muchos más recientes, Alfredo Maury y otros.

Humboldt dice, citando á Ptolomeo, que los nombres de lugares en España son generalmente vascos, y que esto nos obliga á reconocer su lengua como aquella que hablaban los antiguos iberos; y agrega que esos nombres están esparcidos por toda la península, demostrándolo con un extenso cuadro que nos ofrece en su ilustrada obra y que por su extension omito aquí.

En otra parte consigna, que no hay porcion importante de la península que no comprenda provincias ó localidades con nombres vascos.

Para probar la íntima conviccion de superioridad que siempre ha querido conservar este pueblo sobre todos los demás, nos da una prueba en la palabra *Atzean* que significa *Detrás, por detrás*, palabra con que el vasco llama al que no lo es.

Nos dice Humboldt que los llamados iberos son los mismos actuales vascos, que hablan una misma lengua que fué madre de distintos dialectos.

En su artículo 48 se atreve á decir que la lengua vasca es la más antigua del continente europeo; y que los vascos del centro y del mediodía de España se mezclaron con los celtas, pero nunca los habitantes de las provincias del Norte, por lo cual conservaron el vascuence.

Una autoridad reciente en esta materia, y á cuyas páginas he dedicado la especial atencion que debia, es la del eminente D. Antonio Cánovas del Castillo, antecesor del hábil Sr. Sagasta en la presidencia del Consejo de Ministros de Alfonso XII, el tan ilustrado como liberal soberano de España. Trata la materia en su introduccion á la obra del ilustrísimo Sr. D. Miguel Rodriguez Ferrer, titulada *Los vascongados*, con toda la erudicion que era de esperarse, y encuentro de notable á mi intento en esta labor algo que lo corrobora, por ejemplo: «Despues de leído éste (el libro de Ferrer) y otros muchos que tratan de los orígenes y progenie de la parte vasca, todo me hace creer que ella es efectivamente veneranda, conservada en los huecos de los Pirineos, por una y otra de sus vertientes occidentales, de aquellas tribus antiquísimas que primeramente ocuparon, gozaron y regaron con su sudor nuestra tierra de España.»

En otra parte llama el distinguido escritor, «extraña opinion» la contraria á Astarloa contenida en el artículo *Navarra* del Diccionario Geográfico-histórico de la Real Academia Española de la Historia.

«Ni la antigüedad remota,»—nos dice—«ni la singularidad del vascuence, ni siquiera su carácter primitivo, son cosas en que ya quepan formales dudas.»

Del señor Cánovas tenemos otra importante noticia, refiriéndose el autor á los recuerdos de la villa de Loredo, en la que consigna las siguientes palabras—«Venerable resto (el vascuence) de la primitiva lengua ibérica, dialecto bárbaro, perteneciente á la familia de las lenguas de aglutinacion, que hablan más de un millon de españoles entre el Ebro y el golfo de Vizcaya; eslabon evidente, por su analogía, de las lenguas americanas.» Cita en el mismo sentido la opinion de Maury en su obra. «La terre et l'homme,» el cual dice del vascuence: «que es anillo que junta las lenguas americanas con las ugricotas-tártaras, y con muchas particularidades comunes á muchos idiomas hablados desde el norte de Suecia hasta los últimos términos del Kamsckatka y desde Hungría hasta el Japon.»

No debó prolongar más aquesta indagacion sobre el habla primitiva de la España, su antigüedad y su crecido contingente en la formacion del idioma castellano, como podría hacerlo aprovechando toda luz que en favor del tema que sostengo, encierra la obra de Rodriguez Ferrer, patrocinada por el insigne Cánovas del Castillo en la extensa introduccion que la precede; pero no sería posible prescindir de sus partes 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>, porque, siendo la obra más reciente de la materia en que me ocupo, cometería un fraude á esta inquisicion que considero tan seria como importante.

Rodriguez Ferrer reconoce la imposibilidad de encontrar el primer eslabon de la raza vasca, y añade que para columbrar alguna conexion de otras lenguas con la suya, hay que pasar al Africa, al norte de la América, al Oural, el Delaware, el Cheroche y remontarse al Sanscrit.

GUZMAN BLANCO.

(Continuad.)

## LA PSICOLOGÍA.

El ilustre publicista inglés, Stuart Mill, dice que su patria había reconquistado el cetro de esta ciencia, pero que durante dos generaciones, notables por su actividad intelectual, la Inglaterra había abandonado el estudio científico del espíritu humano, que cultivaban con brillo los filósofos del continente.

Sin duda este sabio filósofo pensaba en las obras de Alexandro Bain, Hebert Spencer, Maine de Biran, Jouffroy y los psicólogos de la escuela francesa.

Cuando se trata de la psicología experimental, no se puede negar á la Gran Bretaña la gloria de que el espíritu de los Locke, Hume, Bentham y Adan Smit revive con sus mismos métodos en los escritos de los modernos, llenos de originalidad, producidos, no solo en Inglaterra, sino en Escocia.

M. de Quatrefages, para distinguir al hombre del animal, dá esta definición: «El hombre es un animal moral y religioso.»

La experiencia de la historia animal demuestra que no obedece á ninguna idea de ley ó de deber, que no existe ningun signo de moralidad y religiosidad, aun en las especies superiores del animal, mientras el hombre, cualquiera que sea su inferioridad nativa ó su degradacion, en el centro del Africa como en las islas más salvajes de la Oceanía, los viajeros en sus observaciones y la experiencia de la historia humana, hacen patente que el hombre, repetimos, es el solo animal conocido que es moral, religioso y verdaderamente político, según la definición de Aristóteles.

Se objetará, sin duda, que el animal es sociable como el hombre, que tiene como él la sensibilidad, la inteligencia, la actividad voluntaria, que el perro ofrece ejemplos de poseer cierto grado de sentimiento, hasta sufrir por la indiferencia ó el abandono de su dueño, que le permanece tan fiel, que no se separa de su lado cuando aquél está enfermo, que ejecuta combinaciones de estrategia para perseguir la caza; el instinto de sociabilidad corresponde también á los animales, las hormigas, las abejas y los castores, y hasta el lenguaje parece común á los animales, cuando se entienden y se conciertan por signos que reconocen los sabios de nuestros días, especialmente Sir Lubbock, Huber, Gould, Forel.

Nuestro ilustrado colaborador de LA AMÉRICA, en la *Crónica Científica* del número anterior, ha expuesto las opiniones de Sir Jhon Lubbock, sobre todo, en su obra recientemente publicada acerca de las *Hormigas, las abejas y las avispas*.

Estas especies son sociables, pero sociable no es sinónimo de político. Una tropa de lobos reunidos para saciar su hambre, no tiene nada de común con los más bárbaros salvajes que poseen en germen el principio de las transformaciones que con el tiempo y bajo la influencia de la ley del progreso y de la civilización pueden llegar á constituir una sociedad política.

Ningun animal tiene el sentimiento de lo bello, y el sentido estético, en el hombre está en la razón del desarrollo de su inteligencia; á la superioridad de la inteligencia del hombre sobre la de la bestia, es debida además la superioridad del lenguaje humano sobre el lenguaje animal. El hombre habla, porque piensa; es decir, juzga, razona, en tanto que el animal no piensa, en la verdadera acepción de la palabra, y es incapaz de hacer estas diversas operaciones.

El hombre es un sér moral, porque tiene una voluntad libre y una razón que le revela el fin que pretende alcanzar en el desarrollo de su vida, y el sentimiento de su libre voluntad le impone una obligación, una ley de tender á este fin.

Y el hombre es un sér religioso, porque posee la razón y la imaginación; la razón que le hace concebir lo invisible y lo inteligible más allá de las cosas visibles y sensibles; y la imaginación que confunde los dos objetos de su pensamiento en una representación simbólica. Y si se hace un principio esencial y permanente de la naturaleza humana, todavía es preciso ver lo que haría el fondo, es decir, la aspiración eterna del alma hacia un mundo de esperanzas que la ciencia y la filosofía, en juicio de Vaquerot, no pueden absolutamente garantizar.

Nosotros, respetando la opinión esclarecida de una filosofía tan ilustre como lo es la del autor de *La ciencia y de la conciencia*, creemos que la verdadera ciencia y la verdadera filosofía pueden garantizar la vida futura, que adivinó un sabio pagano como Sócrates, y que proclaman los filósofos más eminentes, astrónomos y naturalistas, Linneo, Newton, Descartes, y otros mil. La creencia en la inmortalidad es progresiva como la civilización; toda cosa, toda acción de este mundo participa más ó menos de la idea de lo infinito.

La democracia moderna, inteligente y liberal del mundo, afirma la grandeza de Dios y la inmortalidad del alma humana, como lo afirmaron los más terribles revolucionarios de la Francia del año 93, los Saint-Just y los Robespierre, al pie mismo del suplicio.

Sí, la inmortalidad del alma está probada por la ciencia y por la conciencia del género humano.

La etnografía de nuestro siglo ha hecho observaciones ingeniosas sobre los caracteres esenciales de géneo de las diversas razas que pueblan el globo; la ciencia de los idiomas, y las particulari-

dades de las costumbres de la raza negra en su estado primitivo, han hecho comprender la incapacidad radical para las especulaciones abstractas, su predominio marcado de la sensibilidad sobre la voluntad y la inteligencia, y su aptitud para toda obra de pasión violenta ó de imaginación grosera.

El mismo sistema empleado con los pueblos de la raza amarilla, chinos, japoneses, tártaros, ha hecho conocer la superioridad de los instintos y de las facultades prácticas sobre las facultades especulativas, así como la etnografía ha descubierto que el géneo simbólico falta absolutamente á la raza semítica, al contrario del gusto de los pueblos aryanos por los símbolos naturales ó antropomórficos.

Hay otra escuela de psicólogos que permanece fiel al método experimental, que tiende á explicar cuál es el fenómeno orgánico ó físico que sirve de condicion á los fenómenos de la vida moral: no ve al hombre más que en los hechos engendrados por su sentimiento, su voluntad, su pensamiento y su acción, en las obras de su vida intelectual y moral: por consecuencia, le estudia en su historia, sin pretender buscar la solución á los problemas metafísicos, ni sondear los misterios de la naturaleza íntima humana.

El verdadero padre de la nueva escuela psicológica, es Hume, aunque haya adoptado el método de Bacon; pero á Hume pertenece el principio de su teoría de los fenómenos de la vida moral, porque ha sido el primero que ha ensayado el explicar el origen de los actos voluntarios, á los que se atribuye el carácter de libre arbitrio.

«Es preciso reconocer, dice Stuart Mill, que la asociación es la teoría verdadera de la producción de los fenómenos del espíritu, y por consecuencia que sería anti-filosófico buscar otra explicación.» Y en otra parte añade: «No existe ningun fenómeno del espíritu, excepto los que la asociación de las ideas presupone, del que se pueda decir que, en virtud de su naturaleza, él no podría resultar de esta asociación.»

Los filósofos ingleses de esta escuela no imaginan que se pueda científicamente explicar la noción de causa y el principio de la causalidad por otra ley que la del hábito.

El método, la teoría de la escuela psicológica, que se personifica sobre todo en Stuart Mill, Alexandro Bain y Littré, no se remonta á las causas, sino que fija su atención en el estudio de los fenómenos morales por una asociación de hechos orgánicos ó de ideas. Niega todo *a priori* en el dominio del entendimiento, toda idea efectiva en el dominio de la sensibilidad, y toda espontaneidad libre en el dominio de la voluntad.

Sin embargo, estos psicólogos, observando al hombre en la sucesión de los hechos de la vida individual, han contribuido eficazmente á los progresos de la ciencia positiva y experimental del hombre, porque la teoría de la asociación de las ideas es fecunda en resultados felices, desde el momento que no se trata más que de conocer las condiciones y los antecedentes de un fenómeno determinado.

Existen muchas maneras de estudiar al hombre, y es bueno todo método que no aspire á resolver problemas que no sean de su competencia. Stuart Mill, como Littré, no pudiendo ver el interior del espíritu humano, renuncian á conocer las causas, para limitarse á la pesquisa de las leyes que le gobiernan, siguiendo el mismo sistema que los físicos ante la majestad de la naturaleza.

M. Taine, filósofo de la escuela experimental, ha reducido singularmente, si no la ha suprimido de hecho, la categoría de los juicios *intelectivos a priori*, por los que las escuelas racionalistas, desde Kant hasta Víctor Cousin, habían reconocido ciertas facultades y procedimientos irreductibles á la experiencia.

Esta escuela, á pesar de los servicios que ha prestado á la filosofía, ha mostrado la debilidad de sus argumentos al convertir un hecho, por constante que haya sido, en un principio.

El lazo que une los términos de una clase de nuestros juicios por la asociación de las ideas convertida en hábito, dista mucho de ser evidente, porque no se puede identificar la necesidad lógica con esta especie de necesidad propia del hábito.

Hay principios eternos, de una verdad que se revela á todos los entendimientos: el todo es más grande que la parte, todo cambio tiene una causa, y no hagas á otro lo que no quieras que se haga contigo, etc.; estas doctrinas universales, no necesitan ser reducidas á la experiencia convertida en hábito, ni sometidas á la síntesis y análisis del espíritu, y todos los juicios que derivan de estos principios, no pueden ser explicados por la misma teoría, porque tienen los mismos caracteres de necesidad y de universalidad, que no son más imperiosos ni más evidentes por la frecuencia de las operaciones intelectuales.

Es impotente la escuela experimental para explicar la necesidad lógica de iguales relaciones, como los fenómenos de la sensibilidad, sobre todo las afecciones más fuertes, más profundas y más desinteresadas.

El amor de la madre para el hijo es el principio de todo un orden de sensaciones y de sentimientos, en vez de ser un resultado; y otras afecciones podrían demostrar la misma tesis, porque existen varios fenómenos sensitivos que son calificados con error por antecedentes.

Teodoro Jouffroy, un filósofo de otra escuela,

ha demostrado bien que el principio de la vida moral no es la sensación, sino el instinto ó la inclinación, y el mismo Taine, que desarrolló la teoría de la asociación y ha extendido sus aplicaciones al conjunto de los fenómenos físicos, se ha visto obligado á reconocer la existencia de instintos irreductibles á la ley del hábito ó de la costumbre.

La escuela experimental confunde las condiciones de los fenómenos con sus causas en la actividad voluntaria. La vida moral tiene sus condiciones como la vida física; cuando la voluntad obedece á la razón, á la pasión ó á la inclinación, es libre siempre; la ley del sabio se funda en la sumisión constante á la razón, y la conciencia del género humano ha creído en todos tiempos lo contrario de lo que afirman los moralistas de la escuela experimental.

El libre arbitrio es la ley de la voluntad humana; el observador de los fenómenos físicos que obra sobre un mundo entregado al imperio de la fatalidad, no percibe la intuición directa de las causas; porque si penetrara en el foro interior del asunto observado, modificaría sus conclusiones y comprendería que los mismos fenómenos pueden ser producidos y las mismas leyes ser manifestadas con caracteres diferentes respecto á la libertad y necesidad de nuestros actos.

Sólo la conciencia ve el fondo de las cosas, el fondo del sér humano, porque la ciencia experimental no percibe más que las apariencias, las manifestaciones exteriores. Así lo ha manifestado Maine de Biran, diciendo: si la experiencia se refiere á las leyes, la conciencia no puede fijar su atención en las causas. Será el eterno honor de su escuela, haber expuesto á los observadores de la naturaleza humana las enseñanzas de la conciencia.

El repeta con frecuencia y con energía, que el método de Bacon extraviaba y falseaba la verdadera ciencia del hombre. No mostraba al hombre solamente en sus relaciones con las cosas exteriores, sino al hombre interior, al hombre libre en su actividad; el alma es su más íntima esencia.

«Existir para el hombre, á título de *sugelo* pensador, activo y libre, es tener la conciencia, la propiedad de sí, gozar de su buen sentido, de su razón, de su libre actividad; poder decir y reconocerse *yo*, ver el fondo de la existencia humana, el punto de partida, el hecho primitivo de toda ciencia de nosotros mismos.»

Todos los procedimientos lógicos y físicos de observación y de generalización, por más utilidad que hayan podido prestar á las ciencias naturales, no han hecho adelantar un solo paso la investigación de la ciencia de las causas, y en vano se ha pretendido negar esta desconocida causa ó fuerza que subsiste siempre en la intimidad del pensamiento, aunque se le designe con términos más ó menos convencionales, ó no se le nombre, porque noción real de causa no puede confundirse jamás con ninguna idea de sucesión experimental.

El gran géneo de Leibnitz percibió el difícil problema de la antítesis, de la necesidad y de la libertad del hombre, y poniendo en oposición la activa previsión del espíritu y la ciega fatalidad del cuerpo, estableció sus límites, diciendo: *Quod in corpore Fatum, in animo est Providentia*.

Maine de Biran resuelve la dificultad con la distinción sencilla. El alma se manifiesta á título de *persona* ó del *yo* por el ejercicio actual de su fuerza propia y constitutiva, y solo, en tanto, que este ejercicio es libre ó emancipado de los lazos de la necesidad ó del *fatum*, é independiente de todas las otras fuerzas de la naturaleza exterior. De manera que quedan circunscritos los dos dominios opuestos de la necesidad y de la libertad, del hombre y del animal.

La psicología de Maine de Biran expresa el principio de la filosofía del espíritu humano, porque aplica á la observación del hombre la luz de la conciencia que brota del fondo de la naturaleza humana, é ilumina sus profundidades.

La lengua de las ciencias naturales carece del término propio que significa la energía esencial de toda causa eficiente, y no quiere ni puede conocer la fuerza que tiende al movimiento, porque estas ciencias, practicando solamente el método de Bacon, cuando emplean los términos de causa y de fuerza, lo hacen no más para expresar hechos generalizados, ó abstracciones.

Leibnitz afirma que todo sér, espíritu de la naturaleza, es una fuerza que aspira al movimiento, y entonces se comprende la definición del hombre: una fuerza que tiende al movimiento libre.

Los partidarios exclusivos del método inductivo no comprenden el sentido que es peculiar de las palabras de fuerza, de causa, de espontaneidad y de libertad.

Los filósofos de la escuela espiritualista, entre otros Jouffroy, Maine de Biran y Leibnitz, han hecho análisis más profundos sobre la ciencia verdadera del hombre y sobre ciertos fenómenos morales de la ciencia experimental, y explica estos instintos y afecciones de los que la naturaleza ha provisto espontáneamente á la humanidad, negados por la escuela de Hume los ricos tesoros del espíritu humano.

Jouffroy ha escrito admirables páginas en *Las facultades del alma humana*, describiendo el imperio fácil de la voluntad que hace prodigios y rige con inefable armonía todas sus facultades dóciles á su voz, prueba irrecusable de que en los más bellos momentos se reconoció en plena pose-

sion de sí mismo y sus observaciones, que han penetrado en el interior de su sér, no pueden hacernos dudar de la luz pura que esclarece la vida moral.

Las apariencias se borran delante de la realidad, y aun el hombre, vencido por sus pasiones, llega un día en que el remordimiento atestigua el poder de la invencible conciencia.

Estas dos escuelas abarcan todo el horizonte del pensamiento psicológico contemporáneo y concurren igualmente al estudio de la ciencia del hombre. La una, la experiencia, se limita al conocimiento de las leyes; la otra, la de la conciencia por la intuición de las causas, penetra en la intimidad de los sentimientos, y ambas pueden esclarecerse y completarse mutuamente, si deponen su exclusivismo, que contiene siempre un error, porque lo es sin duda la libertad de la indiferencia, como la negación del libre arbitrio, y debe evitar estos dos escollos la ciencia que inspire, sobre todo, á la democracia, que es el alma inmortal del siglo XIX.

EUSEBIO ASQUERINO.

## REFORMAS DE LOS FERRO-CARRILES

### SUPERIORIDAD DE LA VÍA ESTRECHA Á LA ANCHA.

Los ferro-carriles del porvenir.

#### I

La elección del ancho más adecuado y útil para la construcción de ferro-carriles futuros, y en particular los que se necesitan para el desarrollo de países comparativamente pobres y mal poblados como España, ó sea de largas distancias y poco tráfico, es de grandísima importancia, no solo para los que hacen uso de las líneas, sino también para los accionistas, constituyendo una de las primeras condiciones de que dependerán su actividad y prosperidad en el porvenir. Apenas si hasta hace muy pocos años se ha estudiado esta cuestión capital, cuidadosa y detenidamente por los ingenieros.

Decía la prensa hace poco tiempo que por el ministerio de Fomento se iba á contratar un empréstito de más de seiscientos millones para obras públicas; otro sería este país si ese fuese el presupuesto de Fomento en muchos años. Buena ocasión y propicia se le presentaba al señor ministro para dejar memoria de su paso por ese departamento, iniciando y preparando algo en el sentido de reducir el ancho de la vía, para las venideras Cortes, que adelantándose á las necesidades del país ponga en consonancia estas con la utilidad y progreso que siempre nos marcan otras naciones antes que nosotros, y enseñaría así á la Junta Consultiva á no dormirse en sus últimos é injustos laureles del Noroeste.

El ancho inglés original de 4 pies y  $8\frac{1}{2}$  pulgadas, ó sean 4 pies y  $8\frac{1}{2}$  pulgadas inglesas, fué adoptado por casualidad hace cincuenta años de un carril que existía entonces en el condado de Darlington, y se le distinguió con el nombre de «vía estrecha» cuando el ingeniero francés, Brunnel, establecido en Inglaterra, cuyo ancho ideal era de nada ménos que 15 pies, se vió obligado á poner riendas á su imaginación, y construir el Great-Western-Railway con sólo 7 pies.

El objeto de la original batalla de los anchos no era precisamente establecer la anchura que podría emplearse con más economía (pues en aquella época ninguno de los disputantes pensaba en esto) sino para decidir si había de reinar el ancho de 7 pies ó el de 4 pies  $8\frac{1}{2}$  pulgadas. La victoria se decidió por este último, que vino á ser el ancho de norma en este país y en el continente.

Entretanto, se adoptó en Irlanda un ancho de 5 pies 3 pulgadas, al paso que Rusia y algunas de las colonias inglesas empleaban anchos de 5 pies y 5 pies 6 pulgadas. En esta cuestión no se habían establecido principios de ningún género y los ingenieros trabajaban sin saber lo que hacían, guiándose solo por meras conjeturas.

No obstante, durante estos últimos años se cree que una vía aun más angosta que la inglesa, llamada «vía estrecha», prestará muchas ventajas en la práctica, y que, por lo tanto, la cuestión entera debiera examinarse con relación á los intereses y requisitos del tráfico y á los principios de la mecánica.

El señor Pihl, ingeniero del Gobierno de Noruega, y el señor Spooner, ingeniero del celebrado ferro-carril en miniatura, titulado de Festiniog, en el país de Gales, para la explotación de unas canteras de pizarra y tráfico de viajeros, fueron probablemente los primeros que en el continente europeo ya hace años pusieron en práctica estas ideas. El señor Pihl, despues de agotar todos los medios á su alcance para la construcción económica de líneas ordinarias, se convenció de que un país pobre y mal poblado como Noruega, y en el mismo caso se halla España, ó ha de abandonar la esperanza de alargar su sistema de ferro-carriles, ó debe valerse para el efecto de lo económico de una línea verdaderamente estrecha. Para este fin eligió un ancho de 3 pies 6 pulgadas, y no sólo ha logrado construir sus nuevas líneas sobre esta escala, con las dos terceras partes del coste de las de 4 pies 8 y media pulgadas, sino que ha demostrado que son completamente suficientes para lo que se necesita de ellas.

El señor Spooner, como es bien sabido, puso locomotoras en su ferro-carril explotado por caballos, que tenía y tiene tan sólo 1 pie 11 pulgadas y media de anchura de eje á eje de las barras, convirtiéndolo al momento en un ferro-carril eficaz y capaz de acomodar en su material un tráfico grandísimo: pero habiendo aumentado éste despues de algun tiempo, no bastaron las pequeñas locomotoras que se emplearon al principio, y se demostró, que, ó sería necesario aumentar el ancho de la vía, ó duplicar la línea: y precisamente cuando se iba á poner en práctica una cosa ú otra, apareció el ingeniero inglés Mr. R. Fairlie en escena con su nuevo sistema de máquinas locomotoras y material móvil.

El Sr. Spooner, habiendo oido hablar de la máquina Fairlie, notó en seguida que su potencia motriz era independiente del ancho de la vía, y que, por consiguiente, no había necesidad de llevar á efecto los cambios proyectados. Este fué el origen de las máquinas locomotoras llamadas «Little Wonder», que ha explotado por varios años el ferro-carril de Festiniog. Esta máquina triplicó al instante la capacidad de carga de la línea; de modo que los accionistas ni han tenido que aumentar el ancho de la vía, ni doblar la línea. El Sr. Spooner sostiene que su ferro-carril podría proporcionar ahora tres veces más de su tráfico actual, y afirma que este tráfico es cuatro veces más por milla inglesa de línea explotada, que el de los mejores ferro-carriles de la India inglesa, veintinueve veces mayor que el de la línea de Bombay y Baroda, la cual, como veremos, ha sido puesta últimamente como ejemplo de imitación. Tan luego como se obtuvo este resultado en Festiniog, principió el Sr. Fairlie á trabajar en favor de ferro-carriles de vía estrecha, lo que continúa haciendo desde entonces.

Este señor ingeniero inglés admite que la vía estrecha, explotada por locomotoras y material móvil ordinarios, es limitada en fuerza, capacidad y velocidad, y que con tales condiciones no se puede recomendar la construcción de vías, si no han de tener por lo ménos 4 pies y  $8\frac{1}{2}$  pulgadas, exceptuando Noruega, España, y otros países pobres, de un tráfico limitado, y para el primero la inteligencia del Sr. Pihl proporcionó un ancho de 3 pies y 6 pulgadas y el suficiente material móvil ordinario. Mas el señor Fairlie asegura y prueba prácticamente, hace años ya, que su nuevo tipo de locomotora y material móvil conferirán á la vía estrecha una capacidad de carga, no solo igual, sino mucho más superior á la de la vía ancha, comunmente explotada así en España como en otros países, además de una perfecta seguridad hasta en velocidades de 40 millas por hora. Como el Sr. Fairlie es el que, por decirlo así, ha libertado á la vía estrecha de los defectos naturales á la angostura, poniéndola en una posición de superior eficacia á la ancha, tiene derecho de hablar con autoridad sobre el asunto en cuestión.

Sus escritos han producido numerosos prosélitos de sus ideas en muchas partes del mundo, por lo que ahora existen en América muchas vías verdaderamente estrechas, y se explotan también con éxito muy notable en Nueva Escocia y Nueva Zelanda, Rusia y el Canadá, y demuestra terminantemente tanto por razonamientos convincentes, como por experimentos prácticos, que el ancho de 3 pies á 3 pies 6 pulgadas es el que satisface mejor todos los requisitos del caso, produciendo la mayor capacidad relativa para el tráfico con el menor gasto en la construcción y reparación contra los débiles argumentos de los partidarios de la vía ancha que allí en América tiene son el Sr. Silas Seymour y algunos otros. Cuando se debatió originalmente la cuestión de los anchos, formó un punto muy importante en la decisión, la fuerza que se podría dar á la máquina locomotora, pues la conocida entonces tenía una base de sustentación rígida, que no podía pasar de cierta longitud, á causa de las curvas de los trazados, que aumentan en frecuencia y severidad cuanto más cerca está la línea de la superficie natural del suelo.

Como era necesario que hubiese suficiente ancho entre las ruedas para el debido desarrollo de la caja de fuego y calderas, se creyó que una línea de vía estrecha no podría ser explotada sino por máquinas locomotoras de poca fuerza, por ser la vía de poca anchura.

Pero como hemos dicho, la invención de la locomotora de doble plataforma ha hecho desaparecer completamente esta dificultad, pues en esta máquina, la caja de fuego y calderas están colocadas sobre dos plataformas separadas, descansando cada una sobre cuatro, seis ú ocho ruedas acopladas, de lo que resulta, que como estas plataformas se adaptan á todas las sinuosidades de la línea, pueden atravesar fácilmente al mismo tiempo las diferentes partes de una curva de esta forma  $\infty$ ; y así se puede alargar cuanto sea necesario la longitud de la máquina y dar á la caldera y á la superficie de la caja de fuego cualquier cantidad de fuerza que se desee. Además, el peso está distribuido con igualdad y del mejor modo sobre sus 8, 10 y 16 ruedas, por lo que una locomotora de doble plataforma puede atravesar con velocidad curvas que ninguna otra podría atravesar y arrastrar cargas que no movería ninguna otra máquina de la misma fuerza nominal. El Sr. Fairlie no sólo demuestra, como hemos dicho, que la locomotora no es un argumento en favor de la vía ancha; sino que prueba que en virtud de su inven-

ción, las curvas y desmontes son cuestiones, en general, de poca importancia, y que por su ayuda es posible construir líneas que sigan próximamente la superficie natural del terreno, no habiendo necesidad para lo futuro de muchos de los costosos gastos de los ingenieros ni de los millones de reales por kilómetro de ferro-carril construido que se necesitaban en tiempos pasados. Ahora bien, el problema sobre la cuestión del ancho, se reduce á considerar los dos puntos principales siguientes: la capacidad de los vehículos y el coste de construir y mantener en orden el ferro-carril y materia móvil.

Apenas creemos necesario seguir al Sr. Fairlie punto por punto en la discusión de los argumentos del Sr. Seymour tocante al coste comparativo en la construcción de vías anchas y estrechas. Pero el Sr. Seymour considera la vía estrecha como si fuese una ancha con la parte del medio cortada, y emplea con mucho ingenio y habilidad los argumentos acostumbrados de los defensores de la vía ancha; pero el Sr. Fairlie prueba que la supuesta analogía es del todo falsa, y echa á tierra de tal modo los argumentos del Sr. Seymour, que no se nos debe tachar de presumidos si creemos que ya hemos oido estos argumentos por la última vez. La vía estrecha no solo ocupa ménos superficie de terreno, sino que también requiere ménos construcciones de todo género; y en virtud de la comparativa ligereza de los vehículos que la explotan, puede construirse con rails más pequeños, ménos pesados y consiguientemente más baratos. El Sr. Seymour calcula el ahorro de construir la línea de vía estrecha, solo por conjeturas, en 40 por 100; pero el Sr. Fairlie demuestra, con numerosos ejemplos, que por lo comun asciende hasta 30 por 100. al paso que segun la experiencia del Sr. Pihl ha subido á tanto como una tercera parte del coste. Es decir, que si antes costaba un ferro-carril dos millones el kilómetro, hoy se puede hacer con ménos de 70.000 duros. El Sr. Fairlie observa despues la imposibilidad, en una vía que exceda de tres pies de ancho, de circular wagones de mercancías de las mejores proporciones; y que es muy costoso el hacerlo, aun con aquellos que se aproximen á dichas proporciones. Para que un wagon de cuatro ruedas se mueva con seguridad y con las menores oscilaciones laterales posibles, debe tener una longitud de base de sustentación dos veces igual al ancho de la vía; y esta condicion, que puede cumplirse en la vía de tres pies, sin exceder los límites del área del piso, indispensables para los coches de mercancías más económicos de toda clase, produce aun en una vía de 4 pies  $8\frac{1}{2}$  pulgadas, un wagon más grande de lo necesario para las demandas de todo tráfico, y que por razon de su volumen debe hacerse muy fuerte, y, por consiguiente, muy pesado en todas sus partes componentes.

Las demandas del tráfico se prueban por la carga media que lleva cada wagon. Esta carga no asciende en Inglaterra á más de una tonelada, porque es preciso separar y dejar en cada estación el wagon ó wagones de mercancía dirigidos á ella. Como hay necesidad de despachar los géneros con prontitud, es imposible detener el wagon destinado para una estación particular hasta que esté lleno del todo, ó parar el tren entero de mercancías en una estación para descargar los fardos pertenecientes á ella; por lo cual, para remitir 40 toneladas solamente, se envía un tren de 40 wagones, cada uno de cuatro toneladas y media de peso, y capaz de acomodar ocho toneladas; al paso que un tren de 40 wagones de vía estrecha, cada uno de dos toneladas de peso, y á propósito para llevar seis toneladas, haría el mismo trabajo y con igual eficacia, y la ventaja de tener 100 toneladas ménos de peso muerto que arrastrar.

La ventaja que se obtiene al quitar estas 100 toneladas inútiles, no es solo el menor gasto de arrastrar el tren más ligero, sino también la disminución en el coste del material móvil, y la línea no sufre tanto deterioro. Los mismos argumentos se aplican con gran fuerza al tráfico de pasajeros, y el señor Fairlie los mantiene con un número de ejemplos bien escogidos é ilustraciones gráficas y convincentes. El Sr. Seymour ha intentado también hacer lo mismo, y se ha puesto en un conflicto, como veremos por lo que él mismo dice á continuación.

Cualquier carretero inteligente sabe que puede arrastrar una carga dada á una distancia dada, con más economía, cuando no con más prontitud, empleando un tiro de dos caballos fuertes y un carro adecuado, que si arrastra con el mismo tiro dos carros, cada uno de la mitad de la capacidad del primero, colocados uno detrás de otro; ó que se diviera el tiro y enganchara los caballos separadamente en dos carros más pequeños, por la sencilla razon de que, en el caso de los dos carros pequeños colocados uno tras de otro, tendría dos ejes que untar en lugar de uno, y doble frotamiento que vencer; y por lo ménos la mitad de la carga estaría demasiado lejos del tiro para ser manejada con facilidad, y en el caso de los dos caballos enganchados separadamente en dos carros pequeños, no sólo tendría doble número de ejes que untar, sino que pagar además á un segundo carretero; y sin embargo, si le hablais de toda la fuerza de los argumentos del peso muerto, y del aumento de fuerza, apostará diez contra uno á que no entendería una palabra de lo que le dijé-

rais. A esto contesta el señor Fairlie como sigue.

Si el amigo del señor Seymour, el inteligente carretero, no tuviera más que una carga correspondiente a la mitad de la capacidad de su tiro de dos caballos fuertes con su carro adecuado, y si de cincuenta veces, cuarenta no trasportara con su tiro de dos caballos buenos y fuertes y su carro adecuado más que de veinticinco a cincuenta por ciento de su capacidad, ¿qué haría entonces el inteligente carretero? Al cabo de seis meses, si es que para entonces aun no estuviera arruinado, dividiría su tiro en dos caballos, y su carro adecuado en dos, cada uno de suficiente capacidad para trasportar la carga media ordinaria, empleando el segundo carro en las pocas ocasiones en que tuviera que trasportar una carga mayor que la ordinaria. El señor Seymour convierte a su carretero en lo contrario de inteligente, al suponer que emplearía los dos pequeños carros para trasportar una carga que fuere suficiente para uno de ellos.

La esencia del asunto, en realidad, es que un wagon bien proporcionado, colocado en un ferrocarril de vía ancha, es demasiado grande, pesado y costoso para el trabajo que por lo común tiene que desempeñar, y que el emplearlo es un despilfarro grandísimo, como lo sería emplear un caballo y un carro para trasportar una carga que puede llevarse en la mano con facilidad. El trabajo que se requiere del wagon no tiene relación ninguna con el tráfico general del ferrocarril. Al paso que aumenta este tráfico, requiere más wagones, pero apenas se necesitara poner más carga en ellos. El Sr. Fairlie entra después en una relación muy exacta de varias líneas muy estrechas, en actual explotación, con pormenores de sus máquinas, material móvil y tráfico, y da muchísimos detalles interesantes sobre los métodos de unir los wagones demostrando el perjuicio, pérdida y accidentes ocasionados por las cadenas flojas que comúnmente se emplean; y por último, concluye del modo siguiente:

«Para todos los ferrocarriles ordinarios, para tráfico de viajeros y mercancías, recomiendo sin titubear, ya sea un ancho de 3 pies, ya sea uno de 3 pies 6 pulgadas y esto por las razones que he expuesto anteriormente. En resumen, estas ventajas son:

1.ª Una vía estrecha á consecuencia de su ancho reducido y de la mayor facilidad con que se adapta á la superficie natural del terreno, puede construirse por las dos terceras partes próximamente de lo que costaría una vía ancha.

2.ª El material móvil puede tener dimensiones más proporcionadas á la carga que tiene que trasportar, verificándose á la vez una reducción en el peso muerto, pues la carga, la que no formaría sino una pequeña parte de la carga máxima de un wagon de vía ancha, se acercará nominalmente á la carga máxima de un wagon de vía estrecha, el cual puede construirse más ligero por tonelada de capacidad que el wagon de vía ancha; por otra parte, las proporciones del primero pueden adaptarse con economía al ancho de la vía, lo cual no es posible con el segundo, pues mientras se pueden dar á los wagones de vía estrecha un ancho de 7 pies, wagones de doble ancho que el de la vía ancha, serían de un peso enorme y de ninguna utilidad si se construyeran.

3.ª La economía en el arrastre de wagones vacíos crece en la misma proporción en que disminuye el coste de conducirlos cargados; además, el material móvil de pequeñas dimensiones es más fácil de manejar y la reparación de wagones que no van cargados con un exceso de peso muerto, no sólo inerte, sino perjudicial, es mucho menor, pues hay que tener en cuenta que el peso muerto del material móvil es una causa constante de deterioro.

4.ª Siendo menor el peso muerto sobre la vía estrecha que sobre la ancha, disminuye la presión sobre los rails, y siendo más corta la base de sustentación, hay más facilidad para recorrer las curvas; por lo tanto, se gastan menos los rails, á lo cual contribuye también la circunstancia de que es menor el resbalamiento de las ruedas sobre el rails exterior con la vía estrecha que con la ancha.

5.ª Se necesita menos fuerza motriz para arrastrar una carga dada sobre la vía estrecha, de lo que se necesita para arrastrar la misma carga sobre la vía ancha, por la razón de que en el primer caso es menor el peso muerto de los vehículos, y como en la práctica solo se puede cargar, parcialmente los wagones, la ventaja en favor de la vía estrecha es muy notable.

6.ª Se verifica una gran reducción en el enorme peso muerto inseparable de la vía ancha, reduciéndose el coste de mantener en orden el ferrocarril, la máquina y el material móvil, y por haber economía desde el principio se evitan muchos gastos en la construcción de la línea.

El volumen concluye con una especie de apéndice, que contiene una Memoria escrita por el Sr. Bowles sobre el ferrocarril (de 3 pies) de Denver y Rio Grande, y además el Sr. Fairlie entra en un análisis muy curioso, tocante á un escrito del Sr. Ramsbottom, sobre una locomotora devuelta de Queensland y que se presumía era una máquina Fairlie. Es necesario confesar que las cuestiones propuestas en este tratado están un poco fuera de la vida práctica de España, pues nuestro ancho de ferrocarril, ya sea bueno ó malo, está establecido, y será difícil alterarlo durante esta generación; y en verdad, el Sr. Fairlie no propo-

pone variarlo. En América está casi concluida la disputa, y según la opinión del Sr. Fairlie, la vía estrecha es ya reina del campo. Antes de su introducción habia muchas líneas de vía ancha construidas, y en explotación; mas el ferrocarril para lo futuro será sólo del ancho de tres pies próximamente. El 19 y 20 de Julio del año de 1872 hubo una asamblea en San Luis, con objeto de discutir el asunto del ferrocarril de vía estrecha, y acudieron á ella los Presidentes é Ingenieros jefes de nada menos que 28 Compañías de ferrocarriles del sistema de vía estrecha. La lista de los nombres es larga, pero digna de publicarse, aunque no sirva de otra cosa sino para demostrar la adopción extensiva de los principios del Sr. Fairlie en un país sin igual, ó en habilidad práctica, ó para grandes empresas de ingenieros. Los ferrocarriles comprendidos en la asamblea son los siguientes: El ferrocarril de Memphis y Raleigh, el de Corinth y Nashville, el de Memphis y Knoxville, el de Vicksburg y Nashville, el de Topeka y Fuerte Scott, el de Riples (Mississippi), el del Sur Kentucky y Henderson, el de Denver y Rio Grande, el de Toronto, Gray y Bruce, el Des Moines Western Railway, el de Missouri y el de Jefferson y San Luis, el de Kansas City Wyandotte y North Western, el del Cairo y San Luis, el central Fuerte Scott, el de Fuerte Scott y Cansas, el Central de Kansas y Leavensworth, el central de Tennessee, el de Jaksón y Rio Tennessee, el de Greenville y Point Rock, el Central de Arkansas, el de la isla de Rodas y Massachusetts, el de Toronto y Nipising, el del Norte Georgia y Norte Cardina, el de San Luis y Manchester, el de San Luis y Western, el central de Missouri y Union, el de Olive Street, y el de Washington, Cincinnati y San Luis.

Además, concurren á la Asamblea los representantes de casas ocupadas en la fabricación de material móvil para vía estrecha. El primer acto de la Junta fué nombrar comisionados para escribir una Memoria sobre la ventaja comparativa de la vía ancha y la estrecha, y esta Memoria que ha sido publicada juntamente con todos los demás puntos discutidos en la Asamblea, manifiesta de un modo conclusivo, que la economía y capacidad de la vía estrecha reúne todo lo que han afirmado de ella sus defensores; al paso que el brillante resultado de muchos ferrocarriles, en particular el de Denver y Rio Grande, indica la probabilidad de que se empleará una vía de 3 pies, no solo para las nuevas líneas de los Estados Unidos, sino que con el tiempo este ancho excederá todos los demás de los antiguos ferrocarriles.

El éxito obtenido en Rusia con la línea de Livny ha hecho que el emperador envíe al señor Fairlie una medalla de oro como señal especial de su aprobación. La India y las colonias austriacas siguen aún discutiendo con gran constancia la cuestión de los anchos, y la vía ancha es defendida por el odio que tienen á los nuevos descubrimientos los hombres á quienes les han salido canas en la práctica de cierto sistema.

En los dos países mencionados, y en el nuestro, se han construido ferrocarriles, y aun se construyen de una vía muy ancha, con un gasto enorme, y se explotan á precios muy subidos, sufriendo una pérdida anual considerable las empresas y el público. Los Indios pagan de uno á tres peniques y medio por milla, la conducción de cada tonelada de arroz, que es su principal alimento; y además se les imponen contribuciones para remediar las faltas de ferrocarriles que producen una tarifa exorbitante. Si estos ferrocarriles fuesen de vía estrecha, se llevaría por ellos arroz ganando medio penique por tonelada. Los ferrocarriles de la India se han construido bajo una garantía del Gobierno inglés de 5 por 10 de interés, con la condición de que cuando las ganancias excedan á esta suma, se dividirá en partes iguales entre los accionistas y el Gobierno.

La ganancia actual de las líneas es de un 3 1/2 por 100, y la suma pagada por el interés á cuenta de la garantía asciende á 19 1/2 millones de libras esterlinas durante los veinte años transcurridos desde que se principiaron los ferrocarriles. El coste medio de construcción ha sido de 100 000 pesos por milla; y como ya está bien probada la posibilidad de construir en la India ferrocarriles de vía estrecha por menos de 25.000 pesos por milla, resulta: primero, que si se hubiesen construido de este modo los ferrocarriles existentes, el tráfico hubiera pagado 14 por 100 de coste total, del cual 4 por 100 se hubiera añadido á la renta pública; y segundo, que la suma pagada sin necesidad por el interés de la garantía hubiese bastado para completar 5 000 millas de líneas adicionales, cuyas observaciones podremos aplicar á España, y notar lo mucho que hemos y estamos malgastando. En vista de lo que ha descubierto la experiencia en otras partes, el Gobierno de la India ha ordenado la construcción de nuevas líneas con el ancho de un metro. Esta decisión ha sido acometida por muchos ingenieros de la antigua escuela, que están de acuerdo para despreñar los hechos que la práctica ha establecido en los países á que nos referimos, y argumentan contra la vía estrecha con fundamentos meramente hipotéticos, demostrando tan solo, para satisfacerse á sí mismos, la imposibilidad de que la vía estrecha dé los resultados que en realidad produce todos los días. Entre los documentos más curiosos donde se hallan estos argumentos, hay uno que lleva la firma del teniente coronel J. P. Kennedy, ingeniero, consejero ó consultor del ferrocarril de Bombay y Ba-

roda. El señor coronel fué quien construyó esta línea, y la calculó en 25 000 pesos por milla, resultando después el coste verdadero cuatro veces mayor. Ahora dice que si hubiese tenido un metro de ancho, no podría acomodar más de la quinta parte de su tráfico actual, cuyo tráfico, como hemos manifestado, es veintiun veces menor que el de la línea de Festiniog, de 1 pie 11 1/2 pulgadas, la cual está tan distante del mejor ancho, como Bombay y Baroda está en exceso de él. El coronel Kennedy trata de justificar lo que ha dicho, representando el carácter diferente y gran volumen de la carga de su propia línea, y de este modo reduce la cuestión al área del piso. Los wagones del coronel Kennedy pesan cinco y media toneladas, y tienen una capacidad cúbica de 640 pies. Un wagon para el ancho de un metro pesa dos toneladas, y tiene una capacidad cúbica de 392 pies cúbicos.

En otros términos, dos wagones sobre una vía de un metro, llevarían 22 por 100 más que uno de la línea actual de Bombay y Baroda y pesarian tonelada y media menos; y aunque fuera verdad que los wagones de la vía ancha fuesen ventajosos para conducir las mercancías voluminosas de la India, como por ejemplo, algodón sin pensar, debe también tenerse en cuenta, que ahora se usan mucho en el país las máquinas de pensar, y que de todos modos es mejor emplear algunos miles de libras en promover su uso, que gastar cincuenta veces más en ferrocarriles tan costosos que sería imposible pagarlos durante esta generación. El Coronel Kennedy y otros ingenieros de la India, levantan una segunda dificultad acerca del peligro que amenaza el cambio de vía, el cual causaría inconvenientes á los pasajeros que desean de un coche que vaya de un punto á otro sin detenerse, produciendo además gastos en el transporte de los géneros; pero un cambio de vía existe ya en muchas partes del mundo, y se sabe muy bien cómo vencerlo.

Para este efecto, los pasajeros pasan de un tren á otro sin más pérdida de tiempo que el necesario para echar agua á la caldera, y según el señor Pihl, el coste de mudar las mercancías, solo asciende á la octava parte de un penique por tonelada.

La economía obtenida en tres millas de ferrocarril de vía estrecha comparadas con las anchas es suficiente según este cálculo para pagar el gasto ocasionado por el cambio en el punto donde la vía estrecha se une con la ancha, de modo que, cuando sea necesario continuar un viaje largo sobre las líneas de diferentes compañías, el cambio de vía donde estas líneas se juntan, es una economía verdadera porque el gasto de arrastrar de vuelta el wagon vacío, y el daño que recibe en el camino, asciende como á diez veces el coste de trasladar las mercancías á los wagones de las varias compañías por cuyas líneas hayan de llevarse.

Sentimos decir que en Victoria los defensores de la vía ancha han logrado su deseo, pero esperamos sea sólo por un poco de tiempo. La causa de eso deben entenderla mejor los políticos del país que los que están situados á alguna distancia, que sólo saben lo que leen en los diarios. La cuestión envolvía la caída de un Ministerio, y según parece, el señor ministro de Fomento de aquel país se decidió á nombrar seis de los más notables defensores de la vía ancha, y tres de la vía estrecha, que diesen sus opiniones por escrito sobre el asunto, para después dar su decisión según la mayoría de la opinión.

La cuestión fué discutida con mucho calor en la Asamblea legislativa, y por último, se votó en favor de la vía ancha para ciertas líneas proyectadas.

Victoria es tan rico que puede sin temor despilfarrar lo suyo y mantener su sistema de ferrocarriles, que nada le produce, del modo que más le agrade; pero debiera abstenerse de dar mal ejemplo á los que están en posición menos favorable. Si los hombres principales de esa colonia, y también de España, estudiaran el tratado del señor Fairlie y considerasen los hechos que en él se refieren, juntamente con la actual experiencia de América, y pesasen además los argumentos de sus antagonistas, estamos seguros, que no dejarían de hacer cuantos esfuerzos pudieran para anular esta última disposición los primeros y marchar los segundos más en armonía con el progreso y menos con las vulgares preocupaciones de que adolecen aquí todos los ingenieros del Estado y personajes políticos.

P. C. CALVO Y MARTIN,  
(Ingeniero civil.)

## LA RADIOFONÍA.

(CONCLUSION.)

En el fenómeno de la radiofonía pueden advertirse los caracteres esenciales de esta teoría, con tanta claridad que es posible llegar hasta las últimas consecuencias de ella por la sola consideración de la producción de sonidos por radiaciones. Este asunto va á ser tratado aquí con toda la brevedad posible. Parece que no cabe discutir más respecto de las consideraciones que nos llevaron á admitir la Radiofonía como propiedad de toda radiación, por lo cual, partiendo de este hecho, y teniendo por principio la conclusión establecida como resumen del análisis de la cuestión, puede-

llegarse á decir que, en último término, reproduce el fenómeno radiófonico por cierta especie de manifestación actual de aquella potencia adquirida por las radiaciones en el acto de hacerse intermitentes; hecho ciertamente ni nuevo ni único, porque todos los fenómenos naturales resultan al cabo de manifestaciones especiales de esta potencialidad que reside en la naturaleza y se conserva siempre una, aun cuando afecte modos y formas cualitativamente distintas.

Por eso al hallarnos en el caso presente con una de esas infinitas modalidades de la causa que todo lo produce, estamos realmente en situación muy parecida á la del filólogo que intenta formar todo un idioma, ya muerto y extinguido, por el estudio de algunas palabras que á él llegaron, ó semejante á la del geólogo que de la consideración de alguna roca, miembro al fin de este sér llamado tierra, llega hasta la formación del planeta y hasta la constitución de todos los mundos; pues la radiofonía es como elemento de inmensa curva que comprende por entero la evolución de la energía, fragmento de una construcción perfectísima, término de una serie infinita, de la que son términos también los colores que matizan una parte del espectro, los sonidos formando música divina, las formas y las vidas de los seres todos y sus transformaciones y metamorfosis.

Algo de lo que sucede con los seres pasa con los movimientos, ya que al fin la vida de éstos y su constitución se determinan por el conflicto de fuerzas. Si ponemos atención en lo que constituye más fundamentalmente los movimientos todos, vendremos á señalar idéntica forma á los más elementales, de cuya composición todos los otros resultan, lo cual quiere decir que al modo como los elementos constitutivos de los seres homogéneos, y por lo tanto, inestables, y de su homogeneidad indefinida se pasa á la heterogeneidad perfectamente definida y limitada, así los movimientos más simples y sencillos son enteramente idénticos, aun cuando de su composición resulten formas muy variadas y diversas, como varias y distintas son las formas de los seres, por más que procedan de composición de elementos homogéneos, cosa perfectamente demostrada en los principios de la teoría evolucionista.

Según este modo de ver la naturaleza, resulta que los elementos esenciales y simples de cualquiera acción mecánica pueden combinarse sin variación alguna de su unidad formando movimientos muy distintos, y por lo mismo elementalmente, en nada se distinguen ni diferencian la agitación productora del sonido y la sutil é impalpable ondulación luminosa ya que están formados, en último término, por la misma forma vibratoria ejecutada en períodos y con amplitudes distintas.

Acceptando esta idea, llegase á dos conclusiones importantísimas: se alcanza primero aquella concepción más general del dinamismo orgánico que reduce á la misma ley cuanto existe, á la ley de unidad de la energía en variación infinita de formas, aspectos distintos de esa actividad incesante que en su continuo trabajo no deja de producir los infinitos fenómenos que cautivan la atención del sábio y forman objeto de su estudio; y por lo que á la radiofonía se refiere, viene á demostrar cómo la composición de la vibración sonora característica de este fenómeno es perfectamente idéntica á la de todo movimiento oscilatorio, en cuanto este significa manifestación de cierta potencialidad, y por tanto conversión de una forma de energía en otra, si no del mismo orden, de igual valor cuantitativo; pues ha de haber equivalencia perfecta entre las dos para cumplirse la ley general de las transformaciones de energía. En esto precisamente se funda la demostración que intentamos.

Para llegar al conocimiento de los seres y entender á todos la noción de la vida, basta estudiar un solo sér, es suficiente considerar uno de los elementos de la vida del Universo para elevarse á esta en toda su complejidad, pues el sér es como compendio y resumen de esa misma vida ya que en él residen todas aquellas fuerzas que desplegándose y desenvolviéndose en serie infinita de terminan la evolución completa del mundo.

De igual manera si consideramos tan solo las variadísimas formas de la energía, veremoslas contenidas en la más elemental, y en este sentido es como afirmamos que del estudio de la Radiofonía es posible llegar á la concepción más alta de la Física moderna. ¿Qué significa, en último término, la producción de sonidos por radiaciones, sino forma especial de la diferenciación de los elementos que componen uno de esos rayos de sol que hasta nosotros traen el calor, la luz y la vida? Y siendo esto el hecho radiófonico y no significando otra cosa que determinación de una potencialidad en la forma vibratoria más sensible y material que es dado percibir, ¿no vale tanto estudiar la Radiofonía como llegar al conocimiento de uno de los términos más simples, en que la radiación se desenvuelve y divide? Si pudiera expresarse por un símbolo matemático la radiación en cuyo símbolo estuvieran todas sus propiedades, fácil sería llegar á componer é integrar esa radiación partiendo de su propiedad de producir sonidos, pues aun siendo ella carácter especial de las ondas de menor longitud permitiría formar suerte de serie en la cual el término más elevado estaría ya dentro de otras formas de vibración más rápidas determinadas por colores y acciones químicas.

Aún añadiré otras razones. Volviendo al para-

lelo establecido entre las formas de los seres y las fuerzas que las producen, cabe admitir, que así como la segmentación celular da origen cuando es reiterada á multitud de órganos y formas distintas que no son sino determinaciones variadas de la energía potencial por la influencia de los agentes externos, en los movimientos ó acciones dinámicas, puras resultan las diferencias y distinciones de las oposiciones variadísimas y de los múltiples modos de actuar los estados dinámicos exteriores sobre la fuerza potencial, por cuya virtud, aun dentro de la radiación, unas veces produce calor y otras sonido, mientras en ocasiones es luz ó acción química, por lo cual es evidente que si el estudio de la célula elemental puede comprender la vida de un sér ó la vida del universo, la consideración de cualquiera de las manifestaciones de la energía radiante comprende necesariamente y lleva como de la mano á la consideración de las radiaciones en toda su complejidad, al modo que la consideración de un elemento de cualquiera curva puede elevarnos á conocerla por entero.

Por eso creo comprender, tratándose de la radiofonía, la manera cómo movimiento vibratorio tan sencillo, puede derivarse de cierta aptitud especial de las radiaciones, adquirida en el acto de la intermitencia; el modo como de esta ondulación lenta se pasa á otra más rápida, que se determina en manifestaciones térmicas; el mecanismo en virtud del cual de la onda térmica se pasa á la luminosa, y de ésta á la onda química, las maravillas que realiza la naturaleza reuniendo é integrando todos estos elementos variados y complejos en un rayo de sol que brota de un mundo activo é inmenso, cuya constitución apenas se vislumbra en aquellas bandas negras que empañan el brillo del espectro y son como silencios de luz en el pentágono de los colores que pueden dar idea de otra actividad mucho mayor y más considerable, de la actividad de esa energía impercedera que produce y sostiene cuanto existe, de esa energía siempre presente en los fenómenos de la naturaleza, lo mismo en el imperceptible ondular de los colores, que en este movimiento augusto que constituye el pensamiento humano.

Nada hallo más propio para expresar esta concepción del universo que aquella magnífica invocación que pone el incomparable Goethe en boca del protagonista de su inmortal tragedia. Ella, en su sentido poético y altamente simbólico, expresa aquella gran concepción: por eso deseo que sirva de término y fin á mi trabajo. He aquí las palabras del poeta:

«En vuestro nombre, energías creadoras de la naturaleza, vosotras regís el universo infinito, y en medio de él eternamente permanecéis. En torno vuestro se engrandecen y giran vacías y aun sin vida las formas de la vida. Todos los seres que son, que fueron, y que serán los teneis presentes y véislos con todo su brillo y esplendor moverse y agitarse con las ansias de ser eternos, y luego ¡oh energías soberanas! los distribuís concediendo á unos la hermosa claridad del día y á otros la poesía de la noche. Vénse algunos muy pronto; pero aunque el mágico audaz que todo lo investiga tarda en percibir otros, á todos se acerca, y pródigo y generoso deja ver á cada uno de los misterios que desea contemplar y le revela los secretos que quiere saber.»

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

## LAS LITERATURAS REGIONALES.

DISCURSO LEIDO EN LA ACADEMIA DE LA LENGUA.

(Continuación.)

Palma le parió en esa canastilla de flores, denominada Mallorca; viole crecer el siglo que había visto crecer al Dante y á Santo Tomás; los reales de Don Jaime, ruidosos de suyo, educaronle para las aventuras, como los placeres de aquella corte, no muy austera, para los devaneos, en su fugaz y tempestuosa mocedad; el amor le poseyó de suerte que, por satisfacerlo, faltó á todos los respetos, y entró, en persecución de su preferida, una tarde, á caballo, en la iglesia de Santa Eulalia; el trabajo le embargó hasta obligarle á esgrimir las armas en toda clase de contiendas cual á un caballero de su temple cumplía; y á componer amorosas canciones á guisa de trovador; y á cantar al son del melancólico laúd lo mismo que compusiera como los humildes juglares; y á sorprender los secretos de las ciencias alquímicas; y á estudiar las especies en las ciencias naturales; y á escribir apólogos de invención gallarda; y á subir desde lo desconocido á lo conocido, desde lo relativo á lo absoluto, desde las criaturas al Criador, uniendo en una síntesis espléndida, semejante á los sistemas planetarios y á las constelaciones en lo infinito, las ciencias todas, concluidas por la trilogía cristiana, que se resuelve, al fin y al cabo, en el Supremo Sér, al cual tiene todo este hombre extraordinario, cortésano, y militar, y pendenciero, y matemático, y metafísico, y profeta, y peregrino, y cenobita, y solitario, quien, pasando de los palacios á los yermos, y de los yermos á las escuelas, y de las escuelas á los ejércitos, y de los ejércitos á los concilios, y de los concilios á los parlamentos, y de los parlamentos á los concilios, y de los concilios á los desiertos cenobíticos, deja por doquier

estelas de su idea y surcos de su acción, pues lo mismo intenta la reconquista del sepulcro de Jerusalén y la erección del signo de la Cruz sobre las cúspides de las pirámides egipcias, que la metamorfosis del Universo por el humano espíritu y la demostración matemática y evidente del sér y del existir de Dios; viviendo como si el océano de la vida universal hubiera en su corazón refluído; pensando como si la luz increada se hubiera en su alma concentrado; y muriendo con la muerte de los mártires; por todo lo cual su ignorado sepulcro es como un altar y su postrer instante como una transfiguración, por cuya virtud llegará quien tanto pugnó como él, en alas de perdurable admiración, al coro de los bienaventurados en el cielo y al coro de los inmortales en la historia.

Mucho le han zaherido sabios más ó menos parciales por haber inventado una máquina de pensar, sin comprender cómo toda ciencia tiende á penetrar el mundo exterior de la materia y la extensión material con el mundo interior de la idea y de la idealidad, y todo gran teorizador mezcla por necesidad á sus teorías algo de utopía. El filósofo, que confió, quizás por vez primera en el mundo, los secretos de su abstrusa ciencia, tan grande, á los decires del habla vulgar, tan humilde, sintiendo, por tanto, que no deben componer los sabios una casta cerrada y aparte, bien merece aparecer en la memoria humana junto á los innovadores de la respetable antigüedad, que revelaron al pueblo romano las fórmulas de jurisprudencia, guardadas como geroglíficos hieráticos en la reservada liturgia del soberbio patriciado. Quien quiso armonizar el cristianismo revelado y la humana indagación para que no se divorcien facultades tan estrechamente maridadas como el sentimiento y la inteligencia, obras como el dogma y la filosofía, ejercicios como el pensar y el creer, cielos como el infinito entrevisto por la intuición y el infinito comprobado por la matemática, bien merece un altar en siglo tan dolorido como este por la separación profunda entre los que rezan y no razonan, y los que razonan y no rezan, cual si la religión y la ciencia no fuesen dos grados diversos de la misma esencial idea y dos revelaciones armónicas del mismo Eterno Sér. Una de nuestras mayores glorias nacionales consiste, sin duda, en haber despertado, por la duodécima centuria, el pensar filosófico, dormido en las últimas compilaciones eclesiásticas de Isidoro y de Veda, pavesas de las extintas romanas ciencias. Córdoba mereció parangonarse con Alejandría. Su Averroes reveló el más ó menos adulterado Aristóteles, apercibido en el plan providencial, norma del mundo, á prólogo de la filosofía católica, puesto que fuera epílogo de la filosofía pagana. Los sabios hispano-árabes pensaban en sus madrisas y en sus aljamas; y los sabios hispano-judíos difundían el pensamiento árabe por sus caravanas tan cargadas de productos como de ideas. Naturalmente, buscando estas caravanas las ricas riberas del Mediterráneo, iban de Córdoba á Murcia, de Murcia á Valencia, de Valencia á Barcelona, de Barcelona al Mediodía de Francia, y del Mediodía de Francia á todo el resto de Italia, con lo cual dejaban á una en el espíritu estelas solo comparables á las fosforescentes de aquellas ondas encendidas, en cuyos pliegues parece disuelta una vía láctea, con gotas de luz por soles, y orbes, y nebulosas. Toledo tradujo á Córdoba en su latín arzobispal. Miguel Escoto llevó las traducciones toledanas del pensamiento cordobés á Italia, y aun á Sicilia. En esta isla su craso y mudo buey; como llamaban las gentes al angélico doctor, tomó las ideas aristotélicas para la colosal enciclopedia católica, refutando á su propagador, Averroes, en todo cuanto se oponía de suyo á la ortodoxia.

La materia primera indeterminada olía demasiado á eternidad del mundo; la gerarquía de los divinos principios á subordinación de las divinas hipótesis; el movimiento eterno y las emanaciones á panteísmo materialista; la demiúrgica inteligencia, creada y creadora, á disminución del Hijo y del Verbo, para que una razón, por complejidad natural tan ortodoxa como su razón dejara de combatir todas esas teorías; pero Santo Tomás, y solo Santo Tomás, transformó el peripatismo oriental en el peripatismo escolástico, y consagró el Comentario averroista. Después de haber condenado al autor, como cánón definitivo y perdurable, sobre cuyas fórmulas se asentara la teología católica.

Estaba, pues, completa la escuela de la deducción y de la experiencia. Pero no estaba fundada la escuela de la inducción y del idealismo indispensable para complemento del espíritu. ¿Qué hubiera sido del mundo sin Lulio? El presentó la faz del espíritu que mira constantemente al cielo. El opuso de nuevo al Liceo la Academia. El nos habló de las armonías entre las leyes del conocimiento y las leyes del sér. El completó lo contingente con lo necesario, lo relativo con lo absoluto, lo transitorio con lo eterno, recorriendo la luz creada en las dos alas de la intuición filosófica y de la plegaria religiosa. El volvió á decirnos que los objetos llevan en sí, como lenguas de fuego, las ideas, y las ideas los arquetipos, y que los arquetipos flotan á una en la mente de Dios. El volvió á bañar las almas en el éter de la gloria platónica, y volvió á recordar al espíritu, abrumado bajo aquella férrea sociedad, su origen y su fin divinos, su albedrío soberano, su aptitud nativa para la cooperación en la fuerza creadora y para cumplimiento del Supremo bien.

Al estudiarlo, y el acto, que celebramos, háme



valido este recreo, las cosas materiales se transparentan como si tuvieran dentro un resplandor celeste; lo infinito se fija en vuestra idea, como la luz del día en los focos de la lente solar; deja el intelecto su tardo paso por el análisis y vuela más allá de los mundos y los soles en pos del ideal arquetípico; el Universo entero se puebla de plegarias, como el campo primaveral de abejas y mariposas; la libertad humana crece tanto a la persuasión del origen divino de su naturaleza, que rompe las cadenas del fatalismo inorgánico y orgánico, bajo el cual yace como abrumada, y se persuade por indeliberado impulso al bien; materialízase la inteligencia divina hasta hacerse como tangible y divinízase la inteligencia humana hasta hacerse como etérea; por las leyes del conocimiento deducís las leyes del ser, y por la infinitud del espacio inducís la infinitud del espíritu; revolviéndose, al cabo, como los colores en sonidos y los sonidos en colores, como las descomposiciones de los matices en notas del pentagrama y como las notas del pentagrama en arcos-iris, el ideal absoluto en visiones de formas y de relieves que hasta los más materiales sentidos llega, y el Universo material y todas las cosas creadas en idealidad celeste, como las hipótesis y las gerarquías y las potestades y las vírgenes y los arcángeles y los querubines y los santos, soñados por los místicos, al son de la campana y del órgano, en sus misteriosos deliquios. No es mucho, pues, que pensador tan extraordinario ejerciera un poderoso influjo sobre los anti-verroistas platónicos y sobre los anti-verroistas literarios. Pero donde más se advierte y admira cómo esta grande alma desagua en la filosofía moderna, es al estudiar á Giordano Bruno, cuyo sistema filosófico es un consiguiente de la doctrina de Raimundo Lulio y un precedente de la doctrina de Schelling y de Hegel: que tan altos destinos estaban reservados á su idea en la historia universal del humano pensamiento.

Siglos como el décimotercio y décimocuarto, los cuales produjeron á Ramon de Muntaner en historia, con Arnaldo de Villanueva en física y Raimundo de Lulio en metafísica, bien podían descarsar en paz, aguardando el juicio de los sucesivos tiempos. No decayó en el siglo décimoquinto la literatura catalana; por lo contrario, prestó servicios inolvidables al renacimiento universal. Y vamos inmediatamente á verlo. Imposible comprender el siglo décimoquinto sin alzarse hasta los comienzos del siglo décimotercio, é imposible comprender Cataluña y su carácter sin evocar Italia y su influjo.

El movimiento literario, científico, social de la monarquía aragonesa ¡oh! se trueca en una especie de oscuro enigma, si olvidamos los días del siglo décimotercio y la posesión maravillosa del territorio italiano, recibida como un legado de Federico II, el gran emperador gibelino. ¡Qué hombre éste, y qué tierra, señores, aquella! Encrucijada en el camino de todos los pueblos; campo de batalla en el combate de todas las ideas; depósito de la antigua ciencia griega y de la moderna ciencia árabe; sublime poema cíclico en que resuelan como resonantes fraguas los pulmones de los Titanes y tierno lilio en que cantan como melodiosos enjambres los pastores de Teócrito; puerto necesario á las naves salidas de las regiones más luminosas entonces del planeta; con valles tranquilos é inocentes como paraísos al pié de montañas encendidas y fulgurantes como infiernos; con ruinas llenas de cicuta y ciudades llenas de vida; rescataba Sicilia el ministerio de aquellas grandes islas del Archipiélago helénico en la antigüedad, Chipre y Creta, por ejemplo, donde los dioses del Oriente, ocultos por las teocracias en las formas de las especies animales, y adheridos á la naturaleza como el feto al vientre, cámbianse á una en hombres verdaderamente estatuarios y en hermosísimas mujeres, para que los canten las liras de Homero y Hesiodo, los dibujen los buriles de Fidias y Praxiteles, y los evoquen los lábios de Demóstenes y de Platón. El hijo natural de Sicilia es el emperador Federico II, místico y racionalista, poeta y político, mahometano y católico, mago y matemático; alma inmensa, cuyo resplandor, suavísimo unas veces y otras siniestro, se asemeja en todo al resplandor de un cometa perdido y errante por los eléctricos hemisferios de la Edad media. El mundo eclesiástico veía con horror y extrañeza personificado aquel sacro romano imperio, que recibiera Carlo-Magno cuatro siglos antes para defender la fé cristiana y sustentar la Iglesia católica, en extraño emperador, semi-oriental y semi-aleman; vestido á la asiática, rodeado de doctores infieles; con su guardia de mamelucos á manera de califa y su serrallo de hurtes á guisa de sultan; dudo en componer canciones acompañadas por los instrumentos gratos á los hijos del desierto; henchido de creencias filosóficas, cuyos cánones confundían á Cristo con Moisés y con Mahoma; fundador de escuelas erigidas con el fin así de difundir las artes profanas como de contrastar las ciencias eclesiásticas; tan tolerante que consagraba fraternal amistad al emir Edim por sus ideas heterodoxas dentro de su propia religión; héroe maravilloso en el atrevimiento para proceder como audaz innovador en el atrevimiento para pensar; y que apareciendo, ya como fundador de un califato musulmico, ya de un Pontificado láico, ya como nuevo Ptolomeo dado á sincretismos en los cuales capiesen Roma y Bizancio, Jerusalén y Alejandría, el Vaticano y la Meca, era tenido por la Iglesia, cual tuvo á Nerón el perseguidor en su primer siglo,

como un verdadero Antecristo, á quien abortara el infierno, en su pugna eterna y en su empeño incesante de cerrar al género humano el acceso á los cielos. Pues un emperador así emprendió y encabezó nada menos que una cruzada universal á Tierra santa, y reconquistó nada menos que el sepulcro de Cristo, al fin de esta cruzada, haciendo lo que no habían hecho ni Federico Barbaroja, ni Felipe Augusto, ni Ricardo Corazon de Leon. Mas lo reconquistó por negociaciones y no por armas, á fin de llevar allí la tolerancia de todos los cultos y no la predominante autoridad del culto católico. La lengua de los muezines se unió en el mismo aire á la lengua de las campanas.

Los arabes se agolparon á las puertas de las iglesias y los cruzados á las puertas de las mezquitas. Leyeron los unos el Evangelio y los otros el Korán. La gran basílica pasó á poder de los cristianos, y á la sombra de la Cruz, no por una victoria de Cristo sobre Mahoma, sino por una reconciliación de Cristo con Mahoma, como si hubiera entrado en ella la grande aljama de Córdoba ó de Damasco. Así es que, al penetrar Federico dentro del templo rescatado, en vez de las bendiciones eclesiásticas, oyó la excomunión mayor. El Papa le había seguido en sus tratos y anatematizádole por sus impías complacencias. No hubo quien quisiera oficiar en aquellas ceremonias ni bendecir á Dios por aquel triunfo; y Federico al considerarse vencedor y execrado, rey de Jerusalem y desobedecido, recuperador del Santo Sepulcro y excomulgado, golpeó á los monjes, injurió á los peregrinos, y se volvió irridadísimo despues de haber visto la deseada basílica puesta en severo entredicho, y sus espacios desolados, y sus puertas caídas, y sus altares desnudos, y sus paredes enlutadas, como si en vez de presentarse allí el sacro emperador de los católicos, encargado de la restauración del viejo culto, se hubiese presentado un guerrero idólatra como Tito á injuriar y oprimir á la ciudad de los redentores y de los profetas. La Iglesia no le perdonaba que asediase por Sicilia sus dominios terrestres y que opusiese á la dinastía eclesiástica y electiva de los Papas la dinastía laica y hereditaria de los Suabias. El Emperador á su vez quería reivindicar la plenitud del poder civil contra las atribuciones del poder eclesiástico. Así los descendientes de Federico fueron todos exterminados sin piedad. El último de ellos, el pobre Coradino, tuvo su vengador en Pedro III el Grande, quien vinculó en los reyes de la casa de Aragon el ministerio de los reyes de la casa de Suabia. ¡Oh! Todas las demencias de Federico eran demencias de amor. Estaba enamorado, cual más tarde la creación de Goethe, el doctor Fausto de la eterna Elena, tan hermosa como nefasta, es á saber, de la tradición clásica. Su sincretismo no era en el fondo más que una especie de resurrección alejandrina del antiguo culto helénico. En la contienda entre la casa de Aragon, sucesora de Federico II el gibelino, y los Pontífices, como Martin IV y Bonifacio VIII, sucesores de Inocencio III el güelfo late una oposición trascendental de ideas filosóficas lo mismo que una oposición inmanente de predominio político.

Sea lo que quiera, no debe olvidarse, no: al recoger Pedro el guantelete del último Suabia, dejó en lo porvenir á los suyos la competencia con Roma y unió á España con Italia. De sus descendientes unos sucumbieron al cetro abrumador del Pontificado, pero muchos otros le resistieron y aun le debilitaron. Casi todos tuvieron necesidad de mirar tannto á sus posesiones en la Península itálica como á sus posesiones en la Península ibérica. Y no habrá tierra más clásica, ni la increíble Atenas, ni el sublime Lacio que la antigua magna Grecia, si, no la habrá: los escollos de Escila y Caribdis; los peñascos, en sus escalamientos al olimpo amontonados por los Titanes; la gruta de Circe, junto al cabo Minerva, en cuyo pié todavía cantan las sirenas; la isla de Ischia, donde podeis creer os á la entrada del templo de Theseo, viendo las estatuarías doncellas, con su túnica blanca de largas pieles pegadas al cuerpo, y su ánfora inmóvil á la cabeza en guisa de canéforas; los promontorios y cabos, que llevan nombres inscritos en la Eneyda; el oráculo de Cumas que dicta las profecías, no lejos del averno que recoge las sombras, mientras hierve y resuella en la solfatara próxima la levadura de la primera materia; el Pausilipo, lamido por las ondas de la bahía de Partenope, que tantas veces salvaron los helenos, y alumbrado por los destellos del volcán, sobre cuyo cráter combatió Espartaco y sus compañeros, el Pausilipo, con la tumba de Virgilio coronada de laureles, á cuyo rumor creéis oír las églogas y las geórgicas; todo allí, ruinas y campos, piedras rodadas por los mares y monumentos destruidos por los siglos, ondas y arroyos lucen con el resplandor inmortal de un eterno inextinguible paganismo.

Poned en tal tierra un rey como Alonso V. de Aragon, prendado de lo antiguo, al caer Bizancio en los abismos y subir al zénit Florencia en los cielos; y decidme si no pasará su vida procurando el renacimiento con la inspiración de un heleno y con la perseverancia de un romano. Así hará callar música deliciosa, porque no le deja oír un autor clásico; empleará el vagar diario, de que puede un rey disponer, traduciendo á Séneca; curará de mortal enfermedad, con sólo escuchar algunas páginas de Quinto Curcio; y suspenderá una batalla, y tratará de paz por haberle mandado su enemigo un códice de Tito Livio. Hijo de don Fernando de Antequera, tío del desgraciado poeta príncipe de Viana, primo del gran sabedor Juan II

de Castilla, enemigo de don Alvaro de Luna, hermano de aquel rey de Navarra, célebre por sus grandezas, tanto en la virtud como en el crimen, adoptado por Juana de Nápoles; cautivo de los genoveses en Ponza; prisionero de los Vizcontis en Milán; huésped de los Médicis en Toscana, rey de las dos Sicilias, y de Cataluña, y de Aragon, y de Valencia, y de Mallorca; príncipe feudal del centro de España, donde se presenta unas veces en armas y otras con aquellas preseas cantadas por Jorge Manrique en su elegía, diríasele impulsado á recorrer tantas tierras, y á tratar con tantas gentes para reunir tres literaturas y poner su nombre y el nombre de nuestra España en la obra más capital de los tiempos modernos, en la obra del Renacimiento. Mirad su córte. Allí Eneas Silvio Piccolomini, gran ciceroniano, apercebido ya para subir á la Sede Pontificia, escribe historias de los Concilios en latin de los antiguos; allí Lorenzo Valla inicia en el helenismo y sus misterios, con elocuencia digna de la inmortal Agora, no sólo á los jóvenes, sino también á los maestros; allí Jorge de Trebizonda recompone los textos mutilados y maltruchos de Aristóteles; allí Poggio da lecciones de reinar á los monarcas modernos con su traducción de la Ciropedia en magnífico lenguaje; allí Filelfo recibe la divina corona de áureo laurel á la inspiración y al génio reservada entonces; allí van desde los que han oído á los platónicos en el Concilio de Florencia y han visto á los artistas en los nuevos jardines de Academo, á las orillas del Arno, hasta los que á las orillas del Tiber acababan de sacar las estatuas de los abismos reabiertos y de las cenizas reanimadas, reanudando así el interrumpido hilo de los tiempos y rehaciendo la fundamental unidad de la humana historia. Imaginaos qué movimiento de admiración toda esta espiritual córte produciría en Fernando de Valencia, hijo de la bella ciudad, con cuyo nombre ha pasado á la historia. Humanista, conversó con los antiguos en aquella Pascua de su resurrección; poeta, imitó á Horacio con la fidelidad filial de un devoto discípulo; orador, compitió con Marco Tulio, venerándole al extremo de usar en plural concienzudo y reflexivo la palabra Dios, achaque propio á un tiempo tan pagado de las formas y de la expresión, que no tenía escrúpulo en maltratar el primero entre los dogmas católicos por no mal herir la última de las elegancias sintáxicas. Este gran erudito volvió de la ciudad de Nápoles á la ciudad de Valencia, despues de muerto Alfonso V, y en compañía de su amigo Ramon Ferrer fundó una escuela literaria de alto saber, á la cual se debe sin duda el soberano influjo de su patria en el renacimiento español. Y no las letras tan sólo tenían valimiento: lo alcanzaba también la poesía, dejando una estela de Nápoles á Valencia y de Valencia á Nápoles, que debía unir las almas de los dos pueblos. Allí, junto á los poetas latinos é italianos, un Sandoval y un Estúñiga de Castilla; un Sessé y un Urries de Aragon; un Roig y un Aulesa de Cataluña, quienes, usando indistintamente las tres lenguas, confundían la trilogía de sus ideas en la unidad maravillosa, necesario precedente á la formación y desarrollo del espíritu moderno y del estado español.

Digámoslo en puridad: la literatura catalana en el siglo décimoquinto establece la relación más estrecha entre Italia y nuestra España, de igual suerte que la política catalana en los anteriores siglos había establecido la relación más estrecha entre nuestra España y Europa. Como el Ebro corre de las montañas cantábricas al mar Mediterráneo, Aragon corre al mar Mediterráneo desde las montañas pirenaicas. Y en el mar Mediterráneo debía encontrarse, primero con Provenza, despues con Italia, despues con Grecia. La devoción á Italia especialmente nos dió Ausias March, el primero y más característico de nuestros poetas líricos en la Edad media. Es verdad que, así como el Dante y sus alegorías habían despertado la vena poética de Andrés Febrer, quien traduce terceto á terceto la Divina Comedia, y del Comendador Rocaberti, quien trazo dantescamente *La Gloria del Amor*, también tienen las estancias de Petrarca antes de Ausias March, por traductor é imitador á Mosen Jordi de San Jordi, con otros poetas ilustres. Digno de imitarse ciertamente aquel modelo, en cuyo acento la nota casi única es el amor, como en los acentos de los ruiseñores por las primaverales enramadas. Cinco siglos han pasado sobre sus cánticos y sobre su vida, cinco siglos, en que han brotado los primeros poetas líricos de la historia quizás; y todavía oímos susurrar la fuente de Vallchusa como una melodía melancólica; y todavía menos prenderse de los árboles, como áureas enredaderas, los rubios cabellos de Laura; y todavía sentimos el arrobamiento causado por el centellear de las estrellas, semejantes á dulces retinas, ó por el jugueteo de las auras aromadas de tiernos y suaves suspiros; pues las cadencias, las estancias, la metrificacón atrevida y varia, los sonetos, la sinfonía entera de aquellos versos nos repite un estado de nuestro espíritu, lleno un día de placeres y hechizos, el encanto de la vida toda, y de la tierra, y de la sociedad, por la virtud magnética y creadora del amor. Ausias March ama con la misma intensidad íntima de Petrarca, y con mayor pureza todavía. El mundo externo se halla más lejos de su alma, desunido del cuerpo completamente, para mejor unirse y penetrarse así con el alma querida en lo infinito, como dos esencias exhaladas por dos flores en el mismo tallo abiertas. Sus comparaciones todas

resultan profundamente psicológicas, y su poesía parece como una tela extendida en las interioridades más íntimas y más profundas del alma. Pocos poetas se recogen tanto en sí mismos y usan y emplean con tal felicidad la observación interna, y hasta cierto punto el análisis filosófico, para revelar el ser y estado de la pasión soberana entre todas las pasiones, del amor. Aunque no tuviera el siglo décimoquinto en Valencia otro autor, merecería contarse de suyo en el número de las grandes ciudades literarias. Dígame lo que se quiera, Cataluña trajo por medio de Ausias March primero, y una vez cumplida la unidad patria, por medio de Boscán, barcelonés, á la poesía lírica y á su más alta representación, Garcilaso; á la poesía dramática y á su más alto representante, Lope, por medio de sus coetáneos Tarrega, Ricardo del Turia, Guillén de Castro, una cooperación tan grande, que muestra cómo el espíritu nacional fué uno por corrientes magnéticas misteriosas y seguras como las corrientes planetarias, al mismo tiempo que fué uno por circunstancias históricas y sociales nuestro territorio patrio y nuestro estado español.

Resumamos. La literatura catalana está confundida con la literatura provenzal desde su comienzo hasta el siglo decimotercio. En este último siglo y en el decimocuarto, la literatura catalana toma un carácter propio, creando las obras maestras de su lírica, de su historia, de su filosofía y hasta de sus ciencias naturales y exactas. Aunque á fines del siglo decimocuarto y principios del siglo décimoquinto, existe una reacción provenzal, determinada por los consistorios de Barcelona, remedo de los consistorios de Tolosa, el génio italiano se impone con su prestigio al génio catalán, y lo construye á trabajar por necesidad en obra tan grande y humana como el renacimiento, personificado por Valencia, la cual engendra desde Jordi de San Jordi hasta Ausias March, y desde Ramon Ferrer hasta Luis Vives. Durante los siglos decimosexto, décimoséptimo y decimo-octavo, la tierra lemosina se consagra con empeño á la unidad nacional, esmaltada por ella con verdaderos ingénios, á quienes tanto deben así nuestras letras, como nuestras ciencias en su continuo desarrollo. Pero esta indeclinable absorción de las regiones periféricas por el centro de la Península, necesitado de constituir fuertemente la nación, eclipsa la lengua y literatura catalanas, renacidas, restauradas á nuestra vista, en nuestro siglo, por virtud del derecho y del espíritu modernos, en cuyos senos la unidad y la variedad coinciden como en los senos del Universo.

Indudablemente, los caracteres de la literatura catalana le dan tal aspecto propio, que no puede confundirse con ninguna otra. Tiene toda su poesía objetiva y casi-épica predominantes propensiones político-sociales. Su historia supera en mucho á las historias todas del tiempo, así por la elevación de los asuntos como por el juicio de los historiadores. Su primer libro en prosa no es esa colección de narraciones chispeantes, pero inmorales que inicia la literatura italiana, sino un libro de sentencias filosóficas en que resplandecen con las virtudes los talentos del mejor entre nuestros primeros caudillos. Su libro de caballería por excelencia, su Tirante el Blanco, sepárase de los demás libros de caballería, por la enemiga incontrastable á las fábulas inverosímiles y á las maquinarias absurdas. Con seguridad tal obra no hubiera trastornado el seso á nuestro D. Quijote. La literatura caballeresca, eminentemente provenzal, pues de Provenza copió el poeta germánico sus tradiciones del Santo Graal, y aun de Provenza misma se sospecha por algún erudito que dimanó el Amadís de Gaula; esta literatura, tan extraña é inverosímil, tomó en Cataluña un carácter de verosimilitud con el Tirante, cual cumplía de suyo á la gravedad catalana. En todo tiempo la poesía de tan privilegiada región tuvo un carácter social y la ciencia un sentido práctico, demostrativos de cómo es aquel un pueblo, por complexion, fuerte, de inteligencia sana, de razón clarísima, de voluntad activa, de trabajo perseverante, de valor heroico, de tenacidad incontrastable, al cual se juntan las virtudes varias del trabajo con las virtudes del combate, como nacido en tierra de tanta fortaleza y criado de antiguo en los ejercicios de una, más ó menos privilegiada y excepcional, pero segura y firme libertad.

La mucha extensión, dada necesariamente á este discurso, impídeme dilatar mis indagaciones á la literatura catalana contemporánea, digna por cierto de su abolengo y en consonancia completa con sus tradiciones. Desde la maravillosa oda, monumento del arte lírico moderno, consagrada por Aribau á la patria, el movimiento literario de Cataluña ni ha retrocedido ni ha parado un momento. Cada manifestación fundamental del espíritu ha encontrado allí un representante gloriosísimo, dotado por cierto de verdadera originalidad.

Si lo permitieran mis fuerzas, debilitadas por este difícil regreso á lo antiguo, y lo tolerase vuestra noble atención, ya por mi prolijo discurso exhausta, cuánto me holgara en presentaros el cuadro de la literatura catalana en estos tiempos de su gloriosa resurrección. Materia larga prestarían á mi admiración fervorosa el poeta épico y místico, en cuyos versos las odas hablan como si fueran ideas, y las ideas resuenan como si fueran odas, iluminadas unas y otras por los eternos arquetipos; el poeta cómico y dramático, quien una gracia verdaderamente aristofanesca con arrebatos

románticos é inspiraciones concentradas con sabrosísimos diálogos; el humanista insigne, traducido á todas las lenguas culas, capaz de reavivar con su prodigiosa erudición y sabiduría todos los antiguos modelos é interpretar todos los grandes monumentos; los varios historiadores, voces de los archivos, para quienes se convierte como en átomos de luz, que penetran el espíritu, los átomos de polvo entre los pliegues de los pergaminos; el enjambre de poetas líricos diversos, los cuales han puesto en cada gloria catalana un esmalte de poesía, y sobre cada recuerdo han lanzado esas músicas aladas ideas, capaces de llevar la vida del alma interior á la materia fría é inerte, y de encender sobre cada impureza de la realidad el fuego creador de una llama ideal. Pero vosotros, imposibilitados por su ausencia y por vuestros estatutos, de premiarlos individualmente á cada uno de ellos, los coronáis á todos, con el mayor lauro literario de nuestro suelo, en la persona de su ilustre representante, hoy recibido en estos sacros sitios, y cuyo bondadoso natural aman todos ellos con amor de hermanos y cuyo claro ingenio admiran con admiración fervorosa como timbre de la ilustre común patria.

Poeta, por lo mismo que lleváis con tan justos y merecidos títulos este nombre, sabéis que todo arte necesita un ideal, y que todo ideal tiene caracteres divinos, pues acerca lo relativo á lo absoluto y lo perecedero á lo eterno. Perteneceis á un siglo, que creen muchos, con olvido completo de su historia, materialista y ateo, cuando jamás tuvieron poder tan grande las ideas, ni rodeó al Universo material un éter tan luminoso de idealismo. Trabajad, puesto que veis las invisibles alas de todas las cosas; puesto que oís la música incommunicable de todas las esferas; puesto que adivináis el deseo encerrado en todas las fuerzas; trabajad para que la creación, cuyos senos se transparentan así que reciben la luz de un gran pensamiento, sea cada día más etérea; y para que se dilate sobre sus espacios, sobre su material infinidad, el infinito espiritual, el alma humana, que adquiere mayor conciencia de sí misma y más vida y más firme voluntad, según se acerca, en sus aspiraciones y en sus vuelos, á lo perfecto y á lo santo. Creedlo, como el satélite busca de suyo al planeta y el planeta al sol; como el frío acero imantado por misterioso magnetismo tiende al polo y el humilde vapor dormido en la superficie de las aguas tiende á las alturas; el alma humana, la más bella de las creaciones divinas, tiende á Dios, y en Dios encuentra, no sólo el manantial de ideas que extingue su inextinguible sed y ánsia de lo infinito, sino la suprema esencia que fundamenta su libertad y explica su derecho. Mientras, de un lado, los que más se imaginan representar al siglo, creen que lleva en sus entrañas un Dios muerto, y por consiguiente que nunca puede ascender allende la materia extensa y la fuerza mecánica, ciego para todo ideal, ¡ah! de otro lado, los que representan el espiritualismo tradicional, histórico, religioso, creen que la libertad y el derecho moderno resultan siempre una rebelión contra el cielo. Vos desmentís á unos y á otros con la obra que traeis, como vuestro timbre, y que tanto exalta vuestro nombre.

Perteneceis á las gentes que han esparcido las cenizas frías de la Inquisición, acabando con la intolerancia religiosa; que han agarrado, en medio de los mares, la barca infernal del pirata negro, engendro de Satanás, y la han por siempre sumergido en el infierno; que han llevado el verbo de la razón á las más humildes criaturas, y han roto las infames cadenas de millares de esclavos, como bestias vendidos en babilónico bazar y como cosas apropiadas en tropical ergástula; que han difundido el epílogo de la moderna filosofía, difundiendo el imprescriptible humano derecho; que han creído al pensamiento dotado con un criterio propio bastante seguro para encontrar lo verdadero y á la conciencia dotada con una luz natural bastante viva para conocer lo bueno; y con todo esto, si en vuestras peregrinaciones poéticas habeis penetrado dentro de aquel cenobio de Monserrat, alanochecer, entre los últimos resplandores del crepúsculo y los primeros resplandores de las lámparas; cuando la crestería del templo y sus torres se confunden á una, entre las dudosas sombras, con la crestería del monte y sus pirámides; cuando baja de lo alto la campanada de la oración al valle, donde suena la última esquila del ganado y el último resuello de la fábrica; cuando se avivan y encienden á un mismo tiempo las resinosas teas en las majadas y las primeras estrellas en la tarde; bajo las bóvedas, al pie de los altares, vuestra voz ha unido sus acentos á la Salve, que se diría entonada por las voces del alma y por las del abismo; vuestros labios han dicho la letanía, que allí dicen los coros del monasterio y los bosques del desfiladero; y habeis anotado en vuestras poesías el Te Deum eterno de las ideas y de las cosas; y habeis subido á la cima donde la ciencia y la religión se identifican, pues las capas de aire, incoloras aquí, forman allá, en la inmensidad, el azul de los cielos; y la onda en las profundidades oceánicas amarga, se torna dulce al evaporarse hácia lo infinito; y lo que abajo es misera luciérnaga oculta bajo una hoja, es arriba sol que ilumina tierras de tierras y seres de seres; y las tristes contradicciones del entendimiento suben á síntesis y armonías en la razón: que así como la pavesa de nuestro hogar, indispensable á la vida diaria, no podría, no, arder sin el oxígeno esparcido en la universidad de la

creación, no podría, no, existir este derecho nuestro tan preciado, estas facultades nuestras tan altas, esta libertad nuestra tan querida, sin el aliento de Dios y el amparo de su adorable providencia

EMILIO CASTELAR.

#### FRASES. (1)

AL EXCMO. SR. D. MA NUEL PEDREGAL Y CAÑEDO, HOMBRE HONRADO Y EMINENTE DEMÓCRATA.

El hombre que te ofrece su amistad, que estrecha tu mano, que llora tus desventuras, que te pide consejos y te alaba, ese será tu enemigo.

Jóven degradada... ¡Bah! Esposa prostituida... ¿Y qué? Nada me parece ridículo, monstruoso y extraño, excepto el corazón de la mujer que tiene hijos y no sabe ser madre.

¿Para qué sirven la razón y la ciencia mal aprovechada, sino para presentár á nuestra fantasía la imagen del bien que no hemos hecho?

Hay minutos que son reflejos de una calma perfecta... Parécenos entonces que toda la dicha y todo el amor están en nosotros, que nuestro espíritu siente la eternidad de una sensación divina, y que las pasiones inútiles, vencidas por la pureza de los sacrificios generosos, callan y nos abandonan.

Negar nuestro pensamiento, nuestra caridad y nuestra sangre al desvalido, es dar á los hombres el derecho de ser tiranos.

El principio del dolor es la inconstancia de la virtud.

Amór, debér, abnegación, entusiasmo, caridad... Hay algo de divino en los nombres de ciertas ideas. ¿Y por qué hay otros nombres en el lenguaje y otras ideas en las almas?

El pueblo que olvida su libertad, es el primer ministro de un déspota.

Las únicas lágrimas de dolor son las que caen en silencio y en la sombra.

Nada vale un pensamiento si no es causa de una acción firmísima y justa.

El corazón está triste, pero ama. Y las tristezas del amor mueren pronto, como las flores. Todo tiene su primavera, su abundancia y su nido.

El bien es la vida, y el alma de esa vida es la caridad.

Cuando la moral pública desaparece, surge la tiranía; que la tiranía es el fruto del sueño de las conciencias.

Tristezas que son alegrías, alegrías que son dolores... Andamos por un camino en cuyo polvo se pierden todas las lágrimas.

La desgracia es el principio de la caridad, y la caridad es la perfección de la justicia.

La conciencia es el dolor que más dura.

El esclavo dice: *Mi cuerpo tiembla de frío.* Y un hombre forja cadenas, y el esclavo se abriga con hierro. Y el rubón no santifica las mejillas, ni seca las lágrimas, ni acelera los latidos del corazón, ni dá movimiento á los brazos que descansan en el polvo.

El esclavo dice: *Tengo hambre.* Y se abre una puerta, y el hombre... ¡no! el esclavo descubre su frente, y sube, y esparce con sus rodillas el barro de otros piés, y come los huesos que caen de una boca manchada de saliva y de blasfemias. Y el rubón no santifica las mejillas, ni seca las lágrimas, ni acelera los latidos del corazón, ni dá movimiento á los brazos que descansan en el polvo.

El esclavo dice: *Tengo sed.* Y un hombre contesta desde su altura: Bebe hiel y vinagre. Y el esclavo bebe sus lágrimas. Y el rubón no santifica las mejillas, ni acelera los latidos del corazón, ni dá movimiento á los brazos que descansan en el polvo.

¡Oh, estupidez! ¡Tú eres la fuerza de la tiranía!

Los caminos que conducen al Altísimo son pensamientos de amor. Esos pensamientos están

(1) En el último número, y en la primera de las *Frases* publicadas en él por el Sr. Escosura, hay una errata. Donde dice: «El hombre es un viajero de pié sobre una roca», debe decir: «El hombre es un viajero: de pié, en la cima de una roca inaccesible.»

en la humildad como pájaros en su nido, pero el rocío que los anima viene del cielo.

¡Oh Diós! La estupidez escupe á tu trono; pero su saliva cae sobre los lábios que te niegan. Las religiones te manchan, la virtud te adora. El dolor es la única oración bendecida por tu caridad. La naturaleza es tu templo, las almas desnudas de soberbia son tus altares.

¡Miedo á la muerte!... Siendo esclavo, ¿tendré miedo de la libertad?

En el fondo del porvenir ó del pensamiento se retratan estrellas, horizontes, auroras, pájaros, mujeres... Ese fondo, espejo de la virtud iluminada por la aurora de la vida, será más tarde tempestuoso como las dudas del corazón, ó sereno como la conciencia humilde. ¡Quimera del sueño de unos ojos deslumbrados!

La ley de la igualdad humana es una ley de amor; que el amor, cuando es divino, sacrifica sus deseos á la felicidad de todos.

Tristeza y placer... dos nombres y un solo dolor verdadero.

Pocas veces un buen pensamiento es principio de una gran empresa.

Una flor aislada y combatida por los vientos, inclínase sobre la tierra y pierde su aroma. El hombre aislado en el vacío de una vida sin luz, busca en el polvo la sávia de su vanidad, y, á semejanza de la flor, se dobla, palidece y muere.

¿Qué es la ciencia?... ¡Y esa ciencia es la esclavitud del espíritu humano, y á esa esclavitud la llamas vida!

El amor no está oculto á los grandes pensamientos: la vanidad y la ignorancia duermen. Libértate, corazón, y agita tus alas en los espacios de la luz, en la claridad de la aurora y en la inefable armonía de la naturaleza.

El hombre vive llorando entre ruinas, á semejanza de aquellos héroes que humedecían con sus lágrimas el polvo de los escudos y de las armas de sus antepasados muertos.

El placer es la vanidad de la ilusión.

¡Eres tan vano como el deseo! Hé ahí el estribillo de una canción que se llama vida.

La felicidad es un cielo animado por Diós: la sombra de una mirada basta para convertirle en vacío.

La realidad es una duda en los sentidos y un absurdo en el pensamiento.

El arte es el espíritu de la humanidad. Ese espíritu es infinito, y mi fantasía es tan estéril como el viento tempestuoso que murmura entre las ruinas de una ciudad abandonada.

¡Una mujer!... ¡Qué ilusión! Pero ¡ay! ¿qué vale una ilusión?

La esperanza es como la golondrina: apenas hace su nido, le abandona. Y un nido abandonado es una esperanza muerta.

Una hora de felicidad es imposible.

La duda nos aguarda en el umbral de la vida.

El amor seméjase al satélite: pasa de la luz á la noche; pero el infinito que le dá claridades y fuerza no palidece nunca.

¡Razón! ¡Qué causa de ignorancia!

Estudiamos, vivimos, y al fin el alma se encierra en sí misma, y dice: ¡Pobre sabiduría tan vana como el placer!

El hombre se parece al grillo que muere cantando en su agujero. ¿Qué es la vida más que una canción que acaba en el polvo?

La duda es el vacío de la felicidad.

El dolor es lo que la vejez: un recuerdo triste en lo pasado, y una sombra en la esperanza.

El alma pide al cielo la luz de sus auroras, de sus estrellas y de sus rayos, y al mundo sus placeres; pero nada es lo que su deseo, relámpago y

polvo, aurora y noche, infinito y vanidad, estrella y átomo, lágrima y sonrisa!

Es útil creer que la ilusión es una duda.

«La flor del valle dice al viento que baja de la tempestad: Descansa en tus espacios, y olvídame. No seques el rocío que humedece mi cáliz. En éste momento soy la reina del valle; mañana seré pasto de una larva. Los ojos cuya luz se confundía con mi aroma, llorarán en silencio sobre hojas marchitas y cubiertas de polvo.»

¡Vida y muerte: mar estrecho, comedia mudable, aspiraciones vigorosas, con las cuales el alma humana crea en sí un universo, un Dios, una ilusión animada por la ternura de un esclavo!

La materia es la nube del sentimiento: en ella se apagan y mueren, como rayos de luz, la belleza, la verdad y la justicia; los espacios que se dilatan sobre la nube son inaccesibles á nuestras miradas; el polvo gravita sobre los sueños: es error, utópia, ilusión ó locura todo lo que no se nutre en una atmósfera cargada de sombras.

Vivir es llorar por lo que no existe.

Adorad á Dios en la virtud é imitadle en el amor.

Deseamos un porvenir venturoso, nuestra mirada busca en la sombra un resplandor imperecedero; pero vemos un rayo de luz que se proyecta sobre tinieblas infinitas, un momento de placer, y... ¡no somos ambiciosos! ¡Confundid aquél rayo y aquél momento de placer, y resultará la vida!

Somos como el labrador: nuestra esperanza está fundada en surcos y en gérmenes, y no sabemos que el surco es un poco de polvo que puede ser arrojado á los vientos por la mano de un niño.

El entusiasmo de la juventud es una flor que esparce su perfume por el aire y sobre las plantas venenosas que la rodean.

La riqueza y el poder son apariencias de felicidad.

Ved esa flor, fruto del polvo: sus colores brillan á la luz de la mañana; pero su aroma es fétido, y su tallo es un poco de ceniza.

La duda de un corazón es una luz en un sepulcro: no alumbrá más que restos.

La verdadera felicidad humana está en la conciencia del deber.

El camino de la vida es áspero y difícil: si quereis andar por él con valor, unid vuestros sentimientos y buscad apoyo en las almas fuertes, al modo como las golondrinas unen su canto y buscan apoyo en las alas de sus compañeras cuando el viento y la sombra de la tempestad se dilatan en su camino.

Pobres viajeros perdidos, amamos la sombra de la noche que viene con el sueño. ¿A qué luz se abrirán nuestros ojos? ¿Qué importa?... Riamos á la claridad de la mañana. ¡Siempre lo mismo! Aurora... crepúsculo... noche... y después otro día...

Creced y multiplicaos... Y crecemos y solo multiplicamos nuestros dolores.

La virtud es de todos: la verdadera caridad tiene también una mirada de ternura para la pobre golondrina que aletea entre las manos de un niño.

¿Qué corona de monarca no ha costado lágrimas, cadenas y sangre?

El hombre que dice: *No creo*, ¿no es engañado por su dolor?

En la balanza del bien absoluto, la ley de la justicia pesa más que el patriotismo. Decir *patriotismo* no es decir *libertad*: ésta es una ley de Diós, y aquél puede ser una palabra convertida por los necios en motivo de servidumbre.

La piedad es la fuerza del valor.

Hombre, no encierres tus esperanzas en un círculo de polvo.

El necio no ama, sino codicia: tiene la felicidad en su corazón, y no la siente: su alegría es una embriaguez; esa embriaguez es el deseo del hastío que nos fascina y atrae para revelarnos una blasfemia.

El espíritu abre sus alas, la imaginación toma vuelo, el abismo de la eternidad nos atrae, y el hombre dice: ¡Soy tanto como Diós! De pronto el fantasma de la dicha desaparece, la eternidad se cierra, el espíritu mancha su luz, y la imaginación, el ave que agitaba sus alas en un espacio sereno, vé su felicidad en un libro, su imperio en un poco de sombra, y su horizonte al través de los súcios cristales de una bohardilla.

Los placeres inútiles son, como los cráneos vacíos, despojos de lo que pensó en otro tiempo, cenizas que sobreviven al amor.

La fé ha sido siempre la hija más querida de la ignorancia y el miedo.

Cuando amo me atrevo á vivir.

¿Qué certeza no es más misteriosa que un delirio?

El mundo no enmudece cuando la virtud le interroga.

Al lado del placer, tinieblas, una fosa, un nombre; tal es el fin de todo.

La gracia es la poesía de la belleza material.

Es tan limitado el pensamiento del hombre, que basta una palabra para despertarle en un vacío.

Siempre somos viejos para obrar y jóvenes en el deseo.

La indiferencia nace de la vanidad del amor propio. El alma necesita conmoverse para presentir lodesconocido. El sentimiento es un derecho limitado.

La virtud nos conduce á la duda.

La estupidez es la imagen de la nada: pasa como el aire, como las aves nocturnas, como la quimera de un delirio, como el placer de un espectro.

La caridad es el amor de la razón.

Cuando un pueblo, espantado bajo el acero de un imbecil, abatido bajo el peso de una cadena, sordo al chasquido de un látigo, dobla su rodilla sobre las gradas de un trono salpicado de sangre, ya no hay hombres en la tierra, ni amor en esos hombres, ni pensamientos en ese amor, ni lágrimas en los ojos, ni saliva en las bocas, ni piedras en las calles... ¿Aceptas la esclavitud? La mereces.

La vida es la esperanza del dolor.

¡Trabaja, populacho! ¡Llora en tu miseria! ¿No sabes que tu ignorancia y tus dolores constituyen el freno de tu libertad? No despiertes al eco de esa blasfemia que baja de lo alto, penetra en tus oídos, vaga en el sueño de tu corazón, y dice: *Gobierno, porque tú obedeces. Obro porque, nada debes. Apoyado en tu ignorancia, no temo á la virtud. La estupidez es el pedestal de un buen príncipe.*

Creer es dudar.

¡El recuerdo! ¡Triste sonido! Y sin embargo, parece que vaga en un mar de luz, en una región siempre nueva... Prefiero el dolor á la nada.

Ha blamos mal de la vida, de nuestro destino y de los hombres. ¿De quién es la culpa? El viajero que se aparta de la caravana, sufre, solo y abandonado, los ardores del desierto, la tristeza de la soledad y el temor y la duda que le inspira un porvenir desconocido. ¿Y qué somos más que viajeros de una noche?

El deber es el bien, y el bien es la vida, y la vida es la libertad, y la libertad es el derecho. El *derecho* y el *deber* son como dos corazones unidos en el amor: su armonía es el principio de la virtud.

El bien del egoísmo es el hijo más ingrato del dolor ajeno.

La tristeza es el fondo de todos los placeres.

La nación que oye tranquila el ruido de las cadenas que sujetan el cadáver de un pueblo á las gradas de un trono, es también esclava; que la tiranía del crimen es más vergonzosa que la tiranía de un imbecil.

El espíritu humano se parece á esos árboles que

solo dan al viento de la tempestad sonidos lastimeros, hojas de flores y canto de aves heridas.

No hay civilización sin trabajo, y el trabajo es la ley del pueblo. La esclavitud es la negación de esa ley. Una servidumbre interminable y un dolor sin esperanza: tal es el destino del crimen. Y el crimen es obra del ocio.

Si el despotismo destruyese la libertad, esta renacería del dolor de los oprimidos.

En este siglo de incertidumbres y ambiciones, la virtud busca, no á quien la sienta, sino á quien la oiga; que la ignorancia no admite consejos que no van acompañados de súplicas y de mentiras.

¿Qué es lo que constituye nuestra grandeza? Nada: hoy un deseo; mañana un poco de polvo, la vida de un gusano, un poco de sávia para la yerba de una sepultura.

El amor es la garantía de los derechos de la mujer.

Ni aun en la desgracia perdemos el orgullo.

¡Pobre alma semejante á la tórtola herida que llora la muerte de su compañera!... ¿Qué árbol podrá ofrecerte un nido, un amor extraño á la tempestad, al hielo y á la noche?

Somos tan locos en nuestros deseos como un hombre que se arroja al mar para cogér la imágen de una estrella. Un poco de barro en las manos, agua en las ropas, quizás la muerte... ¡Bah! Lo que importa es el deseo.

El bien es el olvido de la soberbia.

La poesía elevase y espárcese á todos los horizontes y á todos los espíritus como el aroma de la verdad.

No hay alegría más pura que la que se gana con trabajos.

La fuerza es la flaqueza de muchos hombres.

El angel de la libertad se inclina sobre la frente del trabajador moribundo, y dice: «La lucha fué tu deber. El trabajo ha vencido á la esclavitud. Tu espíritu ha descansado siempre sobre el acero del combate. Ahora despierta.»

La vida es un presentimiento.

Un átomo perdido en la nada, y una lágrima vertida sobre el polvo de la belleza... A eso se reduce todo.

El hombre es un esclavo: ¿qué importa que lo sea del mal ó del honor, si sus acciones no nacen de sus deseos?

La fé parece la burla de la virtud.

¡Cuán fácilmente pasa la vida! Cada hora es un juego de felicidad: con mucha ignorancia y un eterno ¿qué me importa? el corazón humano gira en un círculo de luz: todo va bien, en tanto que un poco de frio no turbe la sublime serenidad del orgullo.

El verdadero amor es la sed de lo imposible.

El gozo solo es eterno en el deseo.

Cuando el alma está contenta de sí, la naturaleza parece el espejo de Dios.

No más ilusiones: el sueño es estéril como la vanidad; el bien lo es todo. Hé ahí palabras que son ideas.

El orgullo es el candor de la estupidez.

Los placeres del hombre son hijos de la tierra: nacen cargados de hastío, y viven poco.

El ignorante humilde sabe dar á sus juicios apariencia de sabiduría, y merece gratitud por su humildad y elogios por haberse conocido.

El corazón, embriagado de inmateriales deseos, quiere tener alas, y agitarse en espáncios luminosos, y tendér el vuelo, y subir á Dios, y mirarle frente á frente, y purificar en su luz cuanto hay en él de vano y transitório.

Quien ama la virtud por el premio que ofrece, y no por su propia conciencia, es un virtuoso es-

clavo de perecederas pasiones. La felicidad está en el sentimiento del deber; soñemos en ella.

En los ojos del desgraciado hay muchas lágrimas de ambición y pocas de arrepentimiento.

Cuando los placeres y los amores acaban, la vida es un canino abandonado y lleno de asperezas, cuyo límite...

Juro que nada me importa saber si las asperezas de la vida tienen límite.

El nécio yerra y perservera en el error, engañándose con errores conocidos.

No hay honra más vana que la que se funda en el aplauso de la adulación.

La indiferencia es como una exajeración del egoísmo.

La caridad y la dicha son hermanas.

El sábio que no comunica su ciencia es digno de lástima, porque su sabiduría es el peor de los dolores.

El hombre suele ser obra de mil caprichos: nos parecemos al actor que no elige papel, sino que acepta el que la ignorancia ó la envidia le deparan.

El placer es ligero como la brisa que nos perfuma y refresca... El dolor de un cuerpo inanimado y corrupto sigue el aroma de las flores, el huracán sigue á la brisa, el soplo que pasa á través de un esqueleto sigue al aire cargado de luz y de sonidos. ¡Triste variedad!

Tranquilizáos: el porvenir ha pasado ya por nosotros.

Todo envejece y muere, la memoria y el cuerpo, el amor y el odio.

¿Quieres que tu amigo se convierta en enemigo? Dile siempre la verdad, y ensénale.

El justo debe ser como la flor, que deja sus aromas en la planta que la pisa.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

#### CRÓNICA CIENTÍFICA.

EL CANAL DE SUEZ.—La cuestion del Canal de Suez se ha convertido, en estos últimos tiempos, en una cuestion política de la más alta importancia, pero es tambien una cuestion técnica, y desde este punto la ha tratado M. Gallut, en la revista *Le Genie civil*. Todo el mundo reconoce hoy que el aumento del tráfico por la vía de Suez es tan rápido y tan considerable que hay que pensar ya en el momento en que la vía actual de comunicacion llegue á ser insuficiente. Un problema se ofrece con tal motivo á la atencion de los ingenieros. ¿Qué solucion es preferible, ensanchar el canal actual ó construir otro paralelo á él?

En la memoria de todos están las dificultades de todo género con que tuvo que luchar M. Lesseps en esta magnífica empresa que hará inmortal su nombre. Vamos, guiados por M. Gallut, á examinar las dificultades que hoy se presentan. Dependén, por un lado, de las condiciones en que se efectúa el tránsito de los buques, y por otro lado de los trabajos de conservacion, necesarios para mantener al canal su profundidad, y su solidez á los ribazos. En las orillas del canal hay dos ciudades: Port-Said é Ismailia; Suez se encuentra á unos 4 kilómetros de distancia.

La longitud del canal es de 160 kilómetros: abraza primero la travesía del lago Menzaleh, á la salida de Port-Said, sobre una anchura de 42 kilómetros; el trazado está en líneas perfectamente rectas; en el 44º kilómetro hay una barca que sirve para el paso de las caravanas de Siria; en el 60º kilómetro se atraviesa en zanja uno de los umbrales del istmo, el de El-Guisr; siguen tres curvas de paso difícil, porque no tienen más que 1.100, 1.200 y 1.700 metros de radio; más allá de estas curvas se encuentra Ismailia, que ha servido de base de operaciones al ejército inglés, durante la última guerra, y el lago Timsah, donde desemboca el canal de agua dulce.

Más allá hay que atravesar, tambien en zanja, dos umbrales muy próximos, y se llega á los lagos Amargos, depresión que tiene cerca de 12 metros de profundidad, 20 kilómetros de largo y 10 kilómetros de máxima anchura. Luego vienen los lagos Amargos pequeños, donde se sigue una pequeña, y donde con mucha frecuencia sufren varadas los barcos, si hay mucho viento, y despues de esto entra en la seccion final, que es la de Suez. En este camino de 160 kilómetros, ó sea 86 leguas marinas, hay hasta catorce estaciones, separadas 10 kilómetros una de otra, donde pueden hacerse los cruces de los navíos; la velocidad de los bu-

ques no suele pasar de 10 kilómetros por hora, y no deben tampoco andar de noche, á no ser en casos excepcionales.

Los buques pueden siempre tomarse en Port-Said, pero no así en Suez. Las mareas del mar Rojo producen grandes corrientes que se propagan en el canal hasta 25 ó 30 kilómetros. Un buque no puede andar con seguridad más que contra corriente, porque limitada por el reglamento de la compañía su velocidad propia, vara infaliblemente y obstruye el paso para todos los demás. Así, signos especiales colocados á conveniente altura en las estaciones de la seccion de Suez, indican el sentido de la corriente. Si un navío penetra en el canal por la mañana no puede pensar en llegar al otro extremo antes del fin del segundo dia.

Desgraciadamente las varadas son muy frecuentes á consecuencia de causas de diversa naturaleza. Algunos buques, contruidos para grandes velocidades, no pueden acomodarse á esta lentitud; y á pesar de su timon movido por el vapor y de la adición de un contra-timon, gobiernan muy mal. El viento del E., que sopla violentamente de Noviembre á Marzo, los incomoda tambien mucho en su marcha. A consecuencia de esas circunstancias, los remolcadores poderosísimos de la compañía se ven obligados á ir á librar algunos barcos que han ido á hundirse profundamente en uno de esos declives.

En estos últimos tiempos se ha hecho mucho ruido con los retrasos que ocasionan estas varadas de navíos detenidos en gran número en medio del canal, y obligados á emplear cuatro ó cinco dias en atravesarle. Las lentitudes accidentales se combinan á veces con las que impone la comision sanitaria, porque durante las epidemias del cólera hay precision de tomar precauciones con los navíos que vienen del Sur.

El canal está lejos de tener en todas partes el mismo perfil en seccion; este perfil varía segun los lugares: las profundidades medias de la represa varían de 850 m á 9 m; el fondo de esta represa tiene 22 m, y se levanta en seguida en declives y terraplenes, seguidas de nuevos declives. Importa que la represa esté siempre libre, y la naturaleza del terreno que atraviesa el canal, el continuo remolino de buques, todo tiende incesantemente á colmarle. Sobre todo, importa impedir las destrucciones en las partes del canal donde los ribazos tienden á convertirse en derrumbaderos. Con este fin ha habido que acudir á diferentes sistemas de empedrados, cuyos detalles pueden buscarse en el *Genie Civil*.

Hace mucho tiempo, la administracion del canal ha tratado de poner remedio á esos retrasos que sufren los navíos, retrasos que son causados: 1.º por el frecuente número de aluviones, 2.º por las varadas. En un acuerdo firmado en Constantinopla en 1876, la Compañía se comprometió á aplicar treinta millones á trabajos de mejoramiento en el curso de treinta años. Hé aquí las resoluciones que ha tomado espontáneamente para el empleo inmediato de 24 á 25 millones que aun quedan disponibles sobre este crédito. Los diques de Port-Said, á pesar de su extension, son de notoria insuficiencia, aunque los buques no estén allí más que el tiempo indispensable para hacer carbon. La aglomeracion la causan, sobre todo, los barcos de carbon; un nuevo dique de 17 Ha. de superficie les será especialmente concedida.

Además, se ensanchará 500 m. el lado O. de la represa del canal, para que permita la aproximacion de cuatro ó cinco buques más. En la estacion de Kantera se preparan trabajos muy importantes que la harán pasar de 500 á 4.000 m.; se agrandará tambien la del lago Timsah, y la del kilómetro 133; se rectificarán tambien las malas curvas del lago Timsah, de Toussoum y de los pequeños lagos Amargos. Estos trabajos se ejecutarán con un material de tres dragas de vertiente Gouin, una draga marina, un remolcador y catorce portadores de máquinas Compound.

Creando tres grandes estaciones se permitirá la formacion de verdaderos trenes de navíos que anden juntos y juntos se guarden. No hay que pensar en ensanchar el canal en toda su longitud: «Esto—dice Mr. Gallut—es absolutamente impracticable.» Podrían aumentarse los rendimientos del canal alumbrándole eléctricamente y permitiendo así el pase por la noche, pero, añade Mr. Gallut el único medio verdaderamente práctico ante el cual debemos creer que no retrocederá la Compañía, es la apertura de un segundo canal paralelo al primero, y unido á este por varios afluentes si se quiere, de modo que permitan en determinado momento, tomar para la navegacion en ambos sentidos un trozo de uno de ellos.

Esta es la verdadera solucion, la única buena que la Compañía debe apresurarse á tolerar en su propio interés y en interés de la navegacion. Por otra parte el coste de un segundo canal estará lejos de alcanzar la cifra considerable del primero. Las condiciones son tambien muy diferentes: se han abierto puertos á sus extremos; la manutencion, antes tan difícil para el número personal, se halla ahora asegurada en las condiciones más económicas; los escavadores, los dragueros han hecho progresos desde entonces. Todo permite creer que bastarian 200 millones para hacer esta segunda vía.

Pero no son solo las cuestiones económicas las más difíciles de resolver en este punto; la apertura del istmo de Suez ha sido un acontecimiento comercial tan importante, tan afortunado, que fá-

cilmente se podrá encontrar todo el dinero que haga falta para abrir la segunda vía. Pero para esto es preciso además otra cosa que dinero: hacen falta terrenos, y los concedidos á la Compañía son insuficientes. Sería, pues, preciso que el Gobierno del jedive hiciera nuevas concesiones de tierras á la Compañía. Ahora bien; quien dice hoy Gobierno del jedive, dice Gobierno inglés. ¿Querrá Inglaterra prestarse á tan buena obra, ella que es la nación que más provecho obtiene del canal, ó exigirá la parte del león? Este es el único problema que es preciso resolver. Resuelto esto, y resuelto de un modo favorable para los intereses de todos los pueblos, el segundo canal pronto dejará de ser una necesidad, para convertirse en un hecho.

**LA VOLUNTAD**—Si de la salud intelectual á la locura caracterizada, á la demencia, hay una infinidad de grados de transición, con mayor motivo han de hallarse con frecuencia verdaderas dificultades para reconocer la naturaleza patológica de las afecciones que atacan más especialmente y en diferentes proporciones cada una de nuestras facultades, puesto que éstas pueden ofrecer naturalmente numerosas variedades y un desarrollo muy diferente.

Así, cuando se dice de alguno que carece de carácter, no se le trata ciertamente de enfermo. Puede suceder, sin embargo, que su voluntad esté atacada por causas de naturaleza patológica. La locución empleada no es mala, puesto que demuestra que á los ojos del vulgo la voluntad sufre en lo que constituye la esencia misma de nuestra personalidad: el carácter.

Pero las afecciones más caracterizadas no están bastante bien circunscritas para que sea posible definir las exactamente y adquirir nociones bien seguras, y ha sido preciso estudiarlas y clasificarlas bajo diversos nombres. Tales son, por ejemplo, las afecciones conocidas principalmente con el nombre de locura de las dudas.

M. Ball ha consignado recientemente algunos casos variados. El más curioso quizás es el de un joven que en 1874 experimentó súbitamente un gran cambio en su personalidad, y que, después de cinco años de un estado extraño, la sintió en cierto modo desaparecer. «Desde entonces, dice él mismo, existe, pero fuera de la vida real y á mi pesar; todo es mecánico en mí y hecho inconscientemente. Cuando me hablan respondo inmediatamente, y resulta que lo hago con tino. Mi trabajo se ejecuta bastante bien hasta el presente y sin ningún error, y, sin embargo, es inútil que me diga: estoy trabajando, hago esto ó aquello, porque no me puedo dar cuenta de que esto sea verdad. Creo poder resumirme, diciendo: personalidad completamente desaparecida, y me parece que estoy muerto hace dos años, y que la cosa que existe no tiene la menor relación con el antiguo yo.»

Se compara á un cucurucho de papel vacío, y se llama á sí mismo *una cosa*. Si come, es una sombra de alimento que penetra en una sombra de estómago. Reconoce, sin embargo, lo absurdo de estas ideas, pero le es imposible desprenderse de ellas.

¿Qué rueda es la atacada por esta afección en el mecanismo de la inteligencia? Ha sido esto largamente discutido por los médicos alienistas, desde Esquirol hasta M. Legrand du Saulle, que ha consagrado en 1875 una monografía á este estado mental, pero no se ha llegado aún á una inteligencia.

Teniendo en cuenta el análisis psicológico que acaba de hacer M. Ribot en su obra *Las enfermedades de la voluntad*, puede considerarse ésta como el centro principal de las perturbaciones de la locura de la duda.

Notamos, en efecto, en el caso anteriormente citado, que la enfermedad *existe á su pesar; que todo es mecánico para él; que responde á las preguntas que le hacen y que responde atinadamente sin quererlo; que su trabajo se hace también independientemente de toda intervención voluntaria; que es incapaz de dominar estas ideas, aun cuando una buena parte de sus impresiones y de su discernimiento le hacen reconocer el absurdo.*

Todos estos fenómenos están en relación con el aniquilamiento, por lo menos parcial, de la voluntad. El enfermo siente principalmente la desaparición de su personalidad. Pero esta es precisamente una primera indicación de la naturaleza misma de la voluntad.

Otro caso evidente cita M. Ball: si el enfermo quiere entrar ó salir de una casa, experimenta en el dintel de la habitación una resistencia invencible, y es preciso que le empujen para hacerle travesar el obstáculo imaginario. Con frecuencia no puede pasar en el valle más allá de un árbol ó de un guijarro. Finalmente, como sucede á ciertas personas atacadas de impulsiones intelectuales, es perseguido por ciertas palabras, que repite todo el día después de haberlas pronunciado por primera vez.

M. Ribot presenta casos completamente semejantes, como ejemplos de *enfermedad de aniquilación de la voluntad*. Tal es el de un hombre que «intentaba frecuentemente desnudarse y permanecía dos horas sin poder quitarse la levita, teniendo perfectas todas sus facultades, excepto la volición. Un día pidió un vaso de agua; se lo presentaron en una bandeja, pero no podía tomarlo aunque lo deseaba, dejando al criado en pie ante

él durante media hora, antes de que pudiera dominar aquel estado. Le parecía, según decía, que otra persona había tomado posesión de su voluntad.»

¿Qué se ve en estos ejemplos? Únicamente la imposibilidad de pasar al acto. El paso á la acción es el fenómeno volicional. Sin embargo, la inteligencia ha permanecido intacta, y aun ciertos enfermos creen reconocer en ellos la voluntad de obrar aun cuando sean impotentes para hacerlo.

Resulta que el *yo quiero* es impotente por sí mismo y que no es más que una comprobación, un estado de la conciencia; resulta también que la impulsión puramente intelectual, producida por el raciocinio, del cual es el *yo quiero* una prueba, no es suficiente siempre para hacer obrar.

De estos casos deduce M. Ribot que el acto voluntario está compuesto de dos elementos bien distintos: un estado de conciencia totalmente impotente para hacer obrar, y estados orgánicos que tienen solos este poder; es preciso, por consecuencia, admitir que en los casos precitados, los dos acontecimientos, de ordinario simultáneos porque son los efectos de una misma causa, están separados. «Pero, añade, el ardiente deseo de obrar que algunos enfermos creen experimentar, me parece una simple ilusión de su conciencia. La intensidad de un deseo es una cosa completamente relativa. En su estado de apatía general, el impulso que les parece vivo está en realidad muy por debajo de la intensidad media, y de aquí procede la inacción.»

Hay casos, sin embargo, en que las lesiones son aún más difíciles de analizar y de circunscribir. Tal es el siguiente, que ha dado á conocer M. Beillarger. Un hombre de unos sesenta años de edad, padecía hacia mucho tiempo el deseo mórbido, cuando iba al teatro, de averiguar cuanto se relacionaba con las artistas que había visto. «Hubiera querido conocer su edad, las señas de su casa, su posición de familia, su género de vida, sus hábitos y sus responsabilidades. Atormentado por esta idea fija, tuvo que privarse del placer de ir al teatro; pero pronto se manifestó la idea con ocasión de todas las mujeres que encontraba, á condición de que fuesen bonitas. Se vio obligado á hacerse seguir por una persona, cuyas funciones consistían en tranquilizarle sobre este punto, y cada vez que encontraba una mujer repetía la eterna pregunta: *¿Es bonita?* siendo preciso responderle: *No*; lo que interrumpía la interminable serie de sus preguntas. Un día partió por el ferrocarril; apenas había podido ver á la señorita que distribuía los billetes, y distraído un momento por la inminencia de la salida del tren, descuidó el preguntar si era bonita. Olvidando su papel, fatigado ó distraído, respondió su interlocutor que no la había mirado y que no lo sabía. No fué necesario más para que cayera el enfermo en tal estado de angustia, que se vio obligado á regresar inmediatamente á París, á fin de asegurarse por sí mismo de la verdad.»

¿Cuál es el rasgo saliente de este singular estado mórbido? Primeramente una idea fija; el enfermo es atacado de una insuperable curiosidad respecto de las mujeres hermosas, y esta curiosidad determina una impulsión bastante violenta para llevarle á los actos más extravagantes. Pero mientras que por una parte la actividad razonable, voluntaria, está contrabalanceada por ella, es suficiente oponerle una afirmación terminante para anularla en todos sus efectos habituales.

Si se examinan todas las enfermedades en que la voluntad está atacada, y esto es lo que ha hecho M. Ribot, se ve que aquella lo es siempre secundariamente por la falta de impulsión que nos hace incapaces de obrar, por el exceso de impulsión que nos lleva á obrar sin reflexión y sin conciencia, por la debilidad de la atención, que nos hace descuidar toda atención y nos conduce á los caprichos irracionales, por la parálisis de todas nuestras facultades no automáticas, como en el sonambulismo, etc.

«La volición, dice M. Ribot, es un estado de conciencia final que resulta de la coordinación más ó menos compleja de un grupo de estados, conscientes, sub-conscientes ó inconscientes (puramente fisiológicos), que todos reunidos se traducen por una acción ó una detención. La coordinación tiene por factor principal el carácter, que no es más que la expresión psíquica de un organismo individual.»

La volición, que los psicólogos interiores han observado, analizado y comentado con frecuencia, no es, por lo tanto, para nosotros más que un simple estado de conciencia. No es más que un efecto de ese trabajo psicofisiológico tantas veces descrito, del cual solamente una parte entra en la conciencia bajo la forma de una deliberación. Los actos y movimientos que la siguen resultan directamente de las tendencias, sentimientos, imágenes ó ideas que han llegado á coordinarse bajo la forma de una elección. En otros términos: el trabajo psicofisiológico de la deliberación termina, por una parte, en un estado de conciencia; la volición, en un conjunto de movimientos ó de paradas. El *yo quiero* comprueba una situación, pero no la constituye.

**DESCUBRIMIENTOS EN EGIPTO.**—M. Maspero, director general de las excavaciones en Egipto, acaba de dar cuenta en la «Academia de inscripciones y bellas letras» de París del resultado de sus investigaciones durante el año pasado.

Se ha llevado al museo de Boulag un curioso sepulcro de la oncenava dinastía, encontrado en Tebas. En Saqqarah se ha descubierto una tumba cuya antigüedad se remonta á la sexta dinastía, con una bóveda destinada á evitar el peso de la losa y un decorado análogo al del sepulcro tebano.

Conocida es la opinión varias veces emitida por Mariette; el eminente arqueólogo estaba convencido de que entre la sexta y oncenava dinastía existe una laguna en los monumentos de Egipto, de donde resulta un dato raro para la historia y la cronología de aquel país.

Es una especie de eclipse brusco, prolongado, y tal vez inexplicable, que cesa de pronto, en un momento dado, de una manera no menos misteriosa. Mariette concluía por decir que el arte tebano se había desarrollado aisladamente durante este intervalo. Semejante aserto, ha sido debilitado con la comparación hecha de los dos monumentos recogidos este año por M. Maspero en Tebas y en Menfis.

Colocados en cada uno de los límites extremos de la citada laguna, no muestran ya á los ojos menos avisados los rasgos comunes que señalan un desarrollo también común y general del arte en los dos polos del mundo egipcio durante este período.

Hay que notar, además, el descubrimiento hecho en Tebas de un sarcófago con una inscripción en tinta negra y roja. Se ha asegurado que Lepsius lo había publicado, y más aún, que había pasado inadvertido en 1779 para los sabios franceses.

Ha sido llevado al museo de Boulaq. Este sarcófago proviene de un mausoleo que sirvió en la antigüedad de iglesia cristiana. Sabido es que los sepulcros tebanos están abiertos en una roca. Se componen principalmente de un largo pasillo de 30 á 40 metros, que va á parar al lecho funerario. Antes de llegar á él hay una cueva. Los cristianos se han aprovechado más de una vez de su forma para transformar estas grutas en iglesias, por ser murado el pasillo y encontrarse á cierta distancia de la cueva, de manera que podían formarse con él las cuatro ramas de una cruz.

El sepulcro queda convertido por este medio en una iglesia, en cuyas paredes han aparecido inscripciones, pasajes de las homilias de San Basilio y de San Cirilo y fragmentos litúrgicos. Se han recogido asimismo cinco estiletes llenos de inscripciones piadosas.

La iglesia no duró mucho tiempo; quedó convertida en ruinas por efecto de un terremoto que, según parece, mató á varias personas. M. Maspero ha recogido, en efecto, huesos humanos y un túnico de cuero manchado de sangre, parecido á los que llevaban los solitarios de la Tebaida.

En File, M. Maspero ha podido explorar las ruinas de dos antiguos conventos cristianos próximos á las cataratas, encontrando unas veinte tumbas, dos de ellas de otros tantos obispos desconocidos en File.

En suma, los descubrimientos llevados á cabo hasta hoy en aquellos sitios, prueban que existen en Egipto materiales para la formación de un precioso museo copto para la historia de la Iglesia. Se han hecho con éxito algunas excavaciones en varias partes, de las cuales no ha vuelto nadie á ocuparse más.

En Captos, M. Maspero ha exhumado inscripciones griegas y latinas, y ha dado con los restos de un gran templo, de tanta importancia por sus dimensiones, como el de Edfon, y consagrado al dios itifalco de Khem. En Denderah ha encontrado un paseo de esfinges de cincuenta metros de largo próximamente.

Al final había una esfinge griega de forma ya conocida; un león sentado, con las patas delanteras alzadas tiene la cabeza de una joven.

En resumen, esta campaña ha dado por resultado que se hayan descubierto unos doscientos monumentos nuevos, de origen copto ó faraónico, más de quinientos vasos de barro con inscripciones cuya procedencia se conoce, y por último, dos tumbas de gran valor para explicar también un gran problema histórico y cronológico.

P. RUIZ ALVISTUR.

## FRANCISCO ZURBARÁN Y MÁRQUES.

SU ÉPOCA, SU ESCUELA, SUS OBRAS, SU MUERTE.

El nombre de este famoso pintor de la escuela sevillana nos recuerda al mejor de los pintores españoles en el siglo XVII, y á quien Diaz del Valle llama *Sorvarán*, queriendo darle á su padre este apellido que nunca tuvo, como se puede ver en los libros parroquiales de Fuente de Cantos.

El ideal del arte es eterno, como eterna es la gloria de los genios. Si gloriosas coronas de laurel y siemprevivas orlan de continuo el sepulcro de los mártires; si inspirados cantos se dedican á los grandes hombres de armas que contribuyeron con sus nobles y heroicas hazañas á ensalzar más y más el nombre y la honra de la patria; si dignos son del general aprecio y agradecimiento los eminentes y esclarecidos varones que legaron á la humanidad las más ricas joyas de la ciencia y la literatura, no menos justo y merecido tributo de admiración debe rendirse á los que, llevando al terreno de la práctica las sublimes concepciones de su fecunda imaginación, dejaron al mundo el más vivo recuerdo de su existencia, al llevar en

sus grandes obras, para emulacion de las generaciones que les sucedieran, la más hermosa manifestacion del arte.

Y si grande es el arte en general y bellas las múltiples formas en que se da á conocer, no se puede negar que el arte de las artes, el arte por excelencia es el de la pintura, á que con justicia acordaron los hombres, sin excepcion, añadir el sobrenombre de divino. Porque en efecto, la pintura habla al alma con esa elocuencia invencible que tiene algo de lo eterno, de lo superior, al humano sér. Por eso ha merecido los más especiales afectos de todos los sábios, y las distinciones más honrosas hasta de los famosos reyes y emperadores que rigieran desde antiguos tiempos los destinos de las naciones, si bien la nuestra nunca fué de las que más se señalaran por su proteccion á las ciencias y á las artes.

Cúmplenos, sin embargo, manifestar que algunos grandes pintores, pocos por desgracia, pero en mayor número que los escritores y los poetas, han llegado á conquistarse en España, con el apoyo de los soberanos, una elevada posicion social, dentro de la que han desempeñado honrosos puestos de absoluta confianza y de interés para la patria. Así vemos al gran Ticiano y á Pablo Rubens recompensados por Carlos V y Felipe II, ya con un título nobiliario, ya encomendándoles y recibiendo del segundo misiones diplomáticas de importancia; como vemos á Velazquez, pintor de Felipe IV y poseedor de su particular amistad, y como vemos á otros no menos notables siendo objeto de idénticas consideraciones, y falleciendo alguno, como Rubens, en Amberes, ¡caso raro! dueño de una cuantiosa fortuna.

Carlos V, el que escogió como retiro para terminar sus azarosos dias los frondosos y poéticos vergeles que circundan el triste y solitario monasterio de Yuste, fué acaso el que más honró y ensalzó el arte pictórico. En cierta ocasion en que se discutía en palacio con el gran Ticiano sobre la nobleza de la pintura, á que algunos señores allí presentes no asentian, dijo, dando término á la cuestion: «No se hable de eso, porque á la pintura se le debe dar la estimacion primera entre todas las ciencias y artes liberales y tenerla en palmas y aún darle la palma, porque yo puedo hacer un duque, un conde, un general; pero no me es dado hacer un pintor.»

Y como la discusion se sostenia cerca de una puerta encima de la que habia un magnífico cuadro que iba á restaurar Ticiano, volvióse hacia éste el rey, ordenándole diese comienzo á su trabajo y colocando él mismo, con ayuda de los demás caballeros una mesa que le sirviera de andamio; más no alcanzándose aun desde ella al cuadro, levantó de un lado y dijo á los señores que desde el lado opuesto le miraban atónitos: «Levantad, que todos debemos levantar á un hombre tan grande y tenerle en palmas, y dar á esta ciencia y arte el ser emperadora de todas.» De este modo juzgaba la pintura y consideraba á los pintores la cesarea majestad del gran emperador.

Al tratar del arte de la pintura, y registrar el catálogo de sus hijos predilectos, hallase al punto, ocupando uno de los primeros lugares, el nombre del insigne artista cuya noticia biográfica vamos á narrar con la brevedad posible, para recordar con orgulloso entusiasmo, que así como el Estado de Venecia tuvo la gloria de dar á luz un Ticiano, Flandes un Rubens, Florencia un Cincinato, Roma un Miguel Angel, y en nuestra España, no menos rica en artísticas inspiraciones, Andalucía dió un Velazquez y un Murillo y un Roelas, así tambien floreció en Extremadura, entre otros, el inmortal pintor del siglo XVII, cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas.

Luis Zurbarán ó Sorbarán, labrador bien acomodado, y doña Isabel Márques, de hidalga cuna, fueron los padres de Francisco Zurbarán, que nació en la villa de Fuente de Cantos (Badajoz) el 7 de Noviembre de 1598, y emigró bien jóven de su casa en busca de la fama. No olvidemos que el saber no adquiere su legítimo complemento sino en la experiencia, y esta rara vez viene á buscar á la juventud en casa de los padres, al lado del hogar, mientras sueña, estudia, compone ó lee, esperando la comida de familia. Al revés de la mayor parte de los ricos, que por lo comun no estiman la fortuna, sino por los placeres que les suministra, y el padre de Zurbarán creia tener unagran responsabilidad, no ocupándose de proporcionar á su hijo esa experiencia tan necesaria á todo hombre, y sin la cual el talento se apaga, se consume y evapora.

Por otra parte, el padre decia: mi hijo, pobre ó rico, debe pasar la época de aprendizaje al lado de los primeros artistas, puesto que del arte quiere vivir, y tratar de elevar sus títulos á los primeros puestos de la fama, ganándose el derecho de ocuparlos por sí mismo, sin que nadie le empuje sobre los merecimientos de los demás.

Y en virtud de estas ideas, siguiendo el rumbo trazado por semejantes opiniones acerca de la vida, una mañana abrazó el jóven artista á sus padres y hermanos y abandonó la casa paterna. Su peregrinacion, que debiera ser larguísima, como lo es siempre la del génio, comenzó en su viaje á Andalucía, instante memorable que señala el término de su vida del hogar, el principio de su futura carrera. Nada hay digno de mencion en este primer vuelo del artista, sino la visita que hizo á los talleres de los maestros más afamados. ¡Ay! Él se sentia ya un artista, porque sus aspiracio-

nes le llevaban á ser un buen piator. De la humildad de cuna de una modesta familia de labradores, demostró desde luego más inclinacion y aptitud para la pintura, que para las rudas y naturales taenas de su casa. Y por esto pasó á perfeccionarse á Sevilla, donde entró en la escuela de Pablo de las Roelas, adquiriendo allí gran nombre y reputacion, y superando á su maestro en poco tiempo en el divino arte. Pero su verdadero maestro fué el natural, al cual imitó dentro de las condiciones de la escuela de Carabagio y Ribera, hasta el punto de ser llamado el *Carabagio español*.

Pintó en el claustro segundo de la Merced Calzada de dicha ciudad el magnífico cuadro de San Pedro Nolasco, célebre por las distintas sombras dadas, segun la colocacion, á los hábitos blancos de una comunidad de frailes que en él figura; tambien hizo otro á los 27 años, ó sea por los de 1625, representando la *Apoleosis de Santo Tomás de Aquino*, reputado por todos los grandes inteligentes como uno de los mejores cuadros que existen en el mundo.

Luego pasó á Guadalupe, en Extremadura, y dejó pintados en su secular é imponente monasterio, trece cuadros, excelentes obras de arte, como todos los que de su pincel salian.

De regreso á Sevilla terminó tres lienzos de la Cartuja de Santa Maria de las Cuevas y el renombrado Crucifijo de San Pablo; y en 1633 dió fin al retablo de la Cartuja de Jerez, firmándose ya por esta época con el título de «pintor del rey», si bien se ignora desde cuándo mereció tal distincion, como se ignoran otros muchos detalles de su vida, y especialmente en los diez y siete años transcurridos desde 1633 á 1650, en cuyo interregno debió estar alejado de la sociedad, limitándose en su patria nativa y otros puntos á los tiernos cuidados de la familia y al honroso trabajo con que atender á sus necesidades.

Ya en 1650 fué llamado á Madrid por Diego Velazquez de orden de Felipe IV, y allí pintó las *fuerzas de Hércules*. Sorprendióle un dia el rey en este magnífico trabajo, y despues de contemplarle largo rato, poniéndole la mano en el hombro, le dijo: «Eres pintor del rey y rey de los pintores,» sobrenombre que le han reservado con especialidad los extranjeros.

Muchos fueron los sitios en que Zurbarán se dió á conocer por sus obras; universal se hizo su fama e imperecedero su nombre, pero muy particularmente donde más pinturas suyas pueden admirarse es en los monasterios y templos de Andalucía y Extremadura, en los Museos de Madrid, en la Academia de Bellas Artes y Museo Nacional del Prado: en este último punto hay gran número de cuadros de indisputable mérito debidos al eminente artista, lo mismo que en algunas colecciones de Sevilla, Córdoba, Guadalupe (Cáceres) y otras poblaciones, siendo todos justamente alabados por propios y extraños. La Casa de Campo y demás sitios reales fueron tambien enriquecidos con muchas de sus grandes producciones.

Durante su vida artística procuró siempre armonizar lo *verdadero* con lo *bello*; por eso se dice á su escuela «la escuela *naturalista española*.»

El arte á que con preferencia se dedicó y que más contribuyó á darle la gran reputacion que adquirió para siempre, fué el arte cristiano preferentemente cultivado en sus tiempos. Así advertirán nuestros lectores que todos ó casi todos sus cuadros están basados en asuntos místicos.

Antes de continuar no podemos ménos de transcribir á continuacion el siguiente párrafo de uno de los autores antiguos más conocidos (1) en los tratados sobre la pintura:

«Es fama que habiéndose retirado (Zurbarán) á Fuente de Cantos, su patria, la ciudad de Sevilla le envió su diputacion pidiéndole se dignase de venir á vivir á Sevilla, para honrarla con su persona y eminente habilidad, siendo así que habia entonces en ella otros pintores célebres; él lo hizo así, como lo merecia honra tanta.»

A pesar de esto se tiene como cierto por todos sus biógrafos, y nosotros así lo creemos, que se trasladó á la corte, y que murió en Madrid el año 1662 á los 66 de su edad.

Es indudable que el clima de los países y la dulzura de su temple, influye muchísimo para la perfeccion de las bellas artes y que por eso en Grecia, más que en ninguna otra parte, llegaron á su perfeccion, á lo que tambien contribuyó, segun consigna Ponz en su *viaje de España*, al tomo 4.º pág. 2.ª, con referencia á otro escritor, «La constitucion de aquel Gobierno, bajo cuyas máximas ninguno esperaba hacerse grande con exclusion de los demás, ni adquirir un famoso nombre á costa ajena.»

Hé aquí, pues, por qué España á semejanza de Grecia y de Italia, tiene flotando siempre en su deliciosa atmósfera, cual gran espejo en que se reflejen su rico suelo y el arte y la poesia de sus hijos, el espíritu inmortal de sus pasados génios como complemento á la dulce temperatura con que la naturaleza la dotara, y hé aquí tambien tal vez una de las principales causas de que entre esos espíritus descuelle el del ínclito extremeño Zurbarán, que nos dejó con solo su memoria, un rico florón más que añadir á la gloriosa corona de la patria.

Pero Zurbarán no es de España solo, es del mundo todo. París, el pueblo que en estos dos úl-

timos siglos puede decirse con algun fundamento que es el cerebro de Europa, nos enseñó esta verdad. En 1874 se vendia en sus calles la rica coleccion de cuadros del banquero español Salamanca. Eran por todos 64 los puestos á la puja: 34 de las escuelas flamenca y holandesa, 26 de la española y cuatro de la italiana, y fueron vendidos 25 en junto, que de 171.200 francos que estaban tasados, mejoraron hasta 210.330 francos.

Entre los más notables, *La muerte de Aquiles*, de Rubens, alcanzó 20.000 francos, y *La cólera de Aquiles*, del mismo, 13.200. *La Santa Rosa de Lima*, de Murillo, llegó á 20.000 francos, y seis cuadros suyos, escenas del *Antiguo Testamento*, fueron vendidos en 17.050 francos. Entre los Goyas, *El combate de toros* alcanzó 7.500 francos; el *Retrato de García*, 5.300 y *La procesion* 5.100.

Los más importantes cuadros de la escuela española se reservaron para el siguiente dia, en que la concurrencia prometia ser aún más animada; pero cosa extraña, no alcanzaron los cuadros españoles los precios de tasacion, mientras que los excedieron los italianos y muy notablemente los flamencos y holandeses.

Entre los cuadros de escuela española, el *Retrato de un cardenal*, de Velazquez, tasado en 40.000 francos, se vendió en 19.300; *Dama de la corte de Felipe IV*, valorado en 20.000, se adjudicó en 17.200, y los otros seis del mismo autor fueron vendidos entre 2 á 4.000 francos.

*El bautismo de Jesús*, de Ziben, tasado en 10.000 francos, se vendió en 5.000; su *Inmaculada Concepcion* bajó de 15.600 á 6.600.

*El penitente gris*, de Zurbarán, pujado y repujado cien veces, y por tanto muy señalado, fué pagado en 22.200.

Los cuadros flamencos y holandeses fueron tan bien vendidos, y entre otros, los dos de Muller, *Vendedora de frutas* y *Vendedora de pescados*, tasados en 12.000 francos, se pagaron en 22.200.

El resumen de la venta en los dos dias fué: cuarenta y cuatro cuadros de la escuela española, tasados en 233.200 francos, se vendieron en 168.080; veintisiete de la italiana, tasados en 20.000 francos y vendidos en 24.730; cuarenta y cinco de la flamenca y holandesa, tasados en 113.500, vendidos en 161.280 francos. Total general á la venta, 358.480 francos.

Los museos de París no adquirieron ningun cuadro: el mayor número de los principales fué adquirido por un tabernero de uno de los más concurridos puntos de París. Otro número respetable ha pasado á Alemania, y entre ellos, *El penitente gris*, de Zurbarán, que alcanzó el mejor precio, pues se vendió en 2.200 francos más que el de *La muerte de Aquiles*, de Rubens.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

(Continuará.)

## FOLK-LORE.

### LECTADOS TÓPICOS.

#### I

Extráñales á los poco versados en asuntos de *Folk-Lore*, que, los que en ellos se ocupan, den el lugar preferente á los recolectores de materiales: así debe ser, que jamás suceden las cosas sino en conformidad con las leyes racionales de la naturaleza; por más que algunas veces el falible discurre humano lleva á pensar de otra manera á los que, en vez de culpar, tan modesta como justamente, la propia limitacion, se consuelan, echando, sobre agenos hombros, el peso de los disgustos que ocasiona la propia torpeza. Y, aunque por regla general, podria tenerse la observacion apuntada, concretándonos al asunto que motiva estos renglones, debemos confesar, hasta aquellos que no nos dejamos imponer por el fatalismo de los hechos consumados, que siendo hoy urgentísima la recoleccion de materiales y su conservacion, atencion preferente hemos de consagrar al acopio de las producciones populares, si creemos, como es justo, que á importantísimos estudios se prestan; estudios que la falta de datos inutilitaria, si no hubiese obreros que, á la ímproba tarea de reunirlos, se dedicaran, desdenando las burlas de los ignorantes, y saltando hasta por encima de la propia conveniencia.

Infinitas razones podrian alegarse para reforzar las antedichas y comprobar lo que afirmo; pero no quiero incurrir en la contradiccion de sostener, que es hoy el acopio de materiales, el más meritorio de los trabajos que el *folklorista* debe emprender, y entretener un tiempo que á esto podria dedicar, en barrer las telarañas que anublan los ojos de la indolencia, para que puedan ver cómo solamente los que marchan á ciegas por el cauce de la rutina, ó los que desconocen la importancia de los trabajos *folklorísticos*, son los que la de reunir materiales tienen por pueril ocupacion.

Y á no detenerme la consideracion anterior en el camino emprendido, detendríame la de que mis razones, innecesarias para los estudiosos, serian insuficientes para los apáticos; pues no hay quien sea capaz de conseguir que *Vicente* deje de ir con la corriente ó donde va la gente, ni razones, magüer que pesasen más que *Maza de Fraga*, bastantes para sacar el polvo de una idea sensata, debajo del agua de hueros caletres.

#### II

El jóven é incansable *folklorista* portugués, Sr. Leite de Vasconcellos, abrió con su opúsculo (1), como dice, muy

(1) Palomino, Theoría de la Pintura, tomo 3.º, página 356.

(1) Dictados tópicos de Portugal, «colligidos da tradiçao oral» por J. Leite de Vasconcellos.—Barcellos, typ. da Aurora do Cavado.—1882.

oportunamente, en un artículo publicado en el núm. 147 del año III del periódico *El Eco de Fregenal*, el Sr. Romero y Espinosa, el capítulo de los *dictados tópicos* en el libro del *Folk-Lore*.

Siguió éste en el artículo citado, que no firmó, y en el cual se limitaba á dar ligerísima idea del libro de Vasconcellos, apuntando como de pasada algunos de los *dictados y cántigas* en él contenidos con sus similares extremeños.

Más tarde el mismo Sr. Romero y Espinosa, dignísimo presidente de la sociedad *El Folk-Lore Frexnense*,—ó *Fresnense*, como quiere, y no será de fijo sin razones poderosas, el Sr. D. A. M. García Blanco, en el primer número de la revista que publica la sociedad citada, y en la sección de *Bibliografía*, publicó un notable artículo, que merecía y alcanzó la honra de ser reproducido por la revista *El Folk Lore Andaluz*, á la cabeza de su núm. 11, y elogiado cual correspondía el mérito del trabajo, y como cumplía á la ilustración de los redactores de *El Folk Lore Andaluz*.

No se reducía el artículo, como á primera vista pudiera creerse, á una noticia bibliográfica. Setenta dictados contenía, recopilados bajo las bases de clasificación dadas por el Sr. Vasconcellos, y multitud de notas importantísimas, lo que ya bastaba para convertir en excelente artículo la noticia bibliográfica; pero el Sr. Romero y Espinosa no se contentó con esto, que satisfecho hubiera dejado al más descontentadizo, sino que «aventuró un bosquejo de clasificación de los *dictados*» como decía con excesiva modestia, llamando *dictados* á los dictados que más impropriadamente calificó de *apodos* el autor portugués. Y este *bosquejo* de clasificación revela una tan concienzuda meditación del asunto y un tan claro entendimiento, á pesar de sus modestas apariencias, que puede dar quince y raya á muchos de los pomposos *estudios* que andan por esos mundos de Dios, como heraldos de la sibilina sabiduría de muchos pavones, tan hinchados de vanidad como desprovistos de ciencia.

Todos los artículos posteriores han girado sobre estas bases: el publicado por mí en el núm. 171 del año IV de «*El Eco de Fregenal*,» con el exclusivo objeto de aclarar algunos puntos oscuros del artículo de mi estimado amigo el Sr. Romero y Espinosa añadir algunos dictados á los publicados por él y corregir la viciada lección de algunos otros; el *Interrogatorio* inserto en las páginas 85 á 88, inclusive, de la revista «*El Folk Lore Frexnense*;» los *Dichos locales españoles* del Sr. Romero y Espinosa, publicados en el cuaderno IV de la revista italiana «*Archivio per lo studio delle tradizioni popolari*;» los dictados contenidos en la *Miscelánea* del núm. 12 de la revista «*El Folk-Lore Andaluz*;» el erudito artículo *Refranes, coplas y dichos locales* (*apuntes para la demotografía ibérica*) empezado á publicar por el Sr. D. M. R. M. en la revista «*El Folk-Lore Bético Extremeño*;» el atinado juicio que en las páginas 155 á 158, inclusive, de la misma revista se hace del artículo publicado en la «*Revista de estudios libres*» por el Sr. Vasconcellos; este artículo, que no conozco; el que escribió en el número 218 del «*Diario de Badajoz*;» con el título de *Carta de un demotopógrafo extremeño*, el Sr. D. N. Díaz y Pérez, el cual merece aplausos por la idea en que se inspira, aunque exigua cantidad de materiales y observaciones aporta al acervo común de estos estudios, y los datos contenidos en el tomo IV de la obra «*Cant. pop. Esp.*;» de mi querido amigo el Sr. Rodríguez Marín son los que pueden consultar cuantos al estudio de este importante ramo de la demotografía se dediquen.

Me propuse conservar un riguroso orden cronológico en la enumeración precedente; pero el no tener á mano los trabajos, tal vez me haya hecho incurrir en alguna omisión ó error involuntario, que el discreto lector sabrá perdonarme teniendo en cuenta lo que digo en mi descargo.

## III

Poco tendría que añadir á lo dicho en los artículos citados, si un ligero análisis de la clasificación del Sr. Vasconcellos, no me hubiera convencido de sus deficiencias, que no subsanan las acertadísimas, pero sobrado respetuosas, ampliaciones del Sr. Romero y Espinosa; el cual, no sé por qué mal entendida consideración, aceptó como buenos los fundamentos de la clasificación del autor portugués, fundamentos cuya debilidad no podía ocultarse al claro entendimiento del presidente del *Folk Lore Fresnense*, si no oscurió sus ojos el tupido velo de la consideración amistosa; así como tampoco se le podía ocultar que al Sr. Vasconcellos había de agradarle tanto la franqueza en rechazar su clasificación, como la sinceridad en elogiarla y aceptarla por inmejorable; puesto que ha dado pruebas el autor portugués en los juicios que ha emitido de los trabajos publicados en las revistas españolas, de una imparcialidad digna de aplauso, y de una ingénua claridad digna también de recompensa. Divide los *dictados tópicos* el Sr. Vasconcellos en *elogios, apodos y referencias diversas*, y basta enunciar la división para rechazarla por insuficiente, aunque sustituyamos con el amplio nombre de *dictados*, como hizo Romero y Espinosa, el ménos comprensivo de *apodos* que empleó el autor portugués.

Verdad es que los dictados tópicos elogian, deprimen ó refieren simplemente algo de un país ó de sus habitantes; pero no con el marcado carácter de elogio, censura ó simple referencia que se necesitaría para dar por buena una clasificación que en esto se fundase; pues hay multitud de dictados, como veremos más adelante, que tanto elogian como deprimen, y casi me atrevería á asegurar que profundizando la cuestión, no se encontraría un solo dictado que fuese simple referencia, ni un elogio que no envolviere censura, ni un dictado que no estuviese inspirado en el deseo de ensalzar á los émulos de los zaheridos.

Pondré algunos ejemplos para que se vea cómo la clasificación del Sr. Vasconcellos no resiste la prueba de toque en la piedra de la experiencia; y por ende, que no prurito de notoriedad ni afán de singularizarme, á rechazar la clasificación aceptada tácitamente por todos los *Folk-Loristas* me mueve, sino el íntimo convencimiento de sus deficiencias.

nes. Hé aquí algunos dictados difíciles de incluir en la clasificación del Sr. Vasconcellos, porque tanto tienen de dictados como de elogios:

«Er salero que tienen  
Las sebiyanas,  
Es porque se lo han dado  
Las de Triana.  
Las sigarreras,  
Es porque se lo han dado  
Las trianeras. (1)

En la caye Antequera  
Las hay bonitas;  
Pero tienen mar fario  
Las probesitas.  
Las de mi barrio,  
Aunque chatas y feas,  
Tienen buen fario. (2)

Las mositas de Sebiya  
Le disen á las de Cáis:  
—¿A cómo bale la libra  
De la sar que derramais? (3)

Ubrique es el primer cielo,  
Grazalema es el portal,  
Riyaluenga el purgatorio,  
Y el infierno Benaocaz. (4)

Más vale una vitoriana  
Que doscientas percheleras;  
Que las vitorianas tienen  
La sandunga de la tierra. (5)

Agárrate d' esa rama,  
Aunque sea de jiguera;  
Vale más un perotillo (6)  
Que la Pisarrilla entera. (7)

Agárrate de esa rama,  
Aunque sea d' arbarcoque;  
Vale más un pisarriño  
Que veinticinco perotes. (8)

Y concluiría por hacer interminable este trabajo, si citara cuantos conozco de igual índole que los precedentes.

Más comprensiva y acertada, á mi juicio, fué la subdivisión que de los *dictados* en *determinados é indeterminados* hizo el señor Romero y Espinosa; pero tampoco lo estimo suficiente para sustituir á la del autor de las «*Tradigoes populares de Portugal*;» porque, á mi entender, no es la determinación é indeterminación, como no lo es la censura y el elogio, lo característico en los dictados; y, por consiguiente, no creo que ni en una ni otra cosa debe fundarse la clasificación que de ellos se haga. Es el dictado tópico,—y bueno es precisar, aunque para ello tengamos que prescindir de las poco exactas definiciones que los diccionarios suelen traer,—es, repito, para nosotros los *folk loristas*, cualquier *dicho* popular, sea la que quiera su forma, copla, refrán, mote, leyenda, cuento, proverbio, etc., etc., que se refiere á un país determinado, expresa ó tácitamente.

Siendo esto así, observaremos, en primer lugar, que las dictadas tópicas pueden designar un país: como malo ó como bueno, determinando ó no las cualidades que nos inducen á tenerlo por tal; pero de dos maneras esencialmente diversas: ya refiriéndose á todo el país, ó ya particularizando la designación á uno ó muchos de sus elementos constitutivos.

Y aquí tenemos ya una oposición radical que puede y debe servir de fundamento á nuestra clasificación. Llamaremos, por consiguiente, á los primeros:

(A.) *Absolutos.*

Y á los segundos les daremos el nombre de:

(B.) *Particulares.*

Los particulares pueden comprender dos ó más cosas:

(I.) *Particulares complejos.*

O refiérese exclusivamente á una:

(II.) *Especiales concretos.*

Estos pueden tratar, primero: de la naturaleza y sus producciones:

(a.) *Geológicos, agronómicos, etc., etc.*

Segundo: del hombre y sus cualidades:

(b.) *Antropológicos.*

Que pueden á la vez subdividirse en: *psicológicos, fisiológicos, psíquicos, psico-físicos, etc., etc.*

Y tercero: de las relaciones del hombre con la naturaleza:

(c.) *Artísticos, industriales, etc., etc.*

Hé aquí, á mi juicio, el punto de vista que debe tomarse para hacer una clasificación de los dictados tópicos.

(1) Rodríguez Marín.—«*Can. pop. esp.*,» tomo IV, pág. 466.

(2) *Idem id.*, id., pág. 470.

(3) *Idem id.*, id., pág. 472.

(4) *Id. id.*, id., pág. 475.

(5) *Id. id.*, id., pág. 479.

(6) «*Perotes*» llaman á los de Alora los habitantes de los pueblos circunvecinos; *id. id.*, id., pág. 511.

(7) *Id. id.*, id., pág. 481.

(8) *Id. id.*, id., id.

Esto no es obstáculo para que puedan admitirse las subdivisiones de determinados é indeterminados, elogios y dictados, é infinitas más que con igual derecho podrían presentarse; sin contar las que lógicamente se deducen del apunte anterior; pues todas ellas han de contribuir, si se observan con rigurosa escrupulosidad, á definir el dictado que se analice para colocarlo en su verdadero lugar dentro de una clasificación definitiva; á la manera que los más nimios accidentes de los seres sirven para su inclusión científica dentro de las clasificaciones metódicas. Pero—lo repetiré, aún á trueque de hacerme pesado hasta el exceso—siendo lo verdaderamente característico de los dictados tópicos la determinación del lugar, y, por lo tanto, el objeto á que se refieren lo más importante, á las diferencias de éste y no á las del dictado en sí, debe atenderse, en primer término, cuando se pretenda hacer una clasificación acertada; aunque el bosquejo anterior pareciera prueba de lo contrario; que éste, á la torpeza mía, y no á la maldad del sistema, es debido.

## IV

No ha sido mi propósito, que no me tiente el diablo por el camino de la vanidad, el decir la última palabra en esta materia; ya me contentaré con que al esbozo de clasificación que ensayo, no se le niegue el mérito de ser progresivo; pues ni tan siquiera al de la originalidad aspira, porque debo confesar que del estudio hecho por el Sr. Romero y Espinosa, se deduce sencilla y lógicamente mi proyecto de clasificación, escrito sin otro propósito que el de servir con mis escasas fuerzas á los posteriores trabajos que á este asunto está obligado á dedicar mi querido amigo el director del «*Folk-Lore Bético Extremeño*,» iniciador en España de los estudios de dictados tópicos.

Pero como no me agrada ser injusto á sabiendas, ni aun conmigo mismo, porque la justicia que no conserva perpetuamente su entereza no merece el nombre de tal, y mal puede hacérsela á los otros el que por incurrir en el vicio de exagerar la modestia, no se la hace á sí mismo, confesaré ingenuamente que le encuentro á mi trabajo, no sólo el mérito de seguir á los de los señores Romero Espinosa y Vasconcellos en la honra del intento de dar forma científica á los escasos apuntes reunidos hasta hoy acerca de la demotografía, sino que también el de haber coleccionado metódicamente, los dictados esparcidos por los anteriores trabajos; cuantas observaciones de alguna importancia apuntaron los colectores y multitud de ellas y de dictados inéditos: si no tan importantes por su oportunidad y erudición las unas, como las que adornan las notables colecciones publicadas hasta hoy por los *folk loristas*, ni tan abundantes como sonara el deseo los otros; tantos y tales como me ha sido posible, por lo cual espero tranquilo el fallo del lector, que nadie con más contingente que el que puedan reunir sus fuerzas, aunque éstas sean tan escasas como las mías, está obligado á contribuir á ninguna obra.

Antes de concluir necesito dar algunas explicaciones á los lectores de LA AMÉRICA. Créi, al emprender este trabajo, que podría publicarlo íntegro en las columnas del periódico donde van estas líneas; pero hoy conozco, pues los materiales que poseo escuden inconsideradamente á los que supuse al emprenderlo que podría reunir, que no es justo, aunque la galantería de la redacción de LA AMÉRICA la lleve á pensar de otro modo, abusar de la paciencia de los lectores de una revista con trabajos de tales dimensiones como las de mi colección de dictados. Además, creo que pierden mucho del interés que puedan tener los trabajos de colección, cuando se publican incompletos.

Teniendo en cuenta todas estas razones, doy aquí por terminado el mío hasta que pueda publicar un volumen comprensivo de cuantos dictados tópicos y observaciones haya podido reunir sobre la materia: en él, si llego á publicarlo, sacaré también todas las consecuencias del boceto de clasificación apuntada.

MICRÓFILO.

## BIBLIOGRAFÍA.

Hemos recibido un libro recientemente publicado en Badajoz y redactado por nuestro colaborador y amigo don Nicolás Díaz y Pérez, titulado así: *Exposición Internacional de Americanistas de 1881.—Catálogo de los objetos, papeles, libros y documentos que la provincia de Badajoz presentó en la referida Exposición.* Forma un folleto de 70 páginas en 4.º, elegantemente impreso, y es un trabajo de investigación que honra en extremo á su autor, el cual no se ha conformado con catalogar los objetos expuestos en la Exposición, si que también los expone razonados, y con alguna crítica.

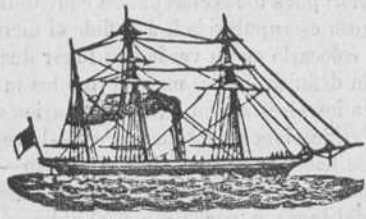
Precede á la catalogación un prólogo, y después de la catalogación siguen varios apéndices todos á cual más importantes.

Hé aquí el Índice de lo contenido en este folleto:

Dedicatoria (á la Exema. Diputación de Badajoz).—Al lector.—CATÁLOGO DE LOS EXPOSITORES.—I. *Epoca antigua*: Piedras. Cerámica. Armas ofensivas y defensivas.—II. *Epoca moderna*: Manuscritos. Planos. Memorias. Dibujos.—III. Libros impresos.—APÉNDICES.—*Apéndice primero*: Comunicaciones oficiales y cuenta de gastos de la Instalación.—*Apéndice segundo*: La prensa y la Instalación extremeña en la Exposición de Americanistas.—CATÁLOGO ALFABÉTICO de los expositores extremeños, con el número que ocuparon sus objetos.—CATÁLOGO DE LOS EXPOSITORES, por orden de apellidos.

Recomendamos esta obra que se vende en casa de su autor, Manzana, 21, 3.º, Madrid, al precio de 2 pesetas.—Se remite á provincias librando al autor 2'50 céntimos, y á Ultramar por 4 pesetas.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y VERACRUZ. SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA Y PACIFICO.

Salidas: de Barcelona los dias 5 y 25 de cada mes; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.  
Los vapores que salen los dias 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los dias 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañia Trasatlántica, en combinacion con el ferrocarril de Panamá y línea de vapores del Pacifico, toman pasaje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacifico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañia, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañia.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañia.

En Cádiz, Delegacion Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 31 de Agosto de 1883.

ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	16.746.616	83
Pastas de oro.....	15.646	16
Idem de plata.....	3.940.330	40
Caja. Casa de Moneda, pastas de oro.....	16.825.072	88
Pastas de plata.....	1.443.756	87
Efectos á cobrar hoy.....	8.112.647	
Efectivo en las sucursales.....	42.477.582	25
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	19.321.191	47
Idem en poder de conductores.....	4.996.125	
	113.878.968	86
Cartera de Madrid.....	611.296.023	57
Idem de las sucursales.....	109.679.493	57
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	7.291.215	82
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el convenio de 10 de Diciembre 1881.....	12.928.000	
Tesoro público: por pago de intereses de la renta perpetua al 4 por 100 desde 1.º de Julio á 30 de Setiembre de 1883.....	864.427	08
Diversos.....	4.241.027	73
	860.179.156	63

PASIVO.

Capital.....	150.000.000
Fondo de reserva.....	15.000.000
Billetes emitidos en Madrid.....	243.210.600
Idem id. en sucursales.....	97.153.525
Depósitos en efectivo en Madrid.....	21.375.331
Idem en id. en las sucursales.....	17.118.476
Cuentas corrientes en Madrid.....	91.287.237
Idem id. en las sucursales.....	57.961.127
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	14.326.988
Dividendos.....	3.098.843
Ganancias y Realizadas.....	1.480.140
pérdidas.) No realizadas.....	1.259.350
Reservas de contribuciones.....	31.089.171
Intereses y amortizacion de obligaciones Banco y Tesoro, series interior y exterior; sobre la renta de Aduanas, bonos del Tesoro y billetes hipotecarios..	1.341.883
Amortizacion é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	2.683.790
Facturas de intereses de la renta perpetua al 4 por 100	338.237
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	13.910.130
Tesoro público: su cuenta por resultados de la conversion Contrato de crédito en el extranjero de 28 de Mayo de 1883.....	62.544.325
	35.000.000
	860.179.156

Madrid 31 de Agosto de 1883.—El Interventor general, Benito Farina.—V.º B.º.—P. el Gobernador, Breto.

Hierro Leras

Desde los trabajos comunicados, á la Academia de Ciencias en 1849 y á la Academia de Medicina en 1858, el Hierro Leras ha obtenido del cuerpo medical un éxito rápido y brillante que crece cada año, mientras que se ven caer en el olvido numerosas preparaciones ferruginosas nuevas. Este continuado triunfo estriba en que este medicamento encierra: 1º El Hierro uno de los elementos de nuestra sangre; 2º Los Fosfatos que entran en la composicion de nuestros huesos; 3º Es soporoso por los enfermos que no pueden tolerar ninguna preparacion ferruginosa; 4º No tiene accion alguna sobre la dentadura; 5º No provoca estreñimiento; 6º Es claro y límpido como un agua mineral natural; 7º Se asimila con más rapidez que las grajeas, pildoras y polvos. Se recomienda en el empobrecimiento de la sangre, la anémia, el linfatismo, la debilidad, los calambres de estómago, excita el apetito, facilita el desarrollo de las jóvenes pálidas, produce y regulariza el trabajo mensual, detiene las pérdidas blancas, y dá á la sangre la coloracion encarnada que ha perdido con la enfermedad. Existe bajo forma de Solucion y de Jarabe.

Deposito General en Paris, 8, Rue Vivienne, y en las principales Farmacias y Droguerías.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.	Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.
--	--	--	--

Série A.

371	3701 á 10	7635	76941 á 50
751	7501 " 10	8055	80541 " 50
1158	11571 " 80	8430	84291 " 300
1473	14721 " 30	8799	87981 " 90
1600	15991 " 16000	8904	89031 " 40
1718	17171 " 80	9023	90221 " 30
2130	21291 " 300	9040	90391 " 400
3631	36301 " 10	9677	96761 " 70
3884	38831 " 40	10124	101231 " 40
4220	42191 " 200	10120	104191 " 200
4411	44101 " 10	10876	108751 " 60
4425	44241 " 50	11268	112671 " 80
4823	48221 " 30	11245	112441 " 50
5407	54061 " 70	11571	115701 " 10
5579	55781 " 90	11763	117621 " 30
6414	64131 " 40	11872	118711 " 20
6691	66901 " 10	12266	122651 " 60
6884	68831 " 40	12453	124521 " 30
7412	74111 " 20	13185	131841 " 50
7560	75591 " 600		

Série B.

432	4311 " 20	6259	62581 " 90
2043	20421 " 30	6424	64231 " 40
2084	20831 " 40	6461	64601 " 10
2312	23111 " 20	6866	68651 " 60
2316	23151 " 60	6934	69331 " 40
2359	23581 " 90	7279	72781 " 90
3364	33631 " 40	7892	78911 " 20
4877	48761 " 70	8113	81121 " 30
4933	49421 " 30	8389	83881 " 90
5075	50741 " 50	8795	87941 " 50
5133	51321 " 30	9115	91141 " 50
5372	53711 " 20	9564	95631 " 40
5773	57721 " 30	9908	99071 " 80
6181	61801 " 10		

Série C.

25	241 " 50	5178	51771 " 80
628	6271 " 80	5197	51961 " 70
714	7131 " 40	5460	54591 " 600
920	9191 " 200	5725	57241 " 50
2075	20741 " 50	6237	62361 " 70
2137	21361 " 70	7265	72641 " 50
2326	23251 " 60	7858	78571 " 80
2341	23401 " 10	8019	80181 " 90
2786	27851 " 60	8194	81931 " 40
3449	34481 " 90	8329	83281 " 90
3575	35741 " 60	8390	83891 " 900
3936	39351 " 60	8532	85311 " 20
4194	41931 " 40	8911	89101 " 10
5057	50561 " 70	9394	93931 " 40

Série D.

37	361 " 70	1237	12361 " 70
1006	10051 " 60	2259	22581 " 90
1205	12041 " 50	2790	27891 " 900
1224	12231 " 40		

Série E.

67	661 " 70	1557	15561 " 70
342	3411 " 20	1618	16171 " 80
512	5111 " 20	1860	18591 " 600

Madrid 1.º de Setiembre de 1883.—El Vicesecretario, V. Santamaría.—V.º B.º.—Por el Gobernador, M. Ciudad.

BANCO DE ESPAÑA.

Desde el lunes 10 del actual, y bajo facturas que al efecto se facilitarán en la Caja de este Banco, se pueden presentar para su señalamiento al cobro los cupones de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100, vencimiento de 1.º de Octubre próximo. En igual forma se presentarán los títulos á que ha correspondido la

amortizacion, en virtud del sorteo celebrado en 1.º del actual.

Madrid 5 de Setiembre de 1883.

—El vicesecretario, V. Santamaría.

BANCO HISPANO COLONIAL.

Celebrada en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el sorteo de amortizacion de 6.000 billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, segun lo dispuesto en el art. 7.º del Real decreto

de 12 de Junio de 1880, han resultado favorecidas las bolas números 88, 107, 376, 840, 875, 882, 942 y 968.

En su consecuencia, quedan amortizados en el primer millar los números 88, 107, 376, 840, 875, 882, 942, 968; y en el segundo millar, los números 1.088, 1.107, 1.376, 1.840, 1.875, 1.882, 1.942, 1.968, y así correlativamente en los restantes millares de los 750 de la emision.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 1.º de Octubre próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el coupon que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas que se facilitarán en las oficinas del Banco en Barcelona; en Madrid, en el Banco Hipotecario de España; en las provincias, en casa de los corresponsales ya designados en cada plaza; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres en casa de los Sres. Uthoff y Compañia.

Barcelona 1.º de Setiembre de 1883.—El gerente, P. de Sotolongo.

Venciendo en 1.º de Octubre próximo el coupon núm. 13 de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de los Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España en Madrid; en casa de los corresponsales designados ya en provincias; en París en el Banco de París y de los Países Bajos y en Londres en casa de los Sres. Uthoff y Compañia.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representacion de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 1 al 20 de este mes.

En Madrid y Barcelona, en que existen los talonarios de comprobacion, se efectuará el pago siempre sin necesidad de la anticipada presentacion que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los dias desde el 1.º al 19 de Octubre, y trascurrido este plazo se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Setiembre de 1883.—El director gerente, P. de Sotolongo.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños, 1